

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Libro Sexto Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1659



LIBRO SEXTO

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XVIII.

De lo que sucedió à Don Quixote en el castillo, ò casa del Cavallero del verde gavàn, con otras cosas extravagantes.



ALLÒ Don Quixote sèr la casa de Don Diego de Miranda ancha como de Aldea ; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle ; la bodega en el pàtio ; la cava en el portàl, y muchas tinàjas à la redònda, que por sèr del Tobòso, le renovàron las memorias de su encantàda, y transformàda Dulcinèa ; y suspiràndo, y fin miràr lo que dezìa, ni delante de quièn estàva, dixo : O dulces prendas por mi mal hallàdas, dulces, y alegres, quando Dios querìa ! O Tobosèscas tinajas, que me avèys traydo à la memòria la dulce prenda de mi mayor amargùra ! Oyòle dezìr esto el estudiantè Poëta, hijo de Don Diego, que con su madre avìa
falido

falido à recibirle; y madre, y hijo quedàron fuspènsos de vèr la estraña figura de Don Quixote, el qual apeàndose de Rozinànte, fuè con mucha cortesìa à pedirle las manos para besàrfelas, y Don Diego dixo: Recebìd, Señora, con vuestro sòlito agrado al Señor Don Quixote de la Mancha, que es el que tenèys delante, andante Cavallèro, y el mas valiènte, y el mas discrèto, que tiene el mùndo. La Señora (que Doña Chrìstina se llamàva) le recibìò con muèstras de mucho amor, y de mucha cortesìa, y Don Quixote se le ofreciò con assaz de discretas, y comedidas razones. Casi los mismos comedimiètos passò con el estudiànte, que en oyèndole hablàr Don Quixote, le tuvo por discrèto, y agùdo.

AQUÌ pinta el Autor todas las circunstàncias de la casa de Don Diego, pintàndonos en ellas lo que contiène una casa de un Cavallèro labradòr, y rico: Pero al traductor desta història le pareciò passàr estas, y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el proposito principal de la història, en la qual mas tiene su fuèrça la verdàd, que en las frias digresiones.

ENTRÀRON à Don Quixote en una sala; defarmòle Sancho; quedò en Valones, y en Jubon de camùça, todo visunto con la mugre de las armas; el cuello era Valona à lo estudiantil fin Almidon, y fin randas; Los borzeguies eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñòse su buena espàda, que pendìa de un Tahalì de Lobos marinos: Que es opinion, que muchos años fuè enfermo de los riñones. Cubriòse un herreruèlo de buen paño pardo; pero antes de todo con cinco calderos, ò sèys de agua (que en
la



la cantidad de los caldèros ày alguna diferencia) se lavò la cabeça, y rostro, y toda via se quedò el agua de color de fuèro (mercèd à la Golosina de Sancho, y à la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusièron à su amo.) Con los referidos atavios, y con gentil donayre y gallardìa saliò Don Quixote à otra sala, donde el estudiantè le estàva esperàndo para entretènèrle en tanto que las mesas se ponian; que por la venida de tan noble huèsped querìa la Señora Doña Christina mostràr, que sabìa y podìa regalàr à los que à su casa llegàssen.

EN tanto que Don Quixote se estùvo desarmàndo, tuvo lugar Don Lorenço (que assi se llamàva el hijo de Don Diego) de dezir à su padre: Quièn dirèmos, Señor, que es este Cavallèro, que vueffà mercèd nos ha traydo à casa? Que el nombre, la figùra, y el dezir que es Cavallèro andante, à mi madre, y à mi nos tiene suspènsos. No sè lo que te diga, hijo, respondiò Don Diego: solo te fabrè dezir, que le hè visto hazer cosas del mayor loco del mùndo, y dezir razones tan discretas, que borran, y deshazen sus hechos. Hàblale tu, y toma el pulso à lo que sabe; y pues eres discreto, jùzga de su discrecion, ò tonterìa lo que mas puesto en razon estuvière; aunque para dezir verdàd, antes le tengo por loco, que por cuèrdo.

CON esto se fuè Don Lorenço à entretènèr à Don Quixote, como queda dicho, y entre otras platicas, que los dos pasàron, dixo Don Quixote à Don Lorenço: El Señor Don Diego de Miranda, padre de vueffà mercèd, me hà dado noticia de la rara habilidad, y futil ingènio que vueffà mercèd tiène; y sobre todo, que es vueffà mercèd

un

un gran Poëta. Poëta bien podrà sèr, respondiò Don Lorenço, pero grande, ni por pensamiento: Verdàd es, que yo sòy algun tanto aficionàdo à la Poëfia, y à leèr los buenos Poëtas, pero no de manèra, que se me puèda dàr el nombre de grande, que mi padre dize. No me parece mal essa humildàd, respondiò Don Quixote, porque no ày Poëta que no sèa arrogànte, y piense de si, que es el mayor Poëta del mùndo. No ày regla sin excepcion, respondiò Don Lorenço; y alguno avrà que lo sèa, y no lo piense. Pocos, respondiò Don Quixote: Pero dìgame vueffa mercèd, que versos son los que aora tràe entre manos, que me hà dicho el Señor su padre, que le tràen algo inquièto, y pensativo? Y si es alguna glossa, à mi se me entiende algo de achaque de glossas, y holgarìa sàberlos. Y si es que son de Justa literaria, procùre vueffa mercèd llevàr el segùndo premio, porque el primèro siempre se le lleva el favor, ò la gran calidàd de la persona: El segùndo se le llèva la mera Justicia; y el tercèro viene à ser segùndo; y el primèro à esta cuenta ferà el tercèro al modo de las licencias que se dan en las universidàdes: Pero con todo esto gran personage es el nombre de primèro. Hasta aora, dixo entre si Don Lorenço, no os podrè yo juzgàr por loco. Vàmòs adelante; y dixole: Parèceme que vueffa mercèd hà cursàdo las escuèlas: Que ciencias hà oydo? La de la Cavallèria andante, respondiò Don Quixote, que es tan buena como la de la Poëfia, y aun dos deditos mas. Nò sè que ciencia sèa essa, replicò Don Lorenço, y hasta aora no hà llegàdo à mi noticia. Es una ciencia, replicò Don Quixote, que encièrra en si todas, ò las mas ciencias del mùndo,

mundo, à càusa que el que la professa, hà de sèr Jurisperito, y fabèr las leyes de la Justicia distributiva, y comutativa, para dàr à cada uno lo que es sùyo, y lo que le conviene. Ha de sèr Theologo para fabèr dàr razòn de la Christiana ley que professa, clara y distintamente adonde quièra que le fuere pedido. Ha de sèr medico, y principalmente herbolario para conocèr en mitad de los des poblados, y desiertos las yervas que tienen virtùd de sanàr las heridas; que no hà de andàr el Cavallero andante à cada triquète buscàndo quièn se las cùre. Ha de sèr Astròlogo para conocèr por las estrellas, quantas horas son passadas de la noche, y en que parte, y en que clima del mundo se hàlla. Hà de fabèr las Matemáticas, porque à cada passo se le ofrecerà tenèr necesidad dellas; y dexàndo à parte que hà de estàr adornado de todas las virtùdes Theologales, y Cardinales, descendiendo à otras menudencias, digo, que hà de fabèr nadàr, como dizen que nadava el Pexe Nicolas, ò Nicolao. Hà de fabèr herràr un Cavallo, y adreçàr la filla, y el frèno: Y bolviendo à lo de arriba: Hà de guardàr la Fè à Dios, y à su dama: Hà de sèr casto en los pensamientos, honèsto en las palabras, liberal en las obras, valiènte en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesteròsos; y finalmente mantenedòr de la verdàd, aunque le cueste la vida el defendèrla. De todas estas grandes, y minimas partes se compone un buen Cavallero andante: Porque vèa vueffa mercèd, Señor Don Lorenço, si es ciencia mocosa la que aprènde el Cavallero que la estùdia, y la professa; y si se pùede igualàr à las mas estiradas, que en los gimnasios, y escuèlas se enseñan. Si
 esto

effo es assi, replicò Don Lorenço, yo digo que se aventaja effa ciencia à todas. Como si es assi? respondiò Don Quixote. Lo que yo quièro dezir, dixo Don Lorenço es, que dùdo, que àya avido, ni que los ày aora Cavallèros andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas vezes hè dicho lo que buélvo à dezir aora, respondiò Don Quixote; que la mayor parte de la gente del múnido està de parecer, de que no hà avido en èl Cavallèros andantes: Y por parecerme à mi, que si el Cielo milagrosamente no les dà à entender la verdàd de que los hùvo, y de que los ày, qualquier trabajo que se tome, hà de sèr en vano, como muchas vezes me lo hà mostràdo la experiència; no quièro detenèrme aora en facèr à vueffa mercèd del error, que con los muchos tiene. Lo que piènfo hazèr es, rogàr al Cielo, le faque dèl, y le dè à entender, quan provechòsos, y quan necessarios fuèron al múnido los Cavallèros andantes en los passados figlos, y quan utiles fuèran en el presente, si se usàran; pero triunfan aora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gùla, y el regalo. Escapadosenos hà nuestro huèsped, (dixo à esta fazon) entre si Don Lorenço; pero con todo effo el es loco bizarro, y yo serìa mentecato floxo, si assi no lo creyèsse.

A QUÌ dièron fin à su plàtica, porque los llamàron à comèr. Preguntò Don Diego à su hijo, que avìa facàdo en limpio del ingenio del huèsped? A lo que el respondiò: No le facaràn del borrador de su locura quantos medicos, y buenos escrivànos tiene el múnido. El es un entreveràdo loco, lleno de luzidos intervàlos. Fuèronse à comèr, y la comida fuè tal, como Don Diego avìa dicho



en el camino, que la solia dár à sus combidados, limpia, abundante, y sabrosa: Pero de lo que mas se contentò Don Quixote, fuè del maravilloso silencio que en toda la casa avia, que semejava un monasterio de Cartuxos.

LEVANTADOS, pues, los mantèles, y dadas gràcias à Dios, y Agua à las manos, Don Quixote pidiò ahincadamente à Don Lorenço, dixèsse los versos de la Justa Literaria. A lo que el respondiò, que por no parecèr de aquellos Poëtas, que quando les ruègan, digan sus versos, los niegan, y quando no se les piden, los vomitan; yo dirè mi glossa, de la qual no espero premio alguno; que solo por exercitâr el ingenio la hè hecho. Un amigo, y discreto, respondiò Don Quixote, era de parecèr, que no se avia de cansâr nadie en glossâr versos; y la razon, dezia el, èra, que jamas la glossa podia llegâr al Texto, y que muchas, ò las mas vezes iva la glossa fuera de la intencion, y proposito de lo que pedia lo que se glossava: Y mas, que las leyes de la glossa eran demasiadamente estrechas, que no fufrian interrogantes, ni *dixo*, ni *dirè*, ni hazèr nombres de verbos, ni mudâr el sentido, con otras ataduras, y estrechezas con que van atados los que glossan, como vueffa mercèd deve de sabèr. Verdaderamente, Señor Don Quixote, dixo Don Lorenço, que desèo cogèr à vueffa mercèd en un mal Latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como Anguila. No entiendo, respondiò Don Quixote, lo que vueffa mercèd dize, ni quiere dezir en esso del deslizarme. Yo me darè à entendèr, respondiò Don Lorenço, y por aora estè vueffa mercèd atento à los versos glossados, y à la glossa, que dizen desta manera.

Si

Si mi *fuè* tornàsse à *es*,
 Sin esperàr mas *serà*,
 O vinièsse el tiempo yà,
 De lo que *serà* despues.

G L O S S A.

Al fin como todo passa,
 Se passò el bien que me diò
 Fortuna un tiempo no escàsa,
 Y nunca me le bolviò
 Ni abundante, ni por tassa.
 Siglos hà yà que me veès,
 Fortuna, puesto à tus pies ;
 Buèlveme à sèr venturòso,
 Que *serà* mi *ser* dichofo,
 Si mi *fuè* tornàsse à *es*.

No quièro otro gufio, ò gloria,
 Otra palma, ò vencimiènto,
 Otro triunfo, otra vitòria,
 Sino bolvèr al contento,
 Que es pefar en mi memoria:
 Si tu me buelves allà,
 Fortuna, templado està
 Todo el rigor de mi fuego,
 Y mas si este bien es luego,
 Sin esperàr mas, *serà*.



Cosas impossibles pido,
 Pues bolvèr el tiempo à fer,
 Despues que una vez hà fido,
 No ày en la tierra podèr,
 Que à tanto se àya estendido.
 Corre el tiempo, buela, y và
 Ligero, y no bolverà,
 Y errarìa el que pidièsse,
 O que el tiempo yà se fuèsse,
 O bolvièsse el tiempo yà.

Vivo en perplexa vida,
 Ya esperàndo, yà temièndo,
 Es muèrte muy conocida,
 Y es mucho mejor murièndo
 Buscàr al dolor salida.
 A mi me fuera interès
 Acabàr, mas no lo es,
 Pues con discurso mejor
 Me dà la vida el temor
 De lo que *serà* despues.

En acabàndo de dezir su glosa Don Lorenço, se levantò en pie Don Quixote, y en voz levantada, que parecia grito, assièndo còn su mano la derecha de Don Lorenço, dixo: Viven los Cielos donde mas altos estàn, mancebo generòso, que sòys el mejor Poëta del orbe, y que merecèys estàr laureàdo, no por Chypre, ni por Gaëta, como dixo un Poëta (que Dios perdone) fino por las Academias de
 Atenas

Atenas si oy vivièran, y por las que oy viven de Paris, Bolonia, y Salamanca. Plega al cielo que los Juezes que os quitàren el premio primero, Febo los affaetèe, y las Musas jamas atravièssen los umbrales de sus casas. Dezidme, Señor, si foys fervido, algunos versos mayores, que quièro tomàr de todo en todo el pulso à vuestro admirable ingenio. No es bueno, que dizen, que se holgò Don Lorenço de vèrse alabàr de Don Quixote, aunque le tenia por loco? ó fuerça de la adulacion, à quanto te estiendes, y quan dilatàdos limites son los de tu Jurisdicion agradable! Esta verdàd acreditò Don Lorenço, pues condescendiò con la demanda, y desèo de Don Quixote dizièndole este Soneto à la Fabula, ó història de Piramo, y Tysbe.

S O N E T O.

El muro rompe la donzella hermosa,
 Que de Piramo abriò el gallardo pecho:
 Parte el amor de Chypre, y và derecho
 A vèr la quiebra estrecha, y prodigiòsa:
 Habla el silencio allì, porque no osa
 La voz entràr por tan estrecho estrecho,
 Las almas si, que amor fuele de hecho
 Facilitàr la mas dificil cosa.

Saliò el desèo de compàs, y el passo
 De la imprudente virgen sollicita
 Por su gusto su muerte: ved que història!
 Que à entrambos en un punto, (ó estraño caso)
 Los mata, los encùbre, y refucita
 Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito



Bendito sea Dios, (dixo Don Quixote, aviendo oydo el Soneto de Don Lorenço:) Que entre los infinitos Poetas consumidos que ay, he visto un consumado Poeta, como lo es vuestra merced, Señor mio; que assi me lo dà à entender el artificio deste Soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladissimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia para irse, diziendole, que le agradecia la merced, y buen tratamiento, que en su casa avia recibido: Pero que por no parecer bien, que los Cavalleros andantes se den muchas horas al ocio, y al regalo, se queria ir à cumplir con su officio, buscàndo las aventuras, de quien tenia noticia, que aquella tierra abundava, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegasse el dia de las Justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero avia de entrar en la cueva de Montesinos de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contavan: Sabiendo, è inquirendo assi mismo el nacimiento, y verdaderos mananciales de las siete Lagunas, llamadas comunmente de Ruydera. Don Diego, y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixeron, que tomasse de su casa y hacienda todo lo que en grado le viniessè, que le servirian con la voluntad possible; que à ello les obligava el valor de su persona y la honrosa Profesion suya.

LLEGÒSE en fin el dia de su partida tan alegre para Don Quixote, como triste, y aziago para Sancho Pança, que se hallava muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusava de bolver à la hambre, que se usava en las florestas, y despoblados, y à la estrechez de sus
mal

mal proveydas alforjas: Con todo esto las llenò, y colmò de lo mas necesario que le pareció: Y al despedirse dixo Don Quixote à Don Lorenço: No sè, si he dicho à vueffà mercèd otra vez (y si lo he dicho, lo buelvo à dezir) que quando vueffà mercèd quifiere ahorrar càminos, y trabajos para llegar à la inaccessible cumbre del templo de la fama, no tiene que hazer otra cosa, fino dexar à una parte la senda de la Poëfia algo estrecha, y tomar la estrechissima de la andante Cavallerìa, bastante para hazerle Emperador *en dacà las pajas*. Con estas razones acabò Don Quixote de cerrar el proçesso de su locura; y mas con las que aadiò, diciendo: Sabe Dios, si quifiere llevar conmigo al Señor Don Lorenço, para enseñarle como se han de perdonar los fujetos, y supeditar y acozear los sobervios: Virtudes anexas à la profesion que yo profesò. Pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querràn consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle à vueffà mercèd, que siendo Poëta, podrá ser famoso, si se guía mas por el parecer ageno, que por el propio, porque no ày padre, ni madre à quien sus hijos le parezcan feos; y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, yà discretas, y yà disparatadas, y del tema y tefon que llevava de acudir de todo en todo à la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin, y blanco de sus desçeos; reysteraronse los ofrecimientos, y comedimientos, y con la buena licencia de la Señora del Castillo, Don Quixote y Sancho sobre Rozinante y el Ruzio se partièron.



CAPITULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del Pastor enamorado, con otros, en verdad, graciosos sucesos.

POCO trecho se avia alongado Don Quixote del lugar de Don Diego, quando encontrò con dos como clérigos, ò como estudiàntes, y con dos labradores, que sobre quatro bestias asnales venian Cavallèros. El uno de los estudiàntes traìa como en portamantèo en un lienço de vocaci verde, embuèlto al parecèr, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellàte. El otro no traìa otra cosa, que dos espadas negras de esgrima nuevas, y con sus Zapatillas. Los labradores traian otras cosas, que davan indicio, y señal, que venian de alguna villa grande, donde las avian compràdo, y las llevàvan à su aldea; y assi estudiantes como labradores cayèron en la misma admiracion, que caian todos aquellos, que la vez primera veian à Don Quixote, y morian por sabèr, que hombre fuèsse aquel tan fuera del ùso de los otros hombres. Saludòles Don Quixote, y despues de sabèr el camino que llevàvan, que era el mesmo que el hazia, les ofreciò su compañia, y les pidiò, detuvièssen el passo, porquè caminàvan mas sus pollinas, que su cavallo; y para obligàrlos, en breves razones les dixo quièn era, y su oficio, y profession, que era de Cavallèro andante, que iba à buscàr las aventuras por todas las partes del mùndo. Dìxoles, que se llamava de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Cavallèro de los Leones.

Todo

Todo esto para los labradòres èra hablàrles en Griego, ò en Gerigonça; pero no para los estudiàntes, que luègo entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quixote: Pero con todo esto le miràvan con admiracion, y con respeto, y uno dellos dixo: Si vueffà mercèd, Señor Cavallero, no lleva camino determinàdo, como no le suelen llevar los que buncan las aventuras, vueffà mercèd se venga con nosotros, y verà una de las mejores bodas, y mas ricas, que hasta el dia de oy se avràn celebràdo en la Mancha, ni en otras muchas leguas à la redonda. Preguntòle Don Quixote, si èran de algun Principe, que assi las ponderàva? No son, respondiò el estudiante, sino de un labrador, y una labradora, el, el mas rico de toda la tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se hèn de hazer, es extraordinario, y nuèvo, porque se hèn de celebrar en un prado, que està junto al pueblo de la novia, à quièn por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposàdo se llama Camacho el rico: ella de edad de diez y ocho años, y el de veynte y dos, ambos para en uno; aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quièren dezir, que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho: Pero yà no se mira en esto; que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y hàsele antojàdo de enramàr, y cubrir todo el prado por arriba de tal fuerete, que el Sol se hà de ver en trabajo, si quiere entràr à visitar las yerbas verdes, de que està cubierto el suelo. Tiene assi mismo maheridas Danzas assi de espadas como de cascabel menudo (que ay en su pueblo



blo quièn lo repique, y facuda por extremo :) De Zapateadores no digo nada, que es un juyzio los que tiene muñidos: Pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas, que hè dexado de referir, hà de hazer mas memorables estas bodas, fino las que imagino que harà en ellas el despechado Bafilio.

Es este Bafilio un Zagal vezino del mesmo lugar de Quiteria, el qual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomò ocasion el amor de renovàr al mundo los yà olvidados amores de Piramo y Tysbe; porque Bafilio se enamorò de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fuè correspondièndo à su desseo con mil honestos favores, tanto que se contavan por Entretenimiènto en el pueblo los amores de los dos niños Bafilio y Quiteria. Fuè crecièndo la edad, y acordò el padre de Quiteria de estorvâr à Bafilio la ordinaria entràda que en su casa tenia, y por quitârse de andâr rezeloso, y lleno de sospechas, ordenò de casâr à su hija con el rico Camacho, no parecièndole sèr bien casàr la con Bafilio, que no tenia tantos bienes de fortuna, como de naturaleza; pues si vâ à dezir las verdades sin envidia, el es el mas agil mancebo, que conocèmos: Gran tirador de barra, luchador estremado, y gran Jugador de pelota. Corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla à los bolos como por encantamènto. Canta como una calandria, y toca una guitarra, que la haze hablâr; y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por essa sola gracia, dixo à esta fazon Don Quixote, merecia esse mancebo no solo casàrse con la hermosa Quiteria, fino con la misma Reyna Gine-

Ginebra (si fuèra oy viva) à pesàr de Lançarote, y de todos aquellos que estorvârlo quisièran.

A mi muger con esso, dixo Sancho Pança (que hasta entonces avia ido callàndo y escuchando) la qual no quière, fino que cada uno case con su igual, atenièndose al Refran que dize: *Cada oveja con su pareja*. Lo que yo quisièra es, que esse buen Basilio (que yà me le vòy aficionàndo) se casàra con essa Señora Quiteria; que buen figlo àyan, y buen pofo (iva à dezir al revès) los que estòrvan que se càsen los que bien se quièren. Si todos los que bien se quièren, se huvièssen de casàr, dixo Don Quixote, quitarìa-se la eleccion, y Jurisdiccion à los padres de casàr sus hijos con quièn, y quando deven: Y si à la voluntad de las hijas quedàsse escogèr los maridos, tal avria que escogièsse al criado de su padre, y tal al que viò passàr por la calle, à su parecèr, bizarro, y entonàdo, aunque fuèsse un desbaratàdo espadachin; que el amor, y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiènto, tan necessàrios para escogèr estàdo; y el del matrimònio està muy à peligro de erràrse, y es menestèr gran tiento, y particular favor del Cielo para acertàrle. Quiere hazèr uno un viage largo, y si es prudente, antes de ponèrse en camino, busca alguna compaõia segura, y apacible con quièn acompaõar-se. Pues porque no harà lo mesmo el que hà de caminàr toda la vida hasta el paradèro de la muèrte: Y mas si la compaõia le hà de acompaõar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propia muger no es mercaduria, que una vez compràda, se buèlve, ò se truèca, ò cambia, porque es accidente inseparable,



paràble, que dura lo que dura la vida. Es un laço que si una vez le echàys al cuello, se buèlve en el Nudo Gordiano, que fino le corta la guadaña de la muèrte, no ày desatàrle. Muchas mas cosas pudièra dezir en esta materia, fino lo estorvàra el desèo que tengo de sabèr, si le queda mas que dezir al Señor licenciàdo à cerca de la hif-tòria de Basilio. A lo que respondiò el estudiante, bachiller, ò licenciàdo, como le llamò Don Quixote, que de todo no me queda mas que dezir, fino que desde el punto que Basilio supò que la hermosa Quiteria se casàva con Camacho el rico, nunca mas le han visto reyr, ni hablàr razon concertàda, y siempre anda pensativo y triste hablàndo entre si mismo, con que dà ciertas, y claras Señales de que se le hà buèlto el Juýzio. Come poco, y duèrme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duèrme, es en el campo sobre la dura tierra como animal brùto: Mira de quàndo en quàndo al Cielo, y otras vezes clava los ojos en la tierra con tal embelesamièto, que no parece fino estatua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin el dà tales muestras de tenèr apassionado el coraçon, que temèmos todos los que le conocèmos, que el dàr el *Si* Mañana la hermosa Quiteria, hà de sèr la sentencia de su muèrte. Dios lo harà mejòr, dixo Sanchò; que Dios que dà la llaga, dà la medicina: Nadie sabe lo que està por venìr: De aquí à mañana muchas horas ày; y en una, y aun en un momento se càc la casa: Yo he visto llovèr, y hazèr sol todo à un mesmo punto: Tal se acuèsta fano la noche, que no se puède movèr otro dia: Y diganme: Por ventùra avrà quièn se alabe, que tie-

ne.

ne echàdo un clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el *Si*, y el *No* de la muger no me atreveria yo à ponèr una punta de alfiler, porque no cabria. Denme à mi, que Quiteria quièra de buen corazon, y de buena voluntad à Bafilio; que yo le darè à el un saco de buena ventura; que el amor, (segun yo hè oýdo dezir) mira con unos antojos, que hazen parecèr oro al cobre, à la pobreza riqueza, y à las lagañas perlas.

Adonde vas à paràr, Sancho, que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comièças à enfartàr Refrànes, y cuèntos, no te puede esperàr fino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, que sabes tu de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? O, pues si no me entienden, respondiò Sancho, no es maravilla que mis sentencias sèan tenidas por disparates: Pero no importa, yo me entiendo, y sè, que no hè dicho muchas necesdades en lo que hè dicho, fino que vueffa mercèd, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal, has de dezir, dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buen language, que Dios te confunda. No se apunte vueffa mercèd conmigo, respondiò Sancho, pues sabe que no me hè criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado, ò quito alguna letra à mis vocablos. Si, que, vèlgame Dios, no ay para que obligàr al fayaguès à que hable como el Toledano; y Toledanos puède avèr, que no las corten en el ayre en esto del hablar polido. Affi es, dixo el licenciado, porque no pueden hablàr tan bien los que se crian en las tenerias y en Zocodover, como los que se pasèan casi todo el dia por el claustro de la

Iglesia.



Iglesia mayor, y todos son Toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante, el claro està en los discretos cortefanos, aunque àyan nacido en Majalahonda: Dixe, discretos, porque ày muchos que no lo son, y la discrecion es la gramatica del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, Señores, por mis pecados hè estudiado Cànones en Salamanca, y pìcome algun tanto de dezir mi razon con palabras claras, llanas, y significàntes. Si no os picàrades mas de fabèr mas meneàr las negras que llevàys, que la lengua, (dixo el otro estudiante,) vos llevàrades el primero en licencias como llevàstes cola. Mirad Bachiller, respondiò el licenciado, vos estàys en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada tenièndola por vana.

PARA mi no es opinion, sino verdàd asentada, replicò Corchuelo; y si querèys que os la muestre con la experiencia, espadas traèys, comodidad ày, yo pulsos, y fuerças tengo, que acompañadas de mi animo (que no es poco) os harè confesàr, que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compàs de pies, de vuestros circulos, y vuestros angulos, y ciencia, que yo espèro de hazèros ver estrellas à medio dia con mi destreza moderna, y zafia, en quièn espèro, despues de Dios, que està por nacer hombre, que me haga bolvèr las espaldas; y que no le ày en el mundo, à quièn yo no le haga perdèr tierra. En esto de bolvèr, ò no las espaldas no me meto, replicò el diestro, aunque podria sèr, que en la parte donde la vez primera clavàssedes el pie, allì os abrièssen la sepultura (quièro dezir) que allì quedàssedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verà, respondiò Corchuelo; y apeandose

con

con gran presteza de su Jumento, tirò con fùria de una de las espadas que llevava el licenciado en el fuyo. No hà de sèr assi, dixo à este instante Don Quixote, que yo quièro sèr el maestro desta esgrima, y el Juez desta muchas vezes no averiguàda question; y apeàndose de Rozinànte, y assièndo de su lança, se pùso en la mitad del camino, à tiempo que yà el licenciado con gentil donayre de cuerpo, y compàs de pies se iba contra Corchuèlo, que contra el se vino lançando, (como dezirse fuele,) fuègo por los ojos. Los otros dos labradòres del acompañamiento, sin apearse de sus Pollinas, sirvièron de aspetadores en la mortal Tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibaxos, revèses, y mandobles que tirava Corchuèlo, eran sin numero, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetia como un leon irritado, pero saliale al encuentro un tapaboca de la Zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hazia besàr, como si fuèra reliquia aunque no con tanta devocion como las reliquias deven, y suèlen besarse. Finalmènte el licenciado le contò à estocadas los botones de una media fotanilla que traia vestida, hazièndole tiras los faldamèntos, como colas de Pulpo. Derribòle el sombrero dos vezes, y cansòle de manera, que de despecho, còlera, y rabia assiò la espada por la empuñadura, y arrojòla por el ayre con tanta fuerça, que uno de los labradòres assistèntes, que era escrivano, y fuè por ella, afirmò, y diò despues por testimonio, que la alongò de sì casi tres quartos de legua; el qual testimonio sirve, y hà servido para que se conozca, y vèa con toda verdàd, como la fuerça es vencida



cida del arte. Sentòse cansado Corchuelo, y llegándose à el Sancho, le dixo: Mia Fè, Señor Bachiller, si vueſſa merced toma mi conſejo, de aqui adelante no hà de defafiàr à nadie à eſgrimir, fino à luchar, ò à tirar la barra, pues tiene edad y fuerças para ello; que deſtos à quien llaman dièſtros, hè oydo dezir, que meten una punta de una eſpada por el ojo de una aguja. Yo me contento, reſpondiò Corchuelo, de aver caydo de mi Burra, y de que me aya moſtrado la experiècia la verdàd de quien tan leſos eſtava: Y levantàndose, abraçò al licenciado, y quedaron mas amigos que de antes; y no queriendo eſperar al eſcrivano, que avia ido por la eſpada, por parecerle que tardaria mucho, determinaron ſeguir adelante por llegar temprano à la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltava del camino, les fuè contàdo el licenciado las excelencias de la eſpada con tantas razones demoſtrativas, y con tantas figuras y demoſtraciones Mathematicas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reduzido de ſu pertinacia.

ERA anocheido, pero antes que llegàſſen, les pareciò à todos, que eſtava delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y reſplandecientes eſtrellas. Oyeron aſſi miſmo confuſos, y ſuaves ſonidos de diverſos inſtrumentos, como de Flautas, Tamborinos, Salterios, Albogues, Panderos, y Sonajas; y quando llegaron cerca, vieron que los arboles de una enramada, que à mano avian pueſto à la entrada del pueblo, eſtavan todos llenos de luminarias, à quien no ofendia el viento, que entonces no ſoplava, fino tan manso, que no tenia fuerça para mover las hojas de los arboles.

boles. Los músicos eran los regozijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andavan, unos baylando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto no parecia, sino que por todo aquel prado andava corriendo la alegría, y saltando el contento. Otros muchos andavan ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones, y danças, que se avian de hazer en aquel lugar dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, assi el labrador, como el Bachiller; pero el dió por disculpa, bastantissima à su parecer, ser costumbre de los Cavalleros andantes dormir por los campos, y florestas antes que en los poblados, aunque fuéssè debaxo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele à la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el castillo, ó casa de Don Diego.

CAPITULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

A Penas la blanca Aurora avia dado lugar à que el luziente Febo con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugasse, quando Don Quixote, facudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie, y llamó à su escudero Sancho, que aun toda

T O M. III.

A a

via



via roncava; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertàsse, le dixo: O tu bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tenèr envidia, ni ser envidiado, duèrmes con sossegado espíritu, ni te persiguen Encantadores, ni sobrefaltan Encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo dirè otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu Dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que devas, ni de lo que has de hazèr para comèr otro dia tu, y tu pequeña, y angustiada familia: Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los Limites de tus deseos no se estienden à mas que à pensàr en tu Jumento; que el de tu persona sobre mis ombros le tienes puesto (contra peso, y carga que puso la naturaleza, y la costumbre à los Señores.) Duerme el criado, y està velando el Señor, pensando como le ha de sustentàr, mejoràr, y hazèr mercedes. La congoxa de ver que el cielo se haze de bronze, sin acudir à la tierra con el conveniente rozio, no affige al criado, sino al Señor, que hà de sustentàr en la esterilidad, y hambre al que le sirviò en la fertilidad, y abundancia. A todo esto no respondiò Sancho, porque dormia; ni despertàrà tan presto, si Don Quixote con el cuento de la Lança no le hiziera bolvèr en sí. Despertò en fin soñoliento, y pereçoso, y bolviendo el rostro à todas partes, dixo: De la parte desta enramada, (si no me engaño) sale un tufo, y olor harto mas de torreznos assados, que de juncos, y tomillos. Bodas que por tales olores comiènçan, para mi santiguada, que deven de ser abundantes, y generosas. Acaba, gloton, dixo Don Quixote; ven,
irèmos

irèmos à vèr estos desposorios, por vèr lo que haze el defdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisière, respondiò Sancho: No fuèra el pobre, y casàrase con Quiteria. No ay mas fino no tenèr un quarto, y querèr casàrse por las nubes? A la Fè, Señor, Yo soy de parecèr, que el pobre deve de contentàrse con lo que hallàre, y no pedìr cotùfas en el golfo. Yo apostarè un braço, que puède Camacho embolvèr en reales à Basilio; y si esto es assi, como deve de sèr, bien boba fuèra Quiteria en desechàr las galas, y las Joyas, que le deve de avèr dado, y le puede dàr Camacho, por escogèr el tiràr de la barra, y el jugàr de la negra de Basilio: Sobre un tiro de barra, ò sobre una gentil treta de espada no dan un quartillo de vino en la taverna: Habilidadades, y gracias, que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos: Pero quando las tales gracias càen sobre quièn tiene buen dinero, tal sèa mi vida, como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantàr un buen edificio, y el mejor cimiento, y zanja del mundo es el dinero. Por quièn Dios es, Sancho, dixo à esta sazón Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mi, que si te dexàssen seguìr en las que à cada passò comienças, no te quedaria tiempo para comèr, ni para dormir, que todo le gastarias en hablàr. Si vuefía mercèd tuviera buena memoria, replicò Sancho, devieràse acordàr de los capitulos de nuestro conciertò antes que esta ultima vez falièssèmos de casa: Uno dellos fuè, que me avia de dexàr hablàr todo aquello que quisièsse, con que no fuèsse contra el proximo, ni contra la autoridàd de vuefía mercèd; y hasta agora me parece que no hè contravenido contra el tal



capitulo. Yo no me acuèrdo, Sancho, respondiò Don Quixote, del tal capitulo; y puesto que sèa assi, quièro que calles, y vengas, que yà los instrumentos que ànoche oÿmos, buèlven à alegràr los valles; y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescòr de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que fu Señor le mandava; y poniendo la filla à Rozinante, y la albarda al Ruzio, fubièron los dos, y pàsso ante pàsso se fuèron entràndo por la enramàda. Lo primero que se le ofreciò à la vista de Sancho, fuè espetàdo en un assador de un olmo entèro un entèro novillo; y en el fuego donde se avia de afsàr, ardìa un mediano monte de Leña; y feys ollas que al rededor de la hoguèra estàvan, no se avian hecho en la comun turquesa de las demàs ollas, porque eràn sèys medias tinajas, que en cada una cabìa un rastro de carne: Assi embebian, y encerràvan en si carnèros entèros sin echàrse de vèr, como si fuèran palomìnos: Las lièbres yà sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estàvan colgadas por los arboles para sepultàrlas en las ollas, no tenian numero: Los pàxaros, y caça de diversos generos eran infinitos, colgàdos de los arboles para que el ayre los enfriàsse. Contò Sancho mas de sesenta zaques de mas de dos arrobas cada uno, y todos llenos (segun despues pareciò) de generòsos vinos. Assi avia rimèros de pan blanquissimo, como los fuele avèr de montones de trigo en las heras. Los quefos puestos como ladrillos enrejàdos, formàvan una muralla; y dos calderas de azeyte mayores que las de un tinte, servian de freyr cosas de masa, que con dos valientes palas las facàvan fritas, y las zabullian en otra caldera de pre-
parada

parada miel, que allí junto estava. Los cozineros, y cozineras pasavan de cinquenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre de un novillo estava doze tiernos, y pequeños lechones, que cocidos por encima, servian de darle sabor, y enternecerle. Las especies de diversas fuertes no parecia averlas comprado por libras sino por arrobas, y todas estava de manifesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rustico, pero tan abundante que podia sustentâr à un exercito. Todo lo mirava Sancho Pança, y todo lo contemplava, y de todo se aficionava: primero le cautivaron, y rindieron el desseo, las ollas, de quien el tomara de bonissima gana un mediano puchero. Luego le aficionaron la voluntad los zaques; y ultimamente las frutas de farten (si es que se podian llamar fartenes las tan orondas calderas:) Y assi sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hazer otra cosa, se llegò à uno de los sollicitos cozineros, y con cortesias, y hambrientas razones le rogò, le dexasse mojar un mendrugò de pan en una de aquellas ollas: A lo que el cozinero respondiò: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene Jurisdicion la hambre (mercèd al rico Camacho;) apeaos, y mirad si ay por ay un cucharòn, y espumad una gallina, ò dos, y buen provecho os hagan. No vèo ninguno, dixo Sancho. Esperad, respondiò el cozinero, pecador de mi, y que melindroso, y para poco deveys de ser. Y diziendo esto, assiò de un caldero, y encajandole en una de las medias tinajas, facò en èl tres gallinas, y dos ganfos, y dixo à Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora
del

del yantàr. No tengo en que echàrta, respondiò Sancho. Pues llevàos, dixo el cozinero, la cuchara y todo; que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo fuple.

EN tanto, pues, que esto passàva Sancho, estàva Don Quixote miràndo como por una parte de la enramàda entràvan hasta doze labradòres sobre doze hermosísimas yeguas con ricos, y vistosos jaèzes de campo, y con muchos cascavèles en los petrales, y todos vestidos de regozijo, y fiesta; los quales en concertàdo tropèl corrièron, no una, sino muchas carreras por el pràdo con regozijàda algazara, y grita, dizièndo: Vivan Camacho, y Quiteria, el tan rico, como ella hermòsa, y ella la mas hermòsa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: bien parece que estos no han visto à mi Dulcinèa del Tobòso, que si la huvièran visto, ellos se fuèran à la mano en las alabànças desta su Quiteria. De alli à poco començaron à entràr por diversas partes de la enramàda muchas y diferentes danças, entre las quales venìa una de espadas hasta de veynte y quatro zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgàdo, y blanquíssimo lienço, con sus paños de tocàr labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiàva (que era un ligèro mancebo) preguntò uno de los de las yeguas, si se avìa herido alguno de los dançantes? Por aora, bendito sea Dios, respondiò el mancebo, no se ha herido nadie; todos vàmòs fanos; y luego començò à enredàrse con los demas compañeros con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estàva hecho à vèr semejàntes danças, ninguna le avìa parecìdo tan bien como aquella. Tambien le pareciò bien otra, que
entrò

entrò de donzèllas hermosíssimas, tan moças, que al parecer ninguna baxàva de catorze, ni llegàva à diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trençados, y parte suèltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los quales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madrejelva compuèstas. Guiàvalas un venerable viejo, y una anciàna matrona, pero mas ligèros, y sueltos que sus años prometian. Haziales el son una gaita zamorana, y ellas llevando en los rostros, y en los ojos à la honestidàd, y en los pies à la ligerèza, se mostràvan las mejores bayladoras del mundo. Tras esta entrò otra dança de artificio, y de las que llaman habladas: Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: De la una hilera era guià el Dios Cupido, y de la otra el interès: aquel adornado de alas, arco, aljava, y factas; Este vestido de ricas, y diversas colores de oro, y seda. Las ninfas, que al amor seguian, traian à las espaldas en pergamino blanco, y letras grandes escritos sus nombres. Poësia era el titulo de la primera; el de la segunda discrecion; el de la tercera buen linage; el de la quarta valentia. Del modo mesmo venian señaladas las que al interès seguian: dezìa liberalidàd el titulo de la primera, dadiva el de la segunda, tesoro el de la tercera, y el de la quarta possession pacifica. Delante de todos venia un castillo de madera, à quièn tiràvan quatro salvages todos vestidos de yedra, y de càñamo teñido de verde tan al natural, que por poco espantàran à Sancho. En la frontera del castillo, y en todas las quatro partes de sus quadros traia escrito, *Castillo del buen Recato*. Hazianles el son quatro



tro diestros tañedores de tamboril, y flauta. Començava la dança Cupido; y avièndo hecho dos mudanças, alçava los ojos, y flechava el arco contra una donzella, que se ponìa entre las almènas del castillo, à la qual desta fuerte dixo:

Yo foy el Dios poderoso
 En el ayre, y en la tierra,
 Y en el ancho mar undoso,
 Y en quanto el abismo encierra
 En su baratro espantoso.
 Nunca conocì que es miedo,
 Todo quanto quièro, puèdo,
 Aunque quièra lo imposible,
 Y en todo lo que es possible,
 Mando, quito, pongo, y vedo.

Acabò la copla, disparò una flecha por lo alto del castillo, y retiròse à su puesto. Saliò luego el interès, y hizo otras dos mudanças: callaron los tamborinos, y el dixo:

Soy quièn puède mas que amor,
 Y es amor el que me guìa,
 Soy de la estirpe mejor,
 Que el cielo en la tierra cria
 Mas conocida, y mayor.
 Soy el interès en quièn
 Pocos fuelen obràr bien,
 Y obràr fin mi, es gran milagro,
 Y qual foy te me consàgro
 Por siempre jamas, Amen.

Reti-

retiròse el interès, y hizòse adelante la Poëfia, la qual despues de avèr hecho sus mudanças como los demàs, puestos los ojos en la donzella del castillo, dixo :

En dulcíssimos concèptos
 La dulcíssima Poëfia,
 Altos, graves, y discretos,
 Señora, el alma te embia,
 Embuelta entre mil sonetos.
 Si à caso no te importuna
 Mi porfia, tu fortuna,
 De otras muchas envidiada,
 Serà por mi levantada
 Sobre el cerco de la Luna.

Desviòse la Poëfia, y de la parte del interès, faliò la liberalidad, y despues de hechas sus mudanças, dixo :

Llaman liberalidad
 Al *dar*, que el estremo huye
 De la prodigalidad,
 Y del contrario que arguye
 Tibia, y floxa voluntad.
 Mas yo por te engrandecèr,
 De oy mas pròdiga he de sèr ;
 Que aunque es vicio, es vicio honràdo,
 Y de Pecho enamorado
 Que en el *dar* se echa de vèr.



De este modo faliéron, y se retiràron todas las dos figuras de las dos esquadras; y cada uno hizo sus mudanças, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridículos; y solo tomò de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los ya referidos; y luego se mezclàron todos, haziendo, y deshaziendo laços con gentil donayre, y desfemboltura; y quando pasava el amor por delante del Castillo, disparava por alto sus flechas, pero el interès quebrava en el, alcanzias doradas. Finalmente despues de avèr baylado un buen espacio, el interès facò un bolsón, que le formava el pellejo de un gran gato Romano, que parecia estàr lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencaxaron las tablas, y se cayèron, dexando à la donzella descubierta, y sin defenfa alguna. Llegò el interès con las figuras de su valia, y echándole una gran cadena de oro al cuello, mostraron prendèr-la, rendirla, y cautivarla: Lo qual visto por el Amor, y sus valedores, hizieron ademàn de quitarsela, y todas las demonstraciones que hazian, eran al son de los tamborinos, baylando, y dançando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolviéron à armàr, y à encaxar las Tablas del castillo, y la donzella se encerrò en èl como de nuèvo; y con esto se acabò la dança con gran contento de los que la miravan.

PREGUNTÒ Don Quixote à una de las ninfas, que quièn la avia compuesto, y ordenado? Ella le respondiò, que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostarè, dixo Don Quixote, que deve de sèr mas amigo de Camacho que de Basilio el tal

tal bachiller, ò beneficiàdo; y que deve de tenèr mas de Satìrico, que de visperas. Bien hà encaxàdo en la dança las habilidàdes de Bafilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Pança, que lo escuchàva todo, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote, bien se parèce, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dizen: Viva quièn vence. No sè de los que foy, respondiò Sancho, pero bien sè, que nunca de ollas de Bafilio facarè yo tan elegante espùma como es esta, que hè facàdo de las de Camacho (y enseñòle el caldèro lleno de ganfos, y de gallinas) y assièdo de una, començò à comèr con mucho donayre, y gana, y dixo: A la barba de las habilidàdes de Bafilio, que tanto vales, quanto tienes, y tanto tienes quanto vales. Dos linages solos ày en el mundo, como dezìa una aguela mia, que son *el tenèr*, y *el no tenèr*, aunque ella al del *tener* se atenia; y el dia de oy, mi Señor Don Quixote, antes se toma el pulso al *avèr*, que al *sabèr*: Un asno cubièrto de oro parece mejor, que un Cavallo enalbardàdo: Assi que, buelvo à dezir, que à Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas ganfos, y gallinas, lièbres, y conejos; y de las de Bafilio seràn, si viene à mano (aunque no venga fino al pie) aguachirle. Has acabàdo tu arenga, Sancho? dixo Don Quixote. Avrè-la acabàdo, respondiò Sancho, porque vèò que vueffà mercèd recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pufièra de por medio, obra avrìa cortàda por tres dias. Plega à Dios Sancho, replicò Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muèra. Al passò que llevàmos, respondiò Sancho, antes que vueffà mercèd se muera, estarè yo maf-



càndo barro, y entonces podrà fer que estè tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ò por lo menos hasta el Dia del Juyzio. Aunque effo assi fucedá, ó Sancho, replicò Don Quixote, nunca llegarà tu silencio à dò hà llegàdo lo que hàs hablàdo, hablas, y tienes de hablàr en tu vida; y mas que està muy puesto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte, que el de la tuya; y assi jamas pienso verte mudo, ni aun quando estès bebiendo, ó durmiendo, que es lo que puedo encarecèr. A buena fè, Señor, respondiò Sancho, que no ày que fiàr en la descarnàda; digo, en la muerte, la qual tambien come cordero como carnero: Y à nuestro cura hè oydo dezir, que con igual pie pisava las altas torres de los Reyes, como las humildes choças de los pobres. Tiene esta Señora mas de poder que de melindre: No es nada asquerosa, de todo come, y à todo haze, y de toda fuerte de gentes, edades, y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duèrme las fiestas, que à todas horas siega, y corta, assi la seca, como la verde yerva; y no parece que masticá, fino que engulle y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, dà à entendèr, que està hidròpica, y Sedienta de bebèr todas las vidas de quantos viven, como quien se bebe un Jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, tente en buenas, y no te dexes caèr; que en verdàd, que lo que hàs dicho de la muerte por tus rusticos terminos, es lo que pudièra dezir un buen predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvièras discrecion, pudièras tomàr un pùl-
pito

pito en la mano, è irte por effe mundo predicàndo lindezas. Bien predica quien bien vive, respondiò Sancho, y yo no sè otras Theologias. Ni las hàs menestèr, dixo Don Quixote; pero yo no acabo de entendèr, ni alcançàr, como, fièndo el principio de la sabiduria el temor de Dios, tu que temes mas à un lagarto, que à el, sabes tanto? Juzgue vueffà mercèd, Señor, de fus Cavallerias, respondiò Sancho, y no se meta à juzgàr de los temores, ô valentias ajenas; que tan gentil temeròso foy yo de Dios como cada hijo de vezino: Y dèxeme vueffà mercèd despavilàr esta espùma, que lo demàs todas son palabras ociosas de que nos hàn de pedir cuenta en la otra vida: Y dizièndo esto, començò de nuèvo à dàr assalto à su caldèro con tan buenos alientos, que despertò los de Don Quixote, y sin duda le ayudàra, fino lo impidièra lo que es fuerça se diga adelante.

C A P I T U L O XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucessos.

QUANDO estàvan Don Quixote, y Sancho Pança en las razones referidas en el capitulo antecedente, se oyèron grandes voces, y gran ruýdo; y dàvanlas, y causàvanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita ivàn à recibir à los nòvios, que rodeados de mil generos de instrumentos, y de invenciones venian acompañados del cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas luzida, de los lugares circunvezinos, todos vestidos de fiesta.



fiesta. Y como Sancho viò à la nòvia, dixo: A buena Fè que no viène vestida de labradòra, fino de garrida palacièga: Par diez, que segun diviso, que las patenas que avia de traèr, son ricos corales, y la palmilla verde de cuenca es terciopelo de treynta pelos. Y montas, que la Guarnicion es de tiras de lienço blanco? Voto à mi que es de rafo. Pues tomàdme, las manos adornadas con fortijas de azavache; no medre yo, fino son anillos de oro, y muy de oro, y empedràdos con perlas blancas como una quaxada, que cada una deve de valer un ojo de la cara. O hideputa, y que cabellos, que fino son postizos, no los he visto mas luengos, ni mas rùbios en toda mi vida! No fino ponèdla tacha en el brio, y en el talle, y no la comparèys à una palma, que se mueve, cargada de razimos de dàtiles; que lo mesmo parecen los dixes que tràe pendientes de los cabellos, y de la garganta. Juro en mi anima, que ella es una chapada moça, y que puede passàr por los bancos de Flandes. Riòse Don Quixote de las rusticas alabanças de Sancho Pança. Pareciòle, que fuera de su Señora Dulcinèa del Tobòso no avia visto muger mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y devia de sèr de la mala noche, que siempre passan las nòvias en componèrse para el dia venidèro de sus bodas. Ivanse acercàndo à un teatro, que à un lado del prado estàva adornàdo de alfombras, y ramos, adonde se avian de hazèr los desposorios, y de donde avian de miràr las danças y las invenciones: Y à la fazon que llegàvan al puestto, oyèron à sus espaldas grandes voces, y una que dezia: Esperàos un poco, gente tan inconsideràda, como prefuròsa. A cuyas
vozes,

vozes, y palabras todos bolviéron la cabèça, y viéron que las dava un hombre vestido, al parecèr, de un fayo negro, gironàdo de carmesì à llamas. Venìa coronàdo, (como se viò luego) con una corona de funesto Cypres: En las manos traìa un baston grande: En llegàdo mas cerca fuè conocido de todos por el gallàdo Basilio, y todos estuviéron suspensos, esperàdo en que avian de paràr sus vozes, y sus palabras, temièdo algun mal suceffo de su venida en fazon semejante. Llegò en fin cansàdo, y sin aliento, y pueffto delante de los desposàdos, hincàdo el baston en el suelo, que tenìa el cuento de una punta de azero; mudada la color, puefftos los ojos en Quiteria, con voz tremenda y ronca estas razones dixo:

BIEN sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la santa ley que profesàmos, que vivièdo yo, tu no puedes tomàr espòso; y juntamènte no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejoràssen los bienes de mi fortuna, no he querido dexàr de guardàr el decoro, que à tu honra convenìa: Pero tu, echàdo à las espaldas todas las obligaciònes que debes à mi buen desèo, quières hazèr Señor de lo que es mio à otro, cuyas riquezas le firven no solo de buena fortuna, sino de bonissima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merèce, sino como se la quieren dàr los Cielos) yo por mis manos desharè el imposible, ò el inconveniente que puede estorvàrsela, quitàndome à mi de por medio. Viva, viva el Rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices figlos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortò las alas de su dicha, y le puso en
la

la sepultura. Y diziendo esto asió del baston que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina à un mediano estoque, que en él se ocultava; y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y determinado proposito se arrojò sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta à las espaldas con la mitad de la azerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

ACUDIÈRON luego sus amigos à favorecerle condolidos de su miseria, y lastimosa desgracia; y dexando Don Quixote à Rozinante, acudiò à favorecerle, y le tomó en sus brazos, y hallò que aun no avia espirado. Quisieronle sacàr el estoque, pero el Cura que estava presente, fuè de parecer, que no se le sacàssen antes de confesarle; porque el sacarse, y el espirar, sería todo à un tiempo. Pero bolviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente, y desmayada dixo: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este, ultimo y forçoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancè el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiesse à la salud del alma antes que à los gustos del cuerpo; y que pidiessè muy de veras à Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicò Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le dava la mano de ser su esposa; que aquel contento le adobaria la voluntad, y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia una cosa muy justa,

y

LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG





Jn: Vanderbank inv: et Delin.
Vol. 3. p. 193.

Ger: Vanderfucht sculp.
35



y puesta en razon, y à demàs muy hazedèra, y que el Señor Camacho quedaria tan honràdo recièndo à la Señora Quiteria viuda del valeròso Basilio, como si la recièra del lado de su padre. Aqui no hà de avèr mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciàrle, pues el Tàlamo destas bodas hà de sèr la sepultura. Todo lo oyà Camacho, y todo le tenia suspenso, y confuso sin sabèr que hazèr, ni que dezir; pero las voces de los amigos de Basilio fuèron tantas, pidièndole que consintieffe que Quiteria le dièffe la mano de espòsa, porque su alma no se perdièffe partièndo desesperado desta vida, que le movieron, y aun forçaron à dezir, que si Quiteria queria dàrsela, que el se contentava, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos à Quiteria, y unos con ruègos, y otros con làgrimas, y otros con eficaces razones la persuadièron que dièffe la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un marmol, y mas fèga que una estàtua, mostrava que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra; ni la respondièra, si el Cura no la dixèra, que se determinasse presto en lo que avia de hazèr, porque tenia Basilio yà el alma en los dientes, y no dava lugar à esperàr inresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer, triste, y pesarosa, llegò donde Basilio estava, yà los ojos bueltos, el aliento corto, y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como Christiano. Llegò en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por Señas, y no por palabras. Desencajò los ojos Basilio, y



miràndola atentamènte le dixo: O Quiteria, que has venido à fer piadosa à tiempo, quando tu piedad ha de servir de cuchillo, que me acabe de quitàr la vida, pues yà no tengo fuerças para llevàr la gloria que me das en escogermè por tuyo, ni para suspènder el dolor, que tan aprièssà me va cubrièndo los ojos con la espantosa sombra de la muerte: Lo que te suplico es, (ò fatal estrella mia) que la mano que me pides, y quières darme, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuèvo, fino que confièsses, y digas, que sin hazèr fuerça à tu voluntad me la entrègas, y me la das como à tu legitimo espòso; pues no es razon, que en un trance como este me engañes, ni ùses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratàdo contigo. Entre estas razones se desmayava de modo, que todos los presentes pensàvan, que cada desmayo se avia de llevàr el alma consigo. Quiteria toda honèsta, y toda vergonçosa affièndo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna fuerça fuèra bastante à torcèr mi voluntad; y affi con la mäs libre que tengo, te doy la mano de legitima espòsa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre alvedrio, sin que la turbe, ni contràste la calamidad en que tu discurso aceleràdo te hà puesto. Si doy, respondiò Basilio, no turbàdo, ni confuso, fino con el claro entendimientò que el Cielo quiso darme; y affi me doy, y me entrego por tu espòso. Y yo por tu espòsa, respondiò Quiteria, ora vivas largos años, ora te lleven de mis braços à la sepultura. Para estàr tan herido este mancebo, dixo à este punto Sancho Pança, mucho habla: Haganle que se dexè de requiebros, y que atiènda à su alma; que à mi
pare-

parecèr mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estàndo, pues, asidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno, y lloroso los echò la bendicion, y pidiò al cielo dièsse buen poso al alma del nuevo desposado; el qual assi como recibì la bendicion, con presta ligerèza se levantò en pie, y con no vista desemboltura se facò el estoque à quièn fervia de vayna su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos mas simples que curiosos en altas voces començaron à dezir: milagro, milagro! Pero Basilio replicò, no milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado, y atònito acudiò con ambas manos à tentàr la herida, y hallò, que la cuchilla avia pasado, no por la carne, y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre (segun despues se supo) de modo, que no se elàsse. Finalmente el Cura, y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados, y escarnidos. La esposa no diò muestras de pesarle de la burla, antes oyendo dezir, que aquel casamiento por avèr sido engañoso, no avia de ser valedero, dixo, que ella lo confirmava de nuevo; de lo qual coligièron todos, que de consentimiento, y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caso, de lo que quedò Camacho, y sus valedores tan corridos, que remitièron su vengança à las manos; y desenvaynando muchas espadas, arremetièron à Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvaynaron casi otras tantas; y tomando la delantera à Cavallo Don Quixote con su lança sobre el braço, y bien cubierto de su escudo, se hazia dàr lugar de todos. San-



cho, à quien jamas pluguièron, ni solazàron femejantes fe-
churías, se acogió à las tinajas de donde avia sacado su
agradable espùma, parecièndole aquel lugar como sagrado,
que avia de sèr tenido en respeto. Don Quixote à gran-
des voces dezìa: Tenèos, Señores, tenèos; que no es ra-
zon tomèys vengança de los agravios que el amor os ha-
ze; y advertid, que el amor, y la guerra son una misma
cosa; y assi como en la guerra es cosa lícita, y acostum-
brada, usàr de ardides, y estratagemas para vencèr al ene-
migo, assi en las contiendas, y competencias amoròsas se
tienen por buenos los embustes, y marañas que se hazen
para conseguir el fin que se deseà, como no sèan en me-
noscàbo, y Deshonra de la cosa amada. Quiteria era de
Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposi-
cion de los cielos. Camacho es rico, y podrà comprar su
gusto quando, donde, y como quisiere. Basilio no tiene
mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por pode-
roso que sea; que à los dos qué Dios junta, no podrà se-
paràr el hombre: Y el que lo intentàre, primero hà de
pàsàr por la punta desta lança: Y en esto la blandió tan
fuerte, y tan diestramènte, que puso pavor en todos los que
no le conocian: Pero tan intensamènte se fixò en la imagi-
nacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borrò
de la memoria en un instante; y assi tuvièron lugar con el
las persuasiònes del Cura (que era varon prudente, y bien
intencionado) con las cuales quedò Camacho, y los de su
parcialidad pacíficos, y sossegados; en señal de lo qual bol-
vièron las espadas à sus lugares, culpando mas la facilidad
de Quiteria, que la industria de Basilio: Haziendo discursos
fo

fo Camacho, que si Quiteria queria bien à Basilio donzella, tambien le quifièra casada; y que devìa de dár gracias al Cielo, mas por avèrfela quitado, que por avèrfela dado. Consolado, pues, y pacífico Camacho, y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se foflegaron; y el rico Camacho por mostràr que no sentìa la burla, ni la estimava en nada, quiso que las fiestas pasàssen adelante, como si realmente se desposàra: Pero no quifièron assistir à ellas Basilio, ni su espòsa, ni sequazes; y assi se fuèron à la aldea de Basilio (que tambien los pobres virtuosos, y discretos tiènèn quien los siga, honre, y ampàre, como los ricos tiènèn quien los lifongèe y acompañe.) Llevàronse consigo à Don Quixote, estimàndole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureciò el alma por vèrse impossibilitado de aguardàr la esplèndida comida, y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y assi asfendereado y triste figuiò à su Señor, que con la quadrilla de Basilio iba; y assi se dexò atràs las ollas de Egipto, aunque las llevava en el alma, cuya yà casi consumida, y acabada espùma, que en el caldero llevava, le representava la gloria, y la abundancia del bien que perdìa; y assi congoxado y pensativo, aunque sin hambre, sin apeàrse del Ruzio figuiò las huellas de Rozinante.

C A P I -



CAPITULO XXII.

Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montefinos, que està en el Coraçon de la Mancha, à quièn diò felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.

GRANDES fuèron, y muchos los regalos que los desposados hizieron à Don Quixote, obligados de las muestras que avia dado defendiendo su causa; y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniendolo por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho se refocilò tres dias à costa de los novios, de los quales se supo, que no fuè traça comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, fino industria de Basilio, esperando della el mesmo sucesso que se avia visto. Bien es verdad que confesò, que avia dado parte de su pensamiento à algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion, y abonassen su engaño. No se pueden, ni deven llamar Engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines; y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia; advirtiendolo, que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre, y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría, Regozijo, y contento, y mas quando el amante està en possession de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos, y declarados la necesidad, y la pobreza: Y que todo esto dezìa con intencion de que se dexasse el Señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe; que aunque le davan fama, no le davan dineros; y que

aten-

atendièffe à grangeàr haziènda por medios lícitos, è induftriòfos, que nunca faltan à los prudentes, y aplicados. El pobre honràdo (fi es que puede sèr honràdo el pobre) tiene prenda en tenèr muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger hermosa, y honràda, cuyo marido es pobre, merèce sèr coronàda con laureles, y palmas de vencimièto, y triunfo. La hermosa por si sola atrae las voluntades de quantos la miran, y conòcen, y como à Señàlo gustòfo se le abàten las aguilas reales, y los pàxaros altanèros: Pero si à la tal hermosa se le junta la neceffidàd, y estrechèza, tambien la embisten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña; y la que està à tantos encuentros firme, bien merece llamàrse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadiò Don Quixote, opinion fuè de no sè que sàbio, que no avia en todo el mundo fino una sola muger buena; y dava por consejo, que cada uno pensàsse, y creyèsse, que aquella sola buena era la fuya, y assi vivirìa contento. Yo no soy casàdo, ni hasta aora me ha venido en pensamièto sèrlo, y con todo esto me atreverìa à dàr consejo al que me lo pidièsse, del modo que avia de buscàr la muger con quièn se quisièsse casàr. Lo primero le aconsejarìa, que miràsse mas à la fama, que à la haziènda; porque la buena muger no alcança la buena fama solamènte con ser buena, fino con parecèrlo; que mucho mas dañan à las honras de las mugeres las defembolturas, y libertades pùblicas, que las maldades secretas. Si tràes buena muger à tu casa, facil cosa serìa conservàrta, y aun mejoràrta en aquella bondàd; pero si la traes mala, en trabajo te pondrà el enmendàrta; que

que no es muy hazedero passàr de un estremo à otro: Yo no digo, que sea imposible, però têngolo por dificultoso.

OÌA todo esto Sancho, y dixo entre si: Este mi amo, quando yo hablo cosas de meollo, y de sustancia, fuèle dezir, que podria yo tomàr un pulpito en las manos, y irme por esse mundo adelante predicando lindezas; y yo digo del, que quando comiènça à enhilar sentencias, y à dár consejos, no solo puede tomàr pulpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andàrse por essas plaças, à que quières boca? Válate el diablo por Cavallero andante, que tantas cosas sabes: Yo pensava en mi anima, que solo podia saber aquello que tocava à sus Cavallerias; pero no ày cosa donde no pique, y dexé de metèr su cucharada. Murmurava esto algo Sancho, y entreoyòle su Señor, y preguntòle: Que murmuras Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondiò Sancho: solo estàva diziendo entre mi, que quisièra avèr oydo lo que vuestra merced aqui hà dicho antes que me casara; que quicà dixèra yo aora: *El buey suelto bien se lame.* Tan mala es tu Teresa, Sancho, dixo Don Quixote? No es muy mala, respondiò Sancho; pero no es muy buena, alomènos no es tan buena como yo quisièra. Mal hazes, Sancho, dixo Don Quixote, en dezir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos devèmos nada, respondiò Sancho, que tambien ella dize mal de mi quando se le antoja, especialmente quando està zelosa; que entonces sufrala el mesmo fatanas.

FINALMENTE tres dias estuvièron con los novios, donde fuèron regalados, y servidos como cuerpos de Rey.

Pidiò

Pidiò Don Quixote al diestro licenciado, le dièssè una guìa, que le encaminàssè à la cueva de Montefinos; porque tenìa gran desèo de entràr en ella, y vèr à ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas, que della se dezian por todos aquellos contornos. El licenciado le dixo, que le darìa à un primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado à leer libros de cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondria à la boca de la mesma cueva, y le enseñaria las Lagunas de Ruydèra, famosas assi mismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dixole, que llevarìa con el gustoso entretenimiento, à causa que era moço que sabia hazer libros para imprimir, y para dirigirlos à Principes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya Albarda cubria un gayado Tapete, ó harpillera. Enfillò Sancho à Rozinante, y adereçò al Ruzio: Proveyò sus alforjas, à las quales acompañaron las del primo assi mismo bien proveydas; y encomendándose à Dios, y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derròta de la famosa cueva de Montefinos.

EN el camino preguntò Don Quixote al primo, de que genero y calidad eran sus exercicios, su profession, y estudios? A lo que el respondiò, que su profession era ser humanista; sus exercicios, y estudios componer libros para dar à la estampa, todos de gran provecho, y de no menos entretenimiento para la Republica: Que el uno se intitulava, *El de las Librèas*, donde pinta setecientas y tres Librèas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podian sacar, y tomar las que quisièssen en tiempo de fièstas, y regozijos los Cavalleros cortesanos, sin andàrlas mendigando de

T O M. III.

D d

nadie,



nadie, ni lambicàndo, (como dizen) el cervelo por facàrlas conformes à sus desèos, è intenciones; porque doy al Zeloso, al Desdeñado, al Olvidado, y al Ausente las que le conviènen, que les vendràn mas justas que pecadoras. Otro Libro tengo tambien, à quièn hè de llamar *Metamorfoseos, ó Ovidio Español*, de invencion nueva, y rara, porque en èl, imitàndo à Ovidio à lo burlesco, pinto quièn fuè la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Madalena; Quièn el caño de Vecinguerra de Cordova; Quienes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las Fuentes de Leganitos, y Lavapiés en Madrid; no olvidàndome de la del piojo, de la del caño dorado, y de la priora: Y esto con sus alegorias, metàforas, y translaciones de modo, que alègran, suspènden, y enseñan à un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo, *Suplemento à Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa que las cosas que se dexò de dezir Polidoro de gran sustancia, las averìguo yo, y las declàro por gentil estilo. Olvidòsele à Virgilio de declaràrnos, quien fuè el primero que tuvo Catàrro en el mundo, y el primero que tomò las unciones para curàrse del morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veynte y cinco Autores; porque vea vueffa Mercèd si hè trabajàdo bien, y si hà de sèr util el tal libro à todo el mundo.

SANCHO, que avia estàdo atento à la narracion del primo, le dixo: Dìgame, Señor, assi Dios le dè buena manderecha en la impressiõ de sus libros: Sabriame dezir (que si sabrà, pues todo lo sabe) quièn fuè el primero que se rascò en la cabeza; que yo para mi tengo, que devìo de

de sèr nuestro padre Adan? Si ferìa, respondiò el primo, porque Adan, no ay duda, fino que tùvo cabeça, y cabellos; y fiendo esto assi, y fiendo el el primer Hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Assi lo creò yo, respondiò Sancho. Pero dìgame aora, quièn fuè el primer bolteador del mundo? En verdàd, Hermano, respondiò el primo, que no me sabrè determinàr por aora, hasta, que lo estùdie: Yo lo estudiarè en bolviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfarè quàndo otra vez nos vèamos, que no hà de sèr esta la postrera. Pues mire, Señor, replicò Sancho, no tome trabajo en esto; que aora hè caydo en la cuenta de lo que le hè preguntado. Sepa que el primer bolteador del mundo fuè Luzifer, quando le echàron, ó arrojàron del Cielo, que vino bolteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el primo, y Don Quixote añadió: Esta pregunta, y respuesta no es tuya, Sancho: A alguno las has oydo dezir. Calle Señor, replicò Sancho, que à buena fè, que si me dòy à preguntàr, y responder, que no acabe de aquí à mañana. Si, que para preguntàr necedades, y responder disparates, no hè menester yo andàr buscàndo ayuda de vezinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote; que ày algunos que se cansan en saber, y averiguàr cosas, que despues de sabidas, y averiguadas no importan un ardite al entendimiento, ni à la memoria.

EN estas, y otras gustosas pláticas se les pasò aquel dia, y à la noche se albergaron en una pequeña aldèa, adonde el primo dixo à Don Quixote, que desde allí à la cuèva de Montefinos no avia mas de dos leguas, y que si



llevàva determinàdo de entràr en ella, era menestèr proveèr-se de fogas para atàrse, y descolgàrse en su profundidàd. Don Quixote dixo, que aunque llegàsse al abyfimo, avia de vèr donde paràva; y assi compràron casi cien braças de foga, y otro dia à las dos de la tarde llegàron à la cuèva, cuya boca es espaciòsa y ancha, pero llena de cambronèras, y cabrahigos, de zarças, y malezas tan espesas, y intricàdas, que de todo en todo la ciegan, y encùbren. En vièndola, se apeàron el primo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le atàron luego fortissimamènte con las fogas, y en tanto que le faxàvan, y ceñian, le dixo Sancho: Mire vueffa mercèd, Señor mio, lo que haze; no se quiera sepultàr en vida, ni se ponga adonde parezca frasco, que le ponen à enfriàr en algun poço. Si, que à vueffa mercèd no le toca, ni atañe sèr el escudriñador desta, que deve de sèr peor que mazmorra. Ata, y calla, respondiò Don Quixote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mi estàva guardada. Y entonces dixo la guìa: Suplico à vueffa mercèd, Señor Don Quixote, que mire bien, y especule con cien ojos lo que ay allà dentro; quiçà avrà cosas, que las ponga yo en el libro de mis transformaciònes. En manos està el pandero, que le sabrà bien tañer, respondiò Sancho Pança. Dicho esto, y acabàda la ligadura de Don Quixote (que no fuè sobre el arnès, sino sobre el Jubòn de armar) dixo Don Quixote: inadvertidos hèmòs andado en no avèrnos proveydo de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto à mi, en esta mesma foga, con cuyo sonido se entendièra, que toda via baxava, y estàva vivo: Però pues ya no es possible, à la mano de Dios
que



Ju. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. 3. p. 204.

Ger. Vanderghucht sculp.



LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG



que me guie; y luego se hincò de rodillas, y hizo una oracion en voz baxa al Cielo, pidiendo à Dios, le ayudàsse, y le dièsse buen suceſſo en aquella, al parecer, peligrosà, y nueva aventura, y en voz alta dixo luego: ô Señora de mis acciones, y movimiètos, clarissima y fin par Dulcinèa del Tobòſo! Si es possible que lleguen à tus oydos las plegàrias, y rogaciònes deste tu venturòſo amante, por tu inaudita belleza te ruègo, las escùches; que no son otras, que rogarte, no me niegues tu favor, y amparo aora, que tanto le hè menestèr. Yo vòy à despeñarme, à empoçarme, y à hundirme en el abismo, que aqui se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tu me favoreces, no avrà impossible que yo no acometa, y acàbe: Y en diciendo esto, se acercò à la cima, y viò, no sèr possible descolgarse, ni hazer lugar à la entrada, fino era à fuerça de braços, ó à cuchilladas; y assi poniendo mano à la espada, començò à derribar, y à cortar de aquellas malèzas, que à la boca de la cuèva estàvan; por cuyo ruydo y estruendo salieron por ella una infinidàd de grandissimos cuervos, y Grajos tan espesos, y con tanta prièſſa, que dièron con Don Quixote en el suelo; y si el fuera tan agorero como Catolico Christiano, lo tuvièra à mala seña, y escusàra de encerrarse en lugar semejante. Finalmènte se levantò, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves noturnas, como fuèron murcièlagos (que assi mismo entre los cuervos salieron) dándole foga el Primo, y Sancho, el se dexò calàr al fondo de la caverna espantòſa; y al entrar, echándole Sancho su bendicion, y haziendo sobre el mil cruces, dixo: Dios te guie, y la peña de Francia, junto

to



to con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espùma de los Cavallèros andantes. Allà vas, valenton del mundo, coraçon de azèro, braços de bronze, Dios de guè otra vez, y te buelva libre, sano, y sin cautela à la luz desta vida, que dexas por enterràrte en esta escuridàd que buscas. Casi las mismas plegàrias, y deprecaciònes hizo el primo. Iva Don Quixote dando voces, que le dièssen foga, y mas foga, y ellos se la dàvan poco à poco; y quando las voces, que acanaladas por la cuèva salian, dexàron de oyrse, ya ellos tenian descolgàdas las cien braças de foga, y fuèron de parecer de bolvèr à subir à Don Quixote, pues no le podian dar mas cuèrda. Con todo effo se detuvièron como media hora, al cabo del qual espacio bolvièron à recoger la foga con mucha facilidad, y sin peso alguno (Señal que les hizo imaginàr, que Don Quixote se quedava dentro) y creyèndolo assi Sancho, lloràva amargamènte, y tiràva con mucha prièssa por defengañàrse; pero llegàndo, à su parecer, à poco mas de las ochenta braças, fintièron peso, de que en estremo se alegràron. Finalmènte à las diez vièron distintamènte à Don Quixote, à quien diò voces Sancho, dizièndole: Sea vueffa mercèd muy bien buelto, Señor mio, que ya pensàvamos, que se quedava allà para casta, pero no respondia palabra Don Quixote; y facàndole del todo, vièron que traìa cerràdos los ojos con muestras de estàr dormido. Tendièronle en el suelo, y desliàronle, y con todo esto no despertàva: Pero tanto le bolvièron, y rebolvièron, facudièron, y meneàron, que al cabo de un buen espacio bolviò en sù, desperezàndose, bien como si de algun grave, y profundo sueño despertàra; y miràndo à una,

y

y otra parte como espantado, dixo: Dios os lo perdòne, amigos, que me avèys quitado de la mas fabròsa, y agradable vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni pasado. En efecto aora acabo de conocer, que todos los contentos desta vida passan como sombra, y sueño, ó se marchitan como la flor del campo; ó desdichado Montefinos! ó mal ferido Durandarte! ó fin ventura Belerma! ó lloroso Guadiana, y vosotras fin dicha hijas de Ruydera, que mostrays en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Escuchavan el primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las dezìa, como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicaronle les dièsse à entender lo que dezìa, y les dixèsse lo que en aquel Infierno avìa visto. Infierno le llamais? dixo Don Quixote: Pues no le llaméis assi, porque no lo merèce, como luego verèis. Pidiò que le dièssen algo de comer, que traìa grandissima hambre. Tendièron la harpillera del primo sobre la verde yerva, acudièron à la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compaõia, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la harpillera, dixo Don Quixote de la Mancha, no se levante nadie, y estãdme, hijos, todos atentos.

C A P I -



CAPITULO XXIII.

De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contò, que avia visto en la profunda cuèva de Montesinos, cuya impossibilidad, y grandexa haze que se tenga esta aventura por apòcrifa.

LAS quatro de la tarde serian, quando el Sol entre nubes cubierto, con luz escafa, y templados rayos diò lugar à Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contàsse à sus dos clarissimos oyentes lo que en la cuèva de Montesinos avia visto; y començò en el modo siguiente.

A obra de doze, ò catorze estados de la profundidàd desta mazmorra à la derècha mano se haze una concavidàd, y espacio capaz de podèr cabèr en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquizios, ò agujeros, que lexos le responden abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidàd, y espacio vi yo à tiempo quando ya iba cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la foga, caminar por aquella escura region abaxo sin llevar cierto, ni determinado camino; y assi determinè entrarme en ella, y descansar un poco. Di voces pidièndoos, que no descolgàsdes mas foga hasta que yo os lo dixèsse, pero no devistes de oyrme. Fuy recogiendo la foga que embiàvades; y haziendo della una rosca, ò rimero, me sentè sobre èl, pensativo ademas, considerando lo que hazèr devia para calar al fondo, no teniendo

niendo quièn me sustentàsse: Y estàndo en este pensamiènto, y confusiòn, de repente, y sin procuràrlo, me saltè un Sueño profundissimo; y quàndo menos lo pensàva, sin sabèr como, ni como no, despertè dèl, y me hallè en la mitad del mas bello, amèno, y deleytoso prado, que puede criàr la naturaleza, ni imaginàr la mas discreta imaginacion humana. Despavilè los ojos, limpièmelos, y vi que no dormìa, fino que realmènte estàva despièrto: Con todo esto me tentè la cabeça, y los pechos por certificàrme, si era yo mismo el que allì estàva, ó alguna fantasma vana y contrahècha; pero el tacto, el sentimiènto, los discursos concertàdos que entre mi hazìa, me certificàron, que yo era allì entonces, el que sòy aquì aora. Ofreciòseme luego à la vista un real, y sumptuoso palacio, ó alcaçar, cuyos muros, y parèdes parecian de transparente, y claro cristal fabricàdos; del qual, abrièndose dos grandes puertas, vi, que por ellas salìa, y hàzia mi se venìa un veneràble anciano vestido con un capuz de bayeta moràda, que por el suèlo le arrastràva. Ceñiale los ombros, y los pechos una beca colegial de raso verde: Cubriale la cabeça una gorra milanèsa negra; y la barba canissima le pasàva de la cintura: No traìa arma ninguna, fino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nuezes, y los diezes como huèvos medianos de Avestruz; y el continènte, el passo, la gravedad, y la anchissima presència, cada cosa de por si, y todas juntas, me suspendièron, y admiràron. Llegòse à mi, y lo primero que hizo fuè, abraçàrme estrechamènte, y luego dezirme: Luengos tiempos hà, valeroso Cavallèro Don Quixote de la Mancha, que los que estàmos



en estas soledades encerrados, y encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra, y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montefinos: Hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible coraçon, y de tu animo estupendo. Ven conmigo, Señor clarissimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente alcaçar solapa, de quien yo soy Alcayde, y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montefinos de quien la cueva toma nombre. A penas me dixo que era Montefinos, quando le preguntè, si fuè verdàd lo que en el mundo de acà arriba se contava, que el avia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el coraçon de su grande amigo Durandarte, y llevàdole à la Señora Belerma, como el se lo mandò al punto de su muerte? Respondiòme, que en todo dezian verdàd, fino en la daga; porque no fuè daga, ni pequeña, fino un puñal buydo, mas agudo que una Lezna.

DE VIA de sèr, dixo à este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hozes el Sevillano. No sè, prosiguiò Don Quixote, pero no sería de esse puñalero, porque Ramon de Hozes fuè ayer; y lo de Ronzesvalles, donde aconteciò esta desgracia, hà muchos años; y esta averiguacion no es de importancia; ni turba, ni altera la verdàd, y contesto de la història. Assi es, respondiò el primo: prosiga vueſſa mercèd, Señor Don Quixote, que le escùcho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondiò Don Quixote, y assi digo.

QUE el venerable Montefinos me metiò en el cristalino palacio, donde en una sala baxa, fresquissima sobre modo,

Y

y toda de alabastro, estàva un sepùlcro de marmol con gran maestrìa fabricàdo, sobre el qual vì à un Cavallèro tendido de largo à largo, no de bronze, ni de marmol, ni de Jaspe hecho, como los fuele avèr en otros sepùlcros, fino de pura carne, y de puros huèfos. Tenìa la mano derecha (que à mi parecer es algo pelùda, y nervòsa: Señal de tenèr muchas fuerças fu dueño) puesta sobre el lado del coraçon; y antes que preguntàsse nada à Montefinos, vièndome suspènso miràndo al del sepùlcro me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor, y espejo de los Cavallèros enamoràdos, y valientes de su tiempo: Tiènele aquí encantàdo, como me tiene à mi, y à otros muchos, y muchas, Merlin, aquel frances encantador, que dizen, que fuè hijo del diablo; y lo que creo es, que no fuè hijo del diablo, fino que sùpo, como dizen, un punto mas que el diablo. El como, ò para que nos encantò, nadie lo sabe; y ello dirà andàndo los tiempos, que no estàn muy lexos, segun imagino. Lo que à mi me admira es, que sè tan cierto, como aora es de dia, que Durandarte acabò los de su vida en mis braços, y que despues de muerto, le saquè el coraçon con mis propias manos; y en verdàd que devìa de pesàr dos libras, porque segun los naturales el que tiene mayor coraçon, es dotàdo de mayor valentia, del que le tiene pequeño. Pues sièndo esto assì, y que realmente murió este Cavallèro, (dixe Yo) como aora se quèxa, y suspira de quando en quando, como si estuvièsse vivo? Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dixo: O mi primo Montefinos! lo postrèro que yo os roguè fuè, que quando yo fuère muerto, y mi anima arrancàda, que llevàrades mi coraçon adonde Belerma

E e 2

estàva,



estàva, facàndomele del pecho yà cón puñal, yà con daga. Oyèndo lo qual el veneràble Montefinos, se pùso de rodillas ante el lastimàdo Cavallèro, y con làgrimas en los ojos le dixo: Yà Señor Durandarte, carissimo primo mio, yà hize lo que me mandàstes, en el aziago dia de nuestra pèrdida, yo os saquè el coraçon lo mejor que pùde, sin que os dexàsse una mìnima parte en el pecho; yo le limpiè con un pañiçuelo de puntas; yo partì con èl de carrera para Francia, avièndoos prìmero puesto en el seno de la tierra con tantas làgrimas, que fuèron bastantes à lavàrme las manos, y limpiàrme con ellas la fangre que tenian de avèros andado en las entrañas: Y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topè salièdo de Ronzevalles, echè un poco de sal en vuestro coraçon, porque no olièsse mal, y fuèsse, fino fresco, alomènos amojamàdo à la presència de la Señora Belerma, à la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana vuestro escudèro, y con la dueña Ruydera, y sus siete hijas, y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantàdos el fabio Merlin hà muchos años; y aunque passan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros: Solamènte faltan Ruydera, y sus hijas, y sobrinas, las quales lloràdo (por compassion que deviò de tenèr Merlin dellas) las convirtiò en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruydera: Las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Cavallèros de una orden fantissima, que llaman de San Juan, Guadiana vuestro escudèro, plañendo assì mesmo vuestra
def-

desgracia, fuè convertido en un rio llamado de su mesmo nombre ; el qual, quando llegò à la superficie de la tierra, y viò el sol del otro Cielo, fuè tanto el pesar que sintiò de ver, que os dexàva, que se sumergìo en las entrañas de la tierra ; pero como no es possible dexar de acudir à su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra donde el sol, y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo, y grande en Portugal : Pero con todo esto por donde quiera que va, muestra su tristeza, y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas pezes regalados, y de estima, sino burdos, y deslabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado. Y esto que aora os digo, ô primo mio, os lo he dicho muchas vezes, y como no me respondèys, imagino, que no me days crédito, ò no me oys ; de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar aora, las quales, ya que no firvan de alivio à vuestro dolor, no os le aumentaran en ninguna manera. Sabed que tenèys aqui en vuestra presencia (y abrid los ojos, y verèyslo) aquel gran Cavallero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el Sabio Merlin ; aquel Don Quixote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los passados siglos, hà resucitado en los presentes, la ya olvidada andante Cavalleria, por cuyo medio, y favor podria ser, que nosotros fuèssemos desencantados ; que las grandes hazañas por los grandes hombres estàn guardadas. Y quando assi no sea, respondiò el lastimado Durandarte con voz desmayada, y baxa ; quando assi no sea, ô primo, digo, paciencia,

ciencia, y barajar: Y bolviéndose de lado, tornò à fu acoftumbràdo filencio fin hablàr mas palabra. Oyèronfe en efto grandes alaridos, y llantos acompañados de profundos gemidos, y anguftiados follòços: Bolvi la cabeça, y vi por las paredes de cristal, que por otra fala pafsava una Proceffion de dos hilèras de hermoſiſſimas donzellas, todas veſtidas de luto con turbantes blancos ſobre las cabeças, al modo turqueſco: Al cabo, y fin de las hilèras venia una Señora (que en la gravedad lo parecia) aſſi miſmo veſtida de negro con tocas blancas tan tendidas, y largas, que beſavàn la tierra: Su turbante era mayor dos vezes, que el mayor de alguna de las otras: Era cexijunta, y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubria, moſtravàn fer ralos, y no bien pueſtos, aunque eran blancos como unas peladas almendras. Traia en las manos un lienço delgado, y entre èl, à lo que pude diviſar, un coraçon de carne momia, ſegun venia ſeco, y amojamado. Dixome Montefinos, como toda aquella gente de la proceffion eran firvientes de Durandarte, y Belerma, que allí con ſus dos ſeñores eſtavàn encantados, y que la ultima que traia el coraçon entre el lienço y en las manos, era la Señora Belerma, la qual con ſus donzellas quatro dias en la ſemana hazian aquella proceffion, y cantavan, ò por mejor dezir, lloravan endechas ſobre el cuerpo, y ſobre el laſtimado coraçon de ſu primo; y que ſi me avia parecido algo fea, ò no tan hermoſa como tenia la fama, era la cauſa las malas noches, y peores dias, que en aquel encantamiento pafsava, como lo podia ver en ſus grandes ojeras, y en ſu color

color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez, y sus ojeras de estar con el mal mensil ordinario en las mugeres (porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene, ni assoma por sus puertas) fino del dolor que siente su coraçon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva, y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante; que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donayre, y brio la gran Dulcinèa del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixè yo entonces, Señor Don Montefinos, cuente vuestra merced su historia como deve, que ya sabe, que toda comparacion es odiosa; y assi no ay para que comparàr à nadie con nadie. La fin par Dulcinèa del Toboso es quien es, y la Señora Doña Belerma es quien es, y quien hà fido; y quèdese aqui. A lo que el me respondiò: Señor Don Quixote perdòneme vuestra merced, que yo confieso, que anduve mal, y no dixè bien en dezir, que apenas igualara la Señora Dulcinea à la Señora Belerma; pues me bastava à mi avèr entendido por no sè que barruntos, que vuestra merced es su cavallero, para que me mordièra la lengua antes de compararla, fino con el mismo Cielo. Con esta satisfacion que me diò el gran Montefinos, se quietò mi coraçon del sobrefalto que recibì en oyr que à mi Señora la comparavan con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixò Sancho, de como vuestra merced no se subìò sobre el vejote, y le moliò à cozes todos los huessos, y le pelò las barbas sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, no me estava à mi bien hazèr esso, porque estamos todos obligados à
tenèr



tenèr respeto à los anciànos, aunque no sèan cavallèros, y principalmènte à los que lo son, y estàn encantàdos. Yo sè bien que no nos quedàmos à devèr nada en otras muchas demandas, y respuestas que entre los dos pasàmos.

A esta fazon dixo el primo: Yo no sè, Señor Don Quixote, como vueffa mercèd en tan poco espacio de tiempo, como hà que està allà baxo, aya visto tantas cosas, y hablàdo, y respondiò tanto? Quanto hà que baxè? preguntò Don Quixote. Poco mas de una hora, respondiò Sancho. Eflo no puede sèr, replico Don Quixote, porque allà me anochechiò, y amaneciò, y tornò à anochechèr, y amanecèr tres vezes, de modo que à mi cuenta tres dias he estàdo en aquellas partes remotas, y escondidas à la vista nuestra. Verdàd deve de dezir mi Señor, dixo Sancho; que como todas las cosas que le han fucedido, son por encantamiènto, quiçà lo que à nosotros nos parece una hora, deve de parecèr allà tres dias con sus noches. Assi ferà, respondiò Don Quixote. Y ha comido vueffa mercèd en todo esse tiempo, Señor mio? preguntò el primo. No me hè defayunàdo de bocado, respondiò Don Quixote, ni aun hè tenido hambre, ni por pensamiènto. Y los encantàdos comen? dixo el primo. No comen, respondiò Don Quixote, ni tiènen escremèntos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duèrmen por ventura los encantados, Señor? preguntò Sancho. No por cierto, respondiò Don Quixote, alomènos en estos tres dias, que yo hè estàdo con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encàxa bien el refran, dixo Sancho, de; *Dime con quièn andas, y dexirte he quièn*

quièn eres. Andàse vueſſa mercèd con encantàdos ayùnos, y vigilàntes; miràd ſi es mucho, que ni coma, ni duërma mientras con ellos anduvière? Pero perdòneme vueſſa mercèd, Señor mio, ſi le digo, que de todo quanto aquí hà dicho, llèveme Dios (que iva à dezir el Diablo) ſi yo crèo coſa alguna. Como no? dixo el primo: Pues avia de mentir el Señor Don Quixote? Cierto aunque quiſièra, no ha tenido lugar para componer, è imaginàr tanto millon de mentiras. Yo no crèo, que mi Señor miente, respondiò Sancho. Sino, que creès? le preguntò Don Quixote. Crèo, respondiò Sancho, que aquel Merlin, ò aquellos encantadores, que encantaron à toda la chùſma, que vueſſa mercèd dize que hà viſto, y comunicàdo allà baxo, le encaxaron en el magin, ò en la memoria toda eſſa màquina que nos hà contàdo, y todo aquello que por contar le quèda. Todo eſſo pudièra sèr, Sancho, replicò Don Quixote; pero no es aſſi, porque lo que hè contàdo, lo vi por mis propios ojos, y lo toquè con mis miſmas manos: Pero que diràs quando te diga yo aora, como entre otras infinitas coſas, y maravillas que me moſtrò Montefinos (las quales de eſpacio, y à ſus tiempos te las irè contando en el diſcurſo de nueſtro viage, por no sèr todas deſte lugar) me moſtrò tres labradoras, que por aquellos ameniſſimos campos ivan faltàndo, y brincàndo como cabras; y apenas las hùve viſto, quando conocì sèr la una la ſin par Dulcinèa del Tobòſo, y las otras dos aquellas miſmas labradoras, que venian con ella, que hablàmos a la ſalida del Tobòſo. Preguntè à Montefinos, ſi las conocia? Respondiòme que no, pero que el imaginàva, que devian de sèr algunas Señoras principales encantadas, que pocos dias

T O M. III.

F f

avia,



avía, que en aquellos prados avian parecido; y que no me maravillàsse desto, porque alli estàvan otras muchas Señoras de los pasàdos, y presentes Siglos encantadas en diferentes, y estrañas figuras, entre las quales conocia el à la Reyna Ginebra, y fu dueña Quintañoa escanciando el vino à Lançarote, quando de Bretaña vino.

QUANDO Sancho Pança oyò dezir esto à su amo, pensò perder el Juyzio, ó morirse de risa; que como el sabia la verdàd del fingido encanto de Dulcinèa, de quien el avia fido el encantador, y el levantador de tal Testimonio, acabò de conocer indubitablemente, que su Señor estàva fuera de Juyzio, y loco de todo punto; y assi le dixo: En mala coyuntura, y en peor fazon, y en aziago dia baxò vueſſa mercèd, caro Patron mio, al otro mundo; y en mal punto se encontrò con el Señor Montefinos, que tal nos le hà buelto. Bien se estàva vueſſa mercèd acà arriba con su entero Juyzio, tal qual Dios se le avia dado, hablando sentencias, y dando consejos à cada passo; y no aora contando los mayores disparates, que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondiò Don Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vueſſa mercèd, replicò Sancho, si quièra me hièra, si quièra me mate por las que le hè dicho, ó por las que le piènso dezir, si en las fuyas no se corrige, y enmienda. Pero dìgame vueſſa mercèd aora que estàmos en paz: Como, ó en que conocì à la Señora nuestra ama: Y si la hablò, que dixo, y que le respondiò? Conocila, respondiò Don Quixote, en que tràe los mesmos vestidos que traìa, quando tu me la mostràste: Hablèla, pero no me respondiò palabra, antes
me



Jn. Vanderbank inv. et delin.
Vol. 3. p. 218.

Ger. Vanderhucht sculp.
37

LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG



me bolviò las espaldas, y se fuè huyendo con tanta prièssa, que no la alcançara una xara: Quise seguirla, y lo hiziera, fino me aconsejara Montefinos, que no me cansasse en ello, porque feria en balde; y mas porque se llegava la hora donde me convenia bolver à salir de la fima. Dixome assi mismo, que andando el tiempo se me darìa aviso, como avian de fer desencantados el, y Belerma y Durandarte, con todos los que allì estavan; pero lo que mas pena me diò de lo que allì vi, y notè fuè, que estandome diziendo Montefinos estas razones, se llegò à mi por un lado, fin que yo la viesse venir, una de las dos compañeras de la fin ventura Dulcinèa; y llenos los ojos de lagrimas, con turbada, y baxa voz me dixo: Mi Señora Dulcinèa del Toboso besa à vuestra merced las manos, y suplica à vuestra merced, se la haga de hazerle saber como està; y que por està en una gran necesidad, assi mismo suplica à vuestra merced quan encarecidamente puede, seà servido de prestarle sobre este faldellin, que aqui traygo de cotonia nuevo, media dozena de reales, ô los que vuestra merced tuviere, que ella dà su palabra de bolverelos con mucha brevedad. Suspendiome, y admirome el tal recado, y bolviendome al Señor Montefinos, le preguntè: Es possible, Señor Montefinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que el me respondiò: Crèame vuestra merced, Señor Don Quixote de la Mancha, que esta, que llaman necesidad, adonde quiera se ùsa, y por todo se estiende, y à todos alcança, y aun hasta à los encantados no perdona; y pues la Señora Dulcinèa del Toboso embia à pedir estos seys reales, y la prenda es buena segun parece, no ay fino darselos, que



fin duda deve de està puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomarè yo, le respondi; ni menos le darè lo que pide, porque no tengo fino solos quatro reales, los quales le di, que fuèron los que tu, Sancho, me diste el otro dia, para dar limosna à los pobres que topàsse por los caminos, y le dixe: Dezid, amiga mia, à vuestra Señora, que à mi me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisièra sèr un Fucàr para remediàrlos; y que le hago sabèr, que yo no puèdo, ni devo tenèr salùd, carecièndo de su agradable vista, y discreta conversacion; y que le suplico quan encarecidamènte puèdo, sèa servida su mercèd de dexarse vèr, y tratàr deste su cautivo fervidor, y assendereàdo Cavallèro. Dirèysle tambien, que quando menos se lo piense, oyrà dezir, como yo hè hecho un Juramèto, y voto (à modo de aquel que hizo el Marques de Mantua de vengàr à su Sobrino Baldovinos quando le hallò para espiràr en mitad de la montaña) que fuè, de no comèr pan à manteles, con las otras Zarandajas, que alli añadiò, hasta vengàrle: Y assi le harè yo de no sossègàr, y de andàr las siete partidas del mundo con mas puntualidad, que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantàr la. Todo esto y mas deve vueffa mercèd à mi Señora, me respondiò la donzella; y tomàndo los quatro reales, en lugar de hazèrme una reverencia, hizo una cabriòla, que se levantò dos varas de medir en el ayre. O Santo Dios, dixo à este tiempo, dando una gran voz, Sancho! Es possible que tal ày en el mundo, y que tengan en èl tanta fuerça los encantadòres, y encantamiètos, que ayan trocàdo el buen Juyzio de mi Señor en una tan disparatàda locura? O Señor, Señor! por quièn Dios es, que vueffa mercèd
mirè

mire por sí, y buelva por su honra, y no dé crédito à estas vaciedades, que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desta manera, dixo Don Quixote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad, te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite replica, ni disputa.

CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil Zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

DIZE el que traduxo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen del, estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mesmas razones.

No me puedo dar à entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le pasasse puntualmente todo lo que en el antecedente Capitulo queda escrito: La razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles, y verisimiles; pero esta, desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables. Pues pensar yo, que Don Quixote mintiesse, siendo el mas verdadero hidalgo, y el

el mas noble Cavallèro de sus tiempos, no es possible; que no dixèra el una mentira, si le assaetèaran. Por otra parte confidèro, que el la contò, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pùdo fabricàr en tan breve espacio tan gran màquina de disparàtes; y si esta aventura parece apòcrifa, yo no tengo la culpa; y assi fin afirmàr la por falsa, ò verdadèra, la escrivo. Tu, letor, pues eres prudente, juzga lo que te parecière; que yo no devo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin, y muèrte dizen, que se retratò della, y dixo, que el la avia inventàdo por parecèrle, que convenia, y quadràva bien con las aventuras que avia leydo en sus historias; y luego profigue dizièndo.

ESPANTÒSE el primo assi del atrevimiènto de Sancho Pança, como de la paciència de su amo; y juzgò, que del contènto que tenia de avèr visto à su Señora Dulcinèa del Tobòso, (aunque encantàda,) le nacia aquella condicion blanda, que entonces mostràva; porque si assi no fuèra, palabras y razones le dixo Sancho, que merecian molèrle à palos; porque realmènte le pareciò que avia andado atrevillo con su Señor, à quièn le dixo: Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadissima la jornada que con vueffa mercèd hè hecho, porque en ella he grangeàdo quatro cosas. La primera, avèr conocido à vueffa mercèd, que lo tengo à gran felicidad. La segunda, avèr sabido lo que se encièrra en esta cuèva de Montefinos, con las mutaciones de guadiana, y de las lagunas de Ruydèra, que me ferviràn para el Ovidio Español, que traygo entre manos. La Tercera, entender la antiguidàd de los naypes,
que

que por lo menos yà se usàvan en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vueſſa mercèd dize, que dixo Durandarte, quàndo al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con el Montefinos, despertò diziendo: Paciencia, y barajar. Y esta razon, y modo de hablàr no la pùdo aprendèr encantado, fino quando no lo estàva en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno: Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que vòy componiendo, que es suplemèto de Virgilio Polidoro en la invencion de las antiguedades; y creò que en el fuyo no se acordò de ponèr la de los naypes, como la pondrè yo aora, que serà de mucha importancia, y mas alegàndo Autor tan grave, y tan verdadero, como es el Señor Durandarte. La quarta es, avèr sabido con certidumbre el nacimiento del rio guadiana, hasta aora ignorado de las gentes. Vueſſa mercèd tiene razon, dixo Don Quixote; pero querria yo saber, yà que Dios le haga mercèd de que se le dè licencia para imprimir effos sus libros (que lo dudo,) à quièn piensa dirigirlos? Señores, y Grandes ày en España à quièn pueden dirigirse, dixo el primo. No muchos, respondiò Don Quixote, y no porque no lo merezcan, fino que no quieren admitirlos por no obligarse à la satisfacion, que parece se deve al trabajo, y cortesia de sus Autores. Un Principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demàs con tantas ventajas, que si me atreviere à dezirlas, quiçà despertara la envidia en mas de quatro generòfos pechos: Pero quèdese esto aqui para otro tiempo mas comodo, y vàmòs à buscar adonde recogèrnos esta noche. No lexos de

de aquí, respondió el primo, está una hermita, donde haze su habitacion un hermitaño, que dicen ha sido Soldado, y está en opinion de ser un buen Christiano, y muy discreto, y caritativo además. Junto con la hermita tiene una pequeña casa, que el ha labrado à su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. Tiene por ventura gallinas el tal hermitaño? preguntò Sancho. Pocos hermitaños están sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los que aora se usan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de Palma, y comian rayzes de la tierra; y no se entienda, que por dezir bien de aquellos, no lo digo de aquestos; sino que quiero dezir, que al rigor, y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de agora; pero no por esto dexan de ser todos buenos, alomènos yo por buenos los juzgo; y quando todo corra turbio, menos mal haze el hypocrita que se finge bueno, que el publico pecador.

ESTANDO en esto vieron, que hacia donde ellos estaban, venia un hombre à pie, caminando apriesa, y dando varazos à un macho, que venia cargado de lanças, y de alabardas, quando llegó à ellos, los saludò, y pasó de largo. Don Quixote le dixo: Buen hombre detènse; que parece que vays con mas diligencia, de la que esse macho ha menester. No me puedo detènèr, Señor, respondió el hombre, porque las armas que veys, que aquí llevo, han de servir mañana; y assi me es forçoso el no detènèrme, y à Dios; pero si quisieredes saber para que las llevo, en la venta que está mas arriba de la hermita pienso alojàr esta noche, y si es que hazèys este mismo camino, allí me halla-

hallarèys, donde os contarè maravillas, y à Dios otra vez ; y de tal manera aguijò el Macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntàrle, que maravillas eran las que pensàva dezìrles? Y como el era algo curiòso, y siempre le fatigàvan desèos de fabèr Cofas nuèvas, ordenò, que al momento se partièssen, y fuèssen à pasàr la noche en la venta fin tocàr en la hermita, donde quisièra el primo que se quedàran. Hizose assi, subièron à Cavallo, y figuièron todos tres el derècho camino de la venta, à la qual llegaron un poco antes de anohecèr. El primo dixo à Don Quixote, que llegàssen à la hermita à bebèr un trago ; y apenas oyò esto Sancho Pança, quando encaminò el Ruzio à la hermita, y lo mesmo hizieron Don Quixote, y el primo ; pero la mala fuerte de Sancho parece que ordenò, que el hermitaño no estuvièsse en casa, que assi se lo dixo una fota hermitaño, que en la hermita hallàron. Pidièronle de lo caro : Respondiò, que fu Señor no lo tenìa, pero que si querian agua baràta, que se la darìa de muy buena gana. Si yo la tuvièra de agua, respondiò Sancho, poços ày en el camino donde la huvièra satisfecho. A bodas de Camacho, y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas vezes os tengo de echàr menos !

CoN esto dexàron la hermita, y picàron hàzia la venta, y à poco trecho topàron un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha prièssa, y assi le alcançàron. Llevava la espada sobre el ombro, y en ella puesto un bulto, ò emboltorio, al parecèr, de fus vestidos, que al parecèr devian de ser los calçones, ò greguèscos, y herre ruèlo, y alguna camisa, porque traìa puesta una ropilla de



terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera: Las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados à uso de corte: La edad llegarìa à diez y ocho, ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer agil de su persona. Iva cantando seguidillas, para entretener el trabajo del camino. Quando llegaron à el acabava de cantar una, que el primo tomò de memoria, que dizen, que dezìa:

*Ala guerra me lleva mi necesidad,
Si tuvièra dineros, no fuèra en verdad.*

El primero que le hablò fuè Don Quixote, diziéndole: Muy à la ligera camina vueſſa merced Señor galan; y adonde bueno, sepamos, si es que gusta dezirlo? A lo que el moço respondiò: El caminar tan à la ligera lo causa el calor, y la pobreza; y el adonde voy, es à la guerra. Como la pobreza? preguntò Don Quixote, que por el calor bien puede fer. Señor, replicò el mancebo, yo llevo en este emboltorio unos greguèscos de terciopelo compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino, no me podrè honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros; y assi por esto, como 'por orearme, voy desta manera hasta alcançar unas compañías de infanteria, que no estàn doze leguas de aqui, donde assentarè mi plaça, y no faltaràn bagages en que caminar de allí adelante hasta el embarcadèro, que dizen, ha de fer en Cartagena; y mas quièro tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no à un pelòn en la corte. Y lleva vueſſa
merced

mercèd alguna ventaja por ventura? preguntò el primo. Si yo huvièra servido à algun grande de España, ô à algun principal personage, respondiò el moço, à buen seguro, que yo la llevàra; que effo tiene el servir à los buenos, que del tinèlo suelen salir à fer Alfèrezes ô Capitanes, ô con algun buèn entretenimiènto, pero yo, desventuràdo, servì siempre à catariberas, y à gente advenediza de racion, y quitacion, tan mifera, y atenuàda, que en pagàr el almidonàr de un cuello, se consume la mitad della; y ferìa tenido à milagro, que un page aventurèro alcançàsse alguna, fiquièra, razonable aventura. Y dìgame por su vida, amigo, preguntò Don Quixote: Es possible, que en los años que sirviò, no ha podido alcançàr alguna librea? Dos me han dado, respondiò el page; pero assi como al que se sale de alguna religion antes de professàr, le quitan el habito, y le buelven sus vestidos; assi me bolvian à mi los mios mis amos, que, acabados los negocios à que venian à la corte, se bolvian à sus casas, y recogian las libreas, que por solo ostentacion avian dado. Notable espilorcherìa, como dize el Italiano, dixo Don Quixote; pero con todo effo tenga à felice aventura el avèr salido de la corte con tan buena intencion como lleva, porque no ay otra cosa en la tierra mas honràda, ni de mas provecho, que servir à Dios primeramente, y luego à su Rey, y Señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcançan, fino mas riquezas, alomenos mas honra, que por las letras, como yo tengo dicho muchas vezes, que puestto que hân fundado mas mayorazgos las letras que las armas, toda via llevan un no se



que, los de las armas à los de las letras, con un fi sè que de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja à todos. Y esto que aora le quièro dezir, llèvelo en la memoria, que le serà de mucho provecho, y alivio en sus trabajos; y es, que aparte la imaginacion de los suceßos advèrßos que le podràn venir, que el péor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntàronle à Julio Cesar, aquel valeroso Emperador Romano: Qual era la mejor muerte? Y el respondiò, que la impensàda, la de repente, y no prevista; y aunque respondiò como gentil, y ageno del conocimiènto del verdadèro Dios, con todo effo dixo bien, para ahorràrse del sentimiènto humano: que puesto caso que os maten en la primera faccion, y refrièga, ò ya de un tiro de artilleria, ò volàdo de una mina; que importa? todo es morir, y acabòse la obra: Y segun Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo, y salvo en la huýda: Y tanto alcança de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia à sus capitanes, y à los que mandarle puèden. Y advertid, hijo, que al soldado mejor le està olèr à pòlvora, que à algalia; y que si la vejez os coge en este honróso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeàdo, ò cojo, alomènos no os podrà cogèr fin honra, y tal, que no os la podrà menoscabàr la pobreza; quanto mas que yà se và dando orden, como se entretèngan, y remèdien los soldados viejos, y estropeàdos; porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hazèr los que ahorran, y dan libertad à sus negros, quando yà son viejos, y no pueden servir, que echàndolos de casa con
titulo

titulo de libres, los hazen esclavos de la hambre, de quièn no piensan ahorràrse fino con la muerte. Y por aora no os quièro dezir mas, fino que subàys à las ancas deste mi Cavallo hasta la venta, y alli cenarèys conmigo, y por la mañana seguirèys el camino, que os le dè Dios tan bueno, como vuestros desècos merècen. El page no aceptò el combite de las ancas, aunque, si, el de cenàr con el en la venta; y à esta fazon, dizen, que dixo Sancho entre si: Vàlate Dios por Señor; y es possible, que hombre, que sabe dezir tales, tantas, y tan buenas cosas como aquí hà dicho, diga que ha visto los disparates impossibles, que cuenta de la cuèva de Montesinos? Aora bien, ello dirà; y en esto llegàron à la venta à tiempo que anocheçia, y no sin gusto de Sancho, por ver que fu Señor la juzgò por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntò al ventero por el hombre de las lanças, y alabardas, el qual le respondiò, que en la cavalleriza estava acomodando el macho. Lo mismo hizieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando à Rozinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la Cavalleriza.

C A P I -



C A P I T U L O XXV.

Donde se apunta la aventura del Rebusno, y la graciosa del Titerero con las memorables adivinanzas del mono Adivino.

NO se le cozia el pan à Don Quixote, como fuèle dezirle hasta oyr, y sabèr las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas; y assi fuèle à bufcàr donde el ventero le avia dicho que estàva, y hallòle, y dixole, que en todo caso le dixèffe luego lo que le avia de dezir despues, acerca de lo que le avia preguntado en el camino. El hombre le respondiò: Mas de espacio, y no en pie se ha de tomàr el cuento de mis maravillas. Dèxeme vuestra merced, Señor bueno, acabàr de dàr recado à mi bestia, que yo le dirè cosas que le admiren. No quede por esso, respondiò Don Quixote, que yo os ayudarè à todo, y assi lo hizo, acchàndole la cevada, y limpiàndo el pefebre: humildad, que obligò al hombre à contarle con buena voluntad lo que le pedìa; y sentàndose en un poyo, y Don Quixote junto à el, tenièndo por senado y auditorio al primo, al page, à Sancho Pança, y al ventero, començò à dezir desta manera:

SABRÀN vuestras mercedes, que en un lugar que està quatro leguas, y media desta venta, sucediò, que à un regidor del, por industria, y engaño de una muchacha criada fuya (y esto es largo de contar) le faltò un Asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles para hallàrle, no fuè posible. Quinze dias serian pasados (segun

gun es publica voz y fama) que el asno faltava, quando estàndo en la plaça el regidor perdidòso, otro regidor del mismo pueblo le dixo: Dàdme albricias, compadre, que vuestro Jumento hà parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondiò el otro; pero sepàmos donde hà parecido? En el monte, respondiò el hallador, le vi esta mañana sin albarda, y sin aparèjo alguno, y tan flaco, que era una compasion miràlle. Quisele antecojèr delante de mi, y traèrosle; pero està yà tan montaraz, y tan uraño, quando lleguè à èl, se fuè huyèndo, y se entrò en lo mas escondido del monte. Si querèys que bolvamos los dos à buscàrle, dexàdme ponèr esta borrica en mi casa, que luego buelvo. Mucho plazèr me harèys, dixo el del Jumento, y yo procurarè pagàroslo en la mesma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera, que yo lo vòy contàndo, lo cuentan todos aquellos, que estàn enterados en la verdad del caso. En resolucion los dos regidores à pie, y mano à mano se fuèron al monte, y llegàron al lugar, y Sitio donde pensàron hallàr el asno; pero no le hallàron, ni pareciò por todos aquellos contornos, aunque mas le buscàron. Vièndo, pues, que no parecia, dixo el regidor que le avia visto, al otro: Mirad, compadre, una traça me hà venido al pensamiènto, con la qual sin duda alguna podrèmos descubrir este animal, aunque estè metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es, que yo sè rebuznàr maravillosamènte, y si vos sabèys algun tanto, dàd el hecho por concluydo. Algun tanto dezis compadre? dixo el otro; por Dios que no dè la ventaja à nadie, ni aun à los mismos asnos.

Aora



Aora lo verèmos respondiò el regidor segundo ; porque tengo determinàdo, que os vàys vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeèmos, y andèmos todo, y de trecho en trecho rebuznarèys vos, y rebuznarè yo, y no podrá sèr menos, fino que el asno nos oya, y nos respònda, si es que està en el monte. A lo que respondiò el dueño del jumèto: Digo, compadre, que la traça es buena, excelente, y digna de vuestro gran ingenio: Y dividièndose los dos segun el acuèrdo, fucedìò, que casi à un mismo tiempo rebuznàron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudièron à buscàrse, pensàndo que yà el jumèto avia parecido; y en vièndose, dixo el perdidoso: Es possible, compadre, que no fuè mi asno el que rebuznò? No fuè fino yo, respondiò el otro. Aora digo, dixo el dueño, que de vos à un asno, compadre, no ày alguna diferencia en quanto toca al rebuznàr, porque en mi vida hè visto, ni oydo cosa mas propia. Essas alabanças y encarecimientos, respondiò el de la traça, mejor os atañen y tocan à vos, que à mi, compadre; que por el Dios que me criò, que podèys dàr dos rebuznos de ventaja al mayor y mas perito rebuznadòr del mundo; porque el fonido que tenèys es alto, lo sostenido de la voz à su tiempo, y compàs, los dexos muchos, y aprefurados; y en resolucion yo me dòy por vencido, y os rindo la palma, y dòy la vandèra desta rara habilidàd. Aora digo, respondiò el dueño, que me tendrè, y estimarè en mas de aquí adelànte, y pensarè, que sè alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensàra que rebuznàva bien, nunca entendì, que llegàva al estremo que dezìs. Tam-
bien

bien dirè yo aora, respondiò el segundo, que ày raras habilidàdes perdidas en el mundo, y que son mal empleàdas en aquellos que no saben aprovechàrse dellas. Las nueftras, respondiò el dueño, fino es en casos semejantes como el que traèmos entre manos, no nos puèden servir en otros, y aun en este, plega à Dios que nos sèan de provècho. Esto dicho se tornàron à dividir, y à bolvèr à sus rebùznos, y à cada passo se engañàvan, y bolvian à juntàrse, hasta que se dièron por contrafèña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznàssen dos vezes, una tras otra. Con esto doblàndo à cada passo los rebùznos, rodeàron todo el monte, sin que el perdido Jumènto respondièsse, ni aun por señas: Mas como avia de responder el pobre y mal logràdo, si le hallàron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en vièndole, dixo su dueño: Yà me maravillàva yo de que el no respondia, pues à no estàr muerto, el rebuznàra si nos oyèra, ò no fuèra asno; pero à trueco de avèros oydo rebuznàr con tanta gracia, compadre, dòy por bien empleàdo el trabajo que hè tenido en buscàrle, aunque le hè hallàdo muerto. En buena mano està, compadre, respondiò el otro, pues si bien canta el abàd, no le và en çaga el monacillo. Con esto, desconsolàdos, y roncòs, se bolvièron à su aldea, adonde contàron à sus amigos, vezinos, y conocidos, quanto les avia acontecido en la busca del asno, exageràndo el uno la gracia del otro en el rebuznàr: Todo lo qual se supo, y se estendiò por los lugares circunvezinos; y el diablo, que no duèrme, como es amigo de sembràr, y derramàr renzillas, y discordia por dò quièra, levantàndo



caramillos en el viento, y grandes quimèras de no nada, ordenò, è hizo que las gentes de los otros pueblos, en vièndo à alguno de nuestra aldea, rebuznàssèn como dàndoles en rostro con el rebùzno de nuestros regidores. Dièron en ello los muchachos, que fuè dàr en manos, y en bocas de todos los demonios del infierno, y fuè cundièndo el rebùzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebùzno, como son conocidos, y diferenciàdos los negros de los blancos; y hà llegàdo à tanto la desgracia desta burla, que muchas vezes con mano armàda, y formàdo esquadron hàn salido contra los burladores los burlados à dàrse batalla, fin podèrlo remediàr Rey, ni Roque, ni temor, ni verguènça. Yo crèo, que mañana, ô effotro dia hàn de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebùzno contra otro lugar, que està à dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos, llevo compràdas estas lanças, y alabàrdas que avèys visto. Y estas son las maravillas, que dixè, que os avia de contar, y fino os lo hàn parecido, no sè otras; y con esto diò fin à su platica el buen hombre.

EN esto entrò por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camùça, medias, greguèscos, y jubon, y con voz levantàda dixo: Señor huesped, ày posada? que viene aquí el mono adivino, y el retàblo de la libertàd de Melifendra. Cuerpo de tal, dixo el ventèro, que aquí està el Señor Maeffe Pedro? buena noche se nos apareja. Olvidàvaseme de dezir, como el tal Maeffe Pedro traia cubièrto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo con un parche

che de tafetan verde (Señal, que todo aquel lado devìa de estàr enfermò;) y el ventèro profiguò, dizièndo: Sèa bien venido vueffa mercèd, Señor Maeffe Pedro. Adonde està el Mono, y el retàblo, que no los vèò? Yà llegan cerca, respondiò el todo camuça, fino que yo me hè adelantado à sabèr si ay posada. Al mismo Duque de Alva se la quitàra por dàrsela al Señor Maeffe Pedro, respondiò el ventèro: Llegue el Mono, y el retàblo, que gente ày esta noche en la venta, que pagará el vèrle, y las habilidàdes del Mono. Sèa en buen-hora, respondiò el del parche, que yo moderarè el precio, y con sola la costa me darè por bien pagado; y yo buelvo à hazèr que camine la carrèta donde viene el Mono, y el retàblo, y luego se bolviò à salir de la venta. Preguntò luego Don Quixote al ventèro, que Maeffe Pedro era aquel, y que retàblo, y que Mono traìa? A lo que respondiò el ventèro: Este es un famòso titerèro, que hà muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon, enseñàndo un retàblo de Melifendra, robada por el famòso Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien representadas històrias, que de muchos años à esta parte en este Reyno se hàn visto. Trae assi mismo consigo un Mono de la mas rara habilidàd que se viò entre Monos, ni se imaginò entre hombres; porque si le preguntan algo, està atento à lo que le preguntan, y luego salta sobre los ombros de su amo, y llegàndose al oydo, le dize la respuesta de lo que le preguntan, y Maeffe Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dize mucho mas que de las que estàn por venir; y aunque no todas vezes aeierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos haze creèr,



que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el Mono responde (quiere dezir) si responde el amo por él, despues de avèrle hablado al oydo; y assi se creè, que el tal Maesre Pedro està riquissimo, y es hombre galante, (como dizen en Italia,) y bon compañero, y dase la mejor vida del mundo. Habla mas que seys, y bebe mas que doze, todo à costa de su lengua, y de su Mono, y de su retablo. En esto bolvió Maesre Pedro, y en una carrèta venìa el retablo, y el Mono grande, y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le viò Don Quixote, quando le preguntò: Dígame vueffa mercèd, Señor adivino, que Pexe pillamo? Que hà de sèr de nosotros? y vea aquí mis dos reales, y mandò à Sancho que se los dièsse à Maesre Pedro: El qual respondiò por el Mono, y dixo: Señor este animal no responde, ni da noticia de las cosas que estàn por venir: De las passadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto arrus, dixo Sancho, no dè yo un ardite porque me digan lo que por mi ha passado; porque quièn lo puede sabèr mejor que yo mesmo; y pagar yo porque me digan lo que sè, ferìa una gran needad: Pero pues sabe las cosas presentes, è aquí mis dos reales, y dígame el Señor Monissimo, que haze aora mi Muger Teresa Pança? Y en que se entretiène? No quiso tomar Maesre Pedro el dinero, diziendo: No quiero recibir adelantados los premios, sin que ayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el ombro izquierdo, en un brinco se le pùso el Mono en él, y llegando la boca al oydo, dava diente con diente muy aprièssa; y aviendo
hecho.

hecho este ademàn por espacio de un credo, de otro brinco se pùso en el suèlo, y al punto con grandissima prièssa se fuè Maèsse Pedro à ponèr de rodillas ante Don Quixote, y abraçàndole las piernas, dixo: Estas piernas abraço, bien assi como si abraçàra las dos colunas de Hercules, O refucitador insigne de la yà puesta en olvido andante Cavallerìa, no jamas, como se deve, alabado Cavallèro Don Quixote de la Mancha, animo de los desmayados, arrimo de los que van à caèr, braço de los caydos, baculo, y confuèlo de todos los desdichados! Quedò pasmado Don Quixote, absorto Sancho, suspenso el primo, atonito el page, abobado el del rebuzno, confuso el ventèro, y finalmente espantados todos los que oyèron las razones del titerero, el qual profiguiò diziendo: Y tu, ó buen Sancho Pança, el mejor Escudero, y del mejor Cavallero del mundo, alègrate, que tu buena muger Teresa està buena; y esta es la hora en que ella està rasrillando una libra de lino, y por mas señas, tiene à su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porque de vino, con que se entretiène en su trabajo. Eßto creò yo muy bien, respondiò Sancho, porque es ella una bienaventurada, y à no ser zelosa, no la trocarà yo por la Giganta Andandona, que segun mi Señor, fuè una muger muy cabal, y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dexan mal passar, aunque seà à costa de sus herederos. Aora digo, dixo à esta fazon Don Quixote, que el que leè mucho, y anda mucho, veè mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque que persuasion fuèra bastante para persuadirme, que ày Monos en el mundo que adivinen, como lo he visto aora por mis propios



pios ojos? Porque yo soy el mesmo Don Quixote de la Mancha, que este buen animal hà dicho, puesto que se hà estendido algun tanto en mis alabanças: Pero como quiera que yo me sea, dòy gracias al Cielo, que me dotò de un animo blando, y compassivo, inclinàdo siempre à hazer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuvièra dineros, dixo el page, preguntàra al Señor Monò, que me hà de sucedèr en la peregrinacion que llevo? A lo que respondiò Maesfe Pedro (que ya se avia levantàdo de los pies de Don Quixote:) Ya he dicho, que esta bestezuèla no responde à lo por venir; que si respondièra, no importàra no avèr dineros, que por servìcio del Señor Don Quixote, que està presente, dexàra yo todos los interesses del mundo. Y agora porque se lo devo, y por dàrle gusto, quiero armàr mi retàblo, y dàr plazèr à quantos estàn en la venta sin paga alguna. Oyèndo lo qual el ventèro, alegre sobre manera, señalò el lugar donde se podìa ponèr el retàblo, que en un punto fuè hecho. Don Quixote no estàva muy contento con las adivinànças del Mono, por parecerle no sèr à proposito, que un Mono adivinàsse, ni las de por venir, ni las passàdas cosas; y assi en tanto que Maesfe Pedro acomodàva el retàblo, se retirò Don Quixote con Sancho à un rincon de la Cavalleriza, donde sin sèr oydos de nadie, le dixo.

MIRA Sancho, yo hè consideràdo bien la esotraña habilidàd deste Mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maesfe Pedro su amo deve de tenèr hecho pacto tacito, ò espresso con el demonio. Si el pàtio es espeffo, y del demonio, dixo Sancho, sin duda deve de sèr muy sùzio pàtio.

pàtio. Pero de que provècho le es al tal Maeffe Pedro tenèr effos pàtios? No me entiendes, Sancho, no quièro dezir, fino que deve de tenèr hecho algun concièrto con el demonio, de que infunda effa habilidàd en el Mono, con que gane de comèr, y despues que estè rico, le darà fu alma, que es lo que este universal enemigo pretende: Y hazeme creèr esto el vèr, que el Mono no responde fino à las cosas passadas, ò presentes, y la sabiduria del diablo no se puede estendèr à mas; que las por venir no las sabe fino es por conjeturas, y no todas vezes; que à solo Dios està reservado conocèr los tiempos, y los momentos, y para el no ày passado, ni por venir, que todo es presente: Y fièndo esto assi, como lo es, està claro, que este Mono hàbla con el estilo del Diablo, y estòy maravillado, como no le han acusado al Santo oficio, y examinàdole, y facàdole de quajo en virtud de quièn adivina; porque cierto està, que este Mono no es Astròlogo, ni fu amo, ni el, alçàn, ni saben alçàr estas figuras que llaman judiciarias, que tanto aora se ùsan en España; que no ày mugercilla, ni page, ni zapatèro de vièjo, que no presume de alçàr una figura, como si fuèra una fota de Naypes del fuelo, echàndo à perdèr con sus mentiras, è ignorancias la verdàd maravillòsa de la ciencia. De una Señora sè yo, que preguntò à uno destos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenìa, se empreñaria, y pariria? Y quantos? Y de que color serian los perros que pariesse? A lo que el Señor judiciario (despues de avèr alçado la figura) respondió: Que la Perrica se empreñaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla, con
tal

tal condicion que la tal perra se cubrièsse entre las onze, y doze del dia, ô de la noche, y que fuèsse en lunes, ô en sabado. Y lo que sucediò fuè, que de allì à dos dias se muriò la perra de ahita, y el Señor levantadòr quedò acreditado en el lugar por acertadissimo judiciario, como lo quèdan todos, ô los mas levantadòres. Con todo effo querria, dixo Sancho, que vueffa mercèd dixèsse à Maèffe Pedro, preguntàsse à su Mono, si es verdàd lo que à vueffa mercèd le pasò en la cuèva de Montefinos? Que yo para mi tengo (con perdon de vueffa mercèd) que todo fuè embeleco, y mentira, ô por lo menos cosas soñadas. Todo podria sèr, respondiò Don Quixote, pero yo harè lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedàr un no sè que de escrupulo.

ESTÀNDO en esto, llegò Maèffe Pedro à buscàr à Don Quixote, y dezirle, que yà estàva en orden el retàblo: Que su mercèd vinièsse à verle, porque lo merecia. Don Quixote le comunicò su pensamiento, y le rogò, preguntàsse luego à su Mono, le dixèsse, si ciertas cosas que avian pasàdo en la cuèva de Montefinos, avian sido soñadas, ô verdaderas, porque à el le parecia, que tenian de todo? A lo que Maèffe Pedro sin respondèr palabra bolviò à traèr el Mono, y puesto delante de Don Quixote y de Sancho, dixo: mirad, Señor Mono, que este Cavallèro quiere sabèr, si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montefinos, fueron falsas, ô verdaderas? Y hazièndole la acostumbra da señal, el Mono se le subió en el ombro izquierdo, y hablàndole, al parecèr en el oydo, dixo luego Maèffe Pedro: El Mono dize, que parte de las cosas que

que vueſſa mercèd viò, ó paſò en la dicha cuèva ſon falſas, y parte veriſſimiles, y que eſto es lo que ſabe, y no otra coſa en quanto à eſta pregunta: Y que ſi vueſſa mercèd quiſiere ſabèr mas, que el viernes venidèro reſponderà à todo lo que ſe le preguntàre; que por aora ſe le hà acabàdo la virtùd, que no le vendrà hafta el viernes, como dicho tiene. No lo dezìa yo, dixo Sancho, que no ſe me podìa aſſentar, que todo lo que vueſſa mercèd, Señor mio, hà dicho de los acontecimientos de la cueva era verdàd, ni aun la mitad? Los ſuceſſos lo diràn Sancho, reſpondiò Don Quixote, que el tiempo, deſcubridòr de todas las coſas, no ſe dexa ninguna que no la ſaque à la luz del ſol, aunque eſtè eſcondida en los ſenos de la tierra: Y por aora baſte eſto, y vàmonos à vèr el retàblo del buen maefſe Pedro, que para mi tengo, que deve de tenèr alguna novedàd. Como alguna? reſpondiò maefſe Pedro; ſeſenta mil encierra en ſi eſte mi retàblo. Dìgole à vueſſa mercèd, mi Señor Don Quixote, que es una de las coſas mas de vèr, que oy tiene el mundo, y *operibus credite & non verbis*; y manos à labor, que ſe haze tarde, y tenèmos mucho que hazèr, y que dezir, y que moſtràr. Obedecièronle Don Quixote y Sancho, y vinièron donde yà eſtáva el retàblo pueſto y deſcubièrto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hazian viſtòſo, y reſplandeciènte. En llegàndo ſe metiò maefſe Pedro dentro dèl, que era el que avìa de manejar las figuras del artificio, y fuera, ſe puſo un muchàcho criado de maefſe Pedro, para ſervir de intèrprete y declaradòr de los miſterios del tal retàblo. Tenìa una varilla en la mano, con que ſeñalava las



figuras que salian. Puestos, pues, todos quàntos avia en la venta, y algunos en pie, frontero del retàblo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el page, y el primo en los mejores lugares, el Truxamàn començò à dezir lo que oyrà, y verà el que le oyere, ó viere el capitulo figuiènte.

C A P I T U L O XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdàd harto buenas.

CALLARON todos Tirios, y Troyanos (quiere dezir) pendièntes estàvan todos los que el retàblo miràvan de la boca del declaradòr de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retàblo cantidad de atabàles, y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasò en tiempo breve, y luego alçò la voz el muchàcho, y dixo: Esta verdadera història, que aqui à vueffas mercèdes se representa, es facada al pie de la letra de las Corònicas Francesas, y de los Romances Españoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchàchos por effas calles. Trata de la libertad que diò el Señor Don Gayferos à su Esposa Melifendra, que estàva cautiva en España en podèr de Moros en la ciudad de Sanfueña (que assi se llamàva entonces la que oy se llama Zaragoza.) Y vean vueffas mercèdes allì, como esta jugando à las tablas Don Gayferos, segun aquello que se canta: *Jugando està à las Tablas Don Gayferos, que ya de Melifendra està olvidado.* Y aquel personàge, que allì afsòma con corona en la cabeça, y cetro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de
la

la tal Melifendra, el qual mohino de vèr el ocio, y defcuydo de fu yerno, le fale à reñir; y advièrtan con la vehemencia, y ahinco que le riñe, que no parece fino que le quiere dàr con el ceptro media dozana de coscorrones; y aun ày autores que dizen, que se los diò, y muy bien dados; y despues de avèrle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procuràr la libertad de su Espòsa, dizen que le dixo: *Harto os hè dicho, miràdlo.* Miren vueffas mercèdes tambien, como el Emperador buelve las espaldas, y dexa despechàdo à Don Gayferos, el qual, ya ven como impaciente de la còlera, arroja lexos de sí el tablèro, y las tablas, y pide aprièffa las armas, y à Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana; y como Don Roldan no se la quiere prestàr, ofrecièndole su compania en la dificil empreffa que se pone; pero el valeroso enojado no la quiere acceptàr, antes dize, que el solo es bastante para sacàr à su Espòsa, si bien estuvièffe metida en el mas hondo centro de la tierra. Con esto se entra à armàr para ponèrse luego en camino. Buelvan vueffas mercèdes los ojos à aquella Torre que allì parece, que se presupone que es una de las torres del Alcaçàr de Zaragoza, que aora llaman la Aljaferia; y aquella Dama, que en aquel balcon parece vestida à lo Moro, es la fin par Melifendra, que desde allì muchas vezes se ponìa à miràr el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su Espòso, se consolava en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que aora sucede, quiçà no visto jamas: No ven aquel Moro que callandico, y pasito à passo, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melifendra?



Pues miren como la dà un beso en mitad de los labios, y la prièssa que ella se dà à escupir, y à limpiàrfelos con la blanca manga de su camisa; y como se lamenta, y se arranca de pesàr sus hermòsos cabèllos, como si ellos tuvièran la culpa del maleficio. Miren tambien, como aquel grave Moro, que està en aquellos corredores, es el Rey Marfilio de Sanfueña, el qual, por avèr visto la insolencia del Moro (puesto que era un pariente, y gran privàdo fuyo) le mandò luego prendèr, y que le den dozientos açotes, llevàndole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante, y envaramiènto detràs; y veys aquí donde falèn à executàr la sentència, *Aun bien apenas no avièndo sido puesta en execucion la culpa*; porque entre Moros no ay traslado à la parte, ni à prueba, y estèse como entre nosotros. Niño, niño, dixo con voz alta à esta fazon Don Quixote: Seguid vuestra història linea recta, y no os metàys en las curvas, ò transversales, que para facàr una verdàd en limpio, menestèr son muchas pruebas, y repruevas. Tambien dixo maèsse Pedro desde dentro: muchàcho, no te metas en dibuxos, fino haz lo que esse Señor te manda, que ferà lo mas acertado. Sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se fuelen quebràr de fùtiles. Yo lo harè assi, respondiò el muchàcho, y profiguiò dizièndo: Esta figura que aquí parece à cavallo cubierta con una capa gascona, es la mesma de Don Gayferos, à quièn su esposa (yà vengada del atrevimiènto del enamorado Moro) con mejor, y mas foffegado semblante puesta à los miradores de la torre, y habla con su esposo, crèyendo que es algun passagèro; con quièn passò todas aquellas razones, y colo-

colòquios de aquel romance que dize: *Cavallèro, si à Francia ydes, por Gayferos preguntad.* Las quales no digo yo aora, porque de la prolixidad se fuele engendrår el fastidio: Basta vèr como Don Gayferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melifendra haze, se nos dà à entender, que ella le hà conocido, y mas aora que vèemos, se descuelga del balcon para ponèrse en las ancas del cavallo de su buen espòso: Mas ày fin ventura, que se le hà assido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y està pendiente en el ayre, sin podèr llegår al fuelo! Pero vèys como el piadoso cielo socorre en las mayores necessidades, pues llega Don Gayferos, y sin mirår, si se rasgarà ò no el rico Faldellin, asse della, y mal de su grado la haze baxår al fuelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su Cavallo ahorcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemènte, y le eche los braços por las espaldas de modo, que los cruze en el pecho, porque no se cayga, à causa que no estàva la Señora Melifendra acostumbrada à semejantes cavallerias. Vèys tambien como los relinchos del Cavallo dan señaes que và contento con la valiente, y hermosa carga que lleva en su Señor, y en su Señora. Vèys como buelven las espaldas, y salen de la ciudad, y alègres, y regozijados toman de Paris la via. Vays en paz, ò par fin par de verdaderos amantes! Lleguèys à salvamento à vuestra deseada Patria sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage! Los ojos de vuestros amigos, y parientes os vean gozår en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida! Aquì alçò otra vez la voz maestre Pedro, y dixo:
Lla-

Llanèza, muchàcho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondiò nada el interprete, antes profiguiò diziendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo fueren ver todo, que no viessen la baxada, y la subida de Melifendra, de quien dieron noticia al Rey Marfilio, el qual mandò luego tocar al arma: Y miren con que priessa; que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las Mezquitas suenan. Esto no, dixo Don Quixote, en esto de las campanas anda muy impropio maestre Pedro, porque entre Moros no se usan campanas, sino Atabales, y un genero de Dulzaynas, que parecen nuestras Chirimias; y esto de sonar campanas en Sanfueña, sin duda que es un gran disparate. Lo qual oydo por maestre Pedro, cesò el tocar, y dixo: No mire vuestra merced en niñerías, Señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se halle. No se representan por ay casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades, y dispartes; y con todo esto corren felicissimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion y todo? Profigue, muchàcho, y dexa dezir; que como yo llene mi talego, si quiere represente mas impropiedades que tiene atomos el Sol. Assi es la verdad, replicò Don Quixote, y el muchàcho dixo: Miren quanta, y quan luzida Cavalleria sale de la Ciudad en seguimiento de los dos Catolicos amantes; quantas trompetas que suenan; quantas Dulzaynas que tocan, y quantos atabales, y tambores, que retumban. Tèmome que los han de alcanzar, y los han de bolver atados à la cola de su mismo Cavallo, que seria un horrendo espectáculo.

culo. Viendo, y oyendo, pues, tanta Morisma, y tanto estruendo Don Quixote, parecióle ser bien dar ayuda à los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dixo: No consentirè yo, que en mis dias, y en mi presencia se le haga supercheria à tan famoso Cavallero, y à tan atrevido enamorado como Don Gayferos. Detenèos, mal nacida canalla, no le sigays, no persigays, fino conmigo foys en batalla: Y diziendo, y haziendo, desenvaynò la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada, y nunca vista furia començò à llover cuchilladas sobre la titerera Morisma, derribando à unos, descabeçando à otros, estropeando à este, destrozando à aquel, y entre otros muchos tirò un altibajo tal, que si maese Pedro no se abajara, se encogiera, y agazapara, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de massa de maçapan. Dava voces maese Pedro, diziendo: Detengase vuestra merced, Señor Don Quixote, y advierta, que estos, que derriba, destroza, y mata, no son verdaderos Moros, fino unas figurillas de pasta. Mire, pecador de mi, que me destruye, y echa à perdèr toda mi hazienda. Mas no por esto dexava de menudear Don Quixote cuchilladas, mandòbles, tajos, y revèses, como llovidos. Finalmente en menos de dos credos diò con todo el retablo en el suelo, hechas pedaços, y desmenuzadas todas sus Jarcias y figuras, El Rey Marfilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona, y la cabeza en dos partes. Alborotòse el Senado de los oyentes, huyòse el Mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardòse el page, y hasta el mesmo Sancho Pança tuvo pavor grandissimo; porque, como
el



el jurò despues de passada la borràsca, jamas avia visto à su Señor con tan defatinàda còlera.

HECHO, pues, el general destròço del retàblo, foflegò-se un poco Don Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creèn, ni quieren creer de quanto provècho sean en el mundo los Cavalleros andantes: Miren, si no me hallàra yo aquí presente, que fuèra del buen Don Gayferos, y de la hermosa Melisendra: A buen segùro, que esta fuèra yà la hora que los huvièran alcançado estos canes, y les huvièran hecho algun defaguisado. En resolucion viva la andante Cavalleria sobre quantas cosas oy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo à esta fazon con voz enfermiza maesfe Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo dezir con el Rey Don Rodrigo: Ayer fuè Señor de España, y oy no tengo una almèna, que pueda dezir que es mia. No hà media hora, ni aun un mediano momento, que me vi Señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis Cavallerizas, y mis Cofres, y facos, de infinitos Cavallos, y de innumerables galas; y agora me veo desfolado, y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo fin mi Mono, que à Fè que primero que le vuelva à mi poder, me hàn de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste Señor Cavallero; de quien se dize, que ampàra pupìlos, y enderèça tuertos, y haze otras obras caritativas; y en mi solo hà venido à faltàr su intencion generosa, que seàn benditos, y alabados los Cielos, allà donde tienen mas levantados sus asientos. En fin el Cavallero de la triste figura avia de ser aquel, que avia de desfiguràr las mias.

EN-

ENTERNECIÒSE Sancho Pança con las razònes de maesfe Pedro, y dixole: No llores maesfe Pedro, ni te lamentes, que me quièbras el coraçon; porque te hago faber, que es mi Señor Don Quixote tan catòlico, y escrupulòso Christiano, que si el càe en la cuenta de que te hà hecho algun agravio, te lo fabrà, y te lo querrà pagar, y satisfazèr con muchas ventajas. Con que me pagàsfe el Señor Don Quixote alguna parte de las hechuras que me hà deshecho, quedaria contento, y su mercèd asseguraria su conciencia, porque no se puede salvàr quièn tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Asfi es dixo Don Quixote; pero hasta aora yo no sè que tenga nada vuestro, maesfe Pedro. Como no? respondiò maesfe Pedro: Y estas reliquias, que estàn por este duro, y estèril fuelo, quien las esparciò, y aniquilò fino la fuerça invencible desfe poderòso braço? Y cuyos eran sus cuerpos fino mios? Y con quièn me sustentàva yo fino con ellos? Aora acabo de creèr, dixo à este punto Don Quixote, lo que otras muchas vezes he creydo, que estos Encantadores, que me perfiguen, no hazen fino ponèrme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan, y truècan en las que ellos quièren. Real, y verdaderamente os digo, Señores que me oys, que à mi me pareciò todo lo que aqui hà passado, que passava al pie de la letra: Que Melisendra era Melisendra; Don Gayferos, Don Gayferos; Marfilio, Marfilio; y Carlo Magno, Carlo Magno. Por effo se me alterò la còlera, y por cumplir con mi profesion de Cavallero andante quise dàr ayuda, y favor à los que huýan; y con este buen proposito hize lo que avèys

T o m. III.

K k

visto.



visto. Si me hà salido al revès, no es culpa mia, fino de los malos que me persiguen; y con todo esto, deste mi yerro, aunque no hà procedido de malicia, quièro yo mismo condenarme en costas. Vea maèsse Pedro lo que quière por las figuras deshèchas, que yo me ofrèzco à pagàrse-lo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinòsele maèsse Pedro, dizièndole: No esperàva yo menos de la inaudita Christiandàd del valeròso Don Quixote de la Mancha, verdadero focorredor, y ampàro de todos los necesitados, y menesteròsos vagamundos; y aquí el Señor ventero, y el gran Sancho seràn medianeros, y apreciadores entre vuestra mercèd, y mi, de lo que valen, ó podian valer las yà deshèchas figuras. El ventero y Sancho dixèron que assi lo harian, y luego maèsse Pedro alçò del fuelo con la cabeça menos al Rey Marfilio de Zaragoza, y dixo: Yà se vè quan imposible es bolvèr à este Rey à su Sèr primero, y assi me parece (salvo mejor Juyzio) que se me dè por su muerte, fin, y acabamiento quatro reales y medio. Adelante dixo Don Quixote. Pues por esta avertura de arriba à baxo, profiguiò maèsse Pedro (tomàndo en las manos al partido Emperador Carlo Magno) no ferìa mucho que pidièra yo cinco reales, y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho replicò el ventero: Mèdieffe la partida, y señañensele cinco reales. Dènsele todos cinco, y quartillo, dixo Don Quixote, que no està en un quartillo mas à menos la monta desta notable desgracia; y acaba presto maèsse Pedro, que se haze hora de cenàr, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo maèsse Pedro, que està fin narizes, y un ojo menos (que

es

es de la hermosa Melifendra) quiero, y me tengo en lo justo, dos reales, y doze maravedis. Aun ay feria el Diablo, dixo Don Quixote, si ya no estuvièsse Melifendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia; porque el Cavallo en que ivan, à mi me pareció, que antes bolàva que corria; y assi no ay para que vendèrme à mi el gato por lièbre, presentàndome aquí à Melifendra desnarigada, estàndo la otra, si viène à mano, aora holgàndose en Francia con su esposo à pierna tendida. Ayùde Dios con lo fuyo à cada uno, Señor maèsse Pedro, y caminèmos todos con pie llano, y con intencion sana; y prosiga. Maèsse Pedro que viò, que Don Quixote yzquierdeàva, y que bolvia à su primer tema, no quiso que se le escapàsse, y assi le dixo: Esta no deve de ser Melifendra, fino alguna de las donzellas que la servian; y assi con sesenta maravedis, que me den por ella, quedarè contento, y bien pagado. Desta manera fuè ponièndo precios à otras muchas destrozadas figuras, que despues los moderaron los dos Juezes arbitros con satisfaccion de las partes, que llegaron à quarenta reales, y tres quartillos; y ademas desto que luego los desembolsò Sancho, Pidiò maèsse Pedro dos reales por el trabajo de tomàr el Mono. Dàselos Sancho, dixo Don Quixote, no para tomàr el Mono, fino la Mona; y dozièntos dièra yo aora en albricias à quièn me dixèra con certidumbre, que la Señora Doña Melifendra, y el Señor Don Gayferos estàvan yà en Francia, y entre los fuyos. Ninguno nos lo podrà dezir mejor que mi Mono, dixo maèsse Pedro; pero no avrà Diablo que aora le tome; aunque imagino que el cariño, y la hambre le han de forçar à



que me búsque esta noche, y amanecerà Dios, y verèmonos.

EN resolucion la borrasca del retàblo se acabò, y todos cenàron en paz, y en buena compaõia à costa de Don Quixote, que era liberal en todo estrèmo. Antes que amanecièsse se fuè el que llevàva las lanças, y las alabardas; y yà despues de amanecido se vinièron à despedir de Don Quixote el prìmo, y el page, el uno para bolvèrse à su tierra, y el otro à proseguir su camino, para ayuda del qual le diò Don Quixote una dozena de reales. Maeffe Pedro no quiso entràr en mas dimes, ni directes con Don Quixote, à quièn el conocia muy bien; y assi madrugò antes que el sol, y cogièndo las reliquias de su retàblo, y à su Mono, se fuè tambien à buscàr sus aventuras. El ventèro que no conocia à Don Quixote, tan admirado le tenian sus locuras, como su liberalidad. Finalmente Sanchò le pagò muy bien por orden de su Señor; y despidièndose del, casi à las ocho del dia dexàron la venta, y se pusièron en camino, donde los dexarèmos ir, que assi conviène, para dàr lugar à contàr otras cosas pertenecièntes à la declaracion desta famosa història.

C A P I-



CAPITULO XXVII.

Dande se da cuenta, quiènes eran maesse Pedro, y su Mono, con el mal suceso que Don Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabò, como el quisiera, y como lo tenia pensado.

ENTRA Cide Hamete, coronista desta grande història, con estas palabras en este capitulo: Juro como Catolico Christiano, (a lo que fu traductor dize;) que el juràr Cide Hamete como Catolico Christiano, siendo èl Moro, como sin duda lo era, no quiso dezir otra cosa, sino, que assi como el Catolico Christiano, quando jura, jura, ò deve juràr verdàd, y dezirla en lo que dixere; assi el la dezìa, como si juràra como Christiano Catolico en lo que querìa escrivir de Don Quixote, especialmènte en dezir quièn era maesse Pedro, y quièn el Mono adivino, que traìa admiràdos todos aquellos pueblos con sus adivinànças. Dize, pues, que bien se acordarà el que huviere leydo la primera parte desta història, de aquel Ginès de Passamonte, à quièn entre otros Galeotes diò libertad Don Quixote en Sierra Morena: beneficio, que despues le fuè mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna, y mal acostumburada. Este Ginès de Passamonte, à quièn Don Quixote llamava Ginesillo de Parapilla, fuè el que hurtò à Sancho Pança el Ruzio, que por no avèrse puesto el como, ni el quando en la primera parte por culpa de los Impresores, hà dado en que entender à muchos, que atribuyàn à poca
me-



memoria del Autor la falta de emprenta. Pero en resolucion Ginès le hurtò, estàdo sobre èl durmiendo Sancho Pança, ufando de la traça, y modo, que usò Brunelo, quando estàdo Sacripante sobre albraca, le facò el Cavallo de entre las piernas ; y despues le cobrò Sancho, como se hà contado. Este Ginès, pues (temeroso de no sèr hallado de la Justicia, que le buscava para castigarle de sus infinitas vellaqueras, y delitos, que fuèron tantos, y tales, que el mismo compuso un gran volumen contàndolos) determinò pasarse al Reyno de Aragon, y cubrirse el ojo yzquierdo acomodandose al oficio de Titerero ; que esto, y el jugar de manos, lo sabia hazer por estremo. Sucedió, pues, que de unos Christianos ya libres, que venian de Berberia, comprò aquel Mono, à quien enseñò, que en haziendole cierta señal, se le subièsse en el ombro, y le murmurasse, ó lo parecièsse, al oydo. Hecho esto, antes que entrasse en el lugar donde entrava con su retablo, y Mono, se informava en el lugar mas cercano, ó de quien el mejor podia, que cosas particulares huvièssen sucedido en el tal lugar, y à que personas ; y llevàndolas bien en la memoria, lo primero que hazia era, mostrar su retablo, el qual unas vezes era de una historia, y otras de otra ; pero todas alegres, regozijadas, y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su Mono, diziendo al pueblo, que adivinava todo lo pasado, y lo presente ; pero que en lo de por venir, no se dava maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hazia barato, segun tomava el pulso à los preguntantes ; y como tal vez llegava à las casas de quien el sabia los sucesos de los que en ellas

las moràvan, aunque no le preguntàssen nada por no pagàrle, El hazìa la señal al Mono, y luego dezìa, que le avìa dicho tal, y tal cosa, que venìa de molde con lo sucedido. Con esto cobrava credito infalible, y andàvanse todos tras el. Otras vezes, como era tan discrèto, respondià de manera, que las respuestas venian bien con las preguntas, y como nadie le apuràva, ni apretàva à que dixèsse como adivinàva su Mono, à todos hazìa monas, y llenàva sus esqueros. Assi como entrò en la venta conociò à Don Quixote, y à Sancho, por cuyo conocimièto le fuè facil ponèr en admiracion à Don Quixote, y à Sancho Pança, y à todos los que en ella estàvan; pero huvièrale de costàr caro, si Don Quixote baxàra un poco mas la mano, quando cortò la cabeça al Rey Marfilio, y destruyò toda su cavalleria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que ày que dezir de maèsse Pedro, y de su Mono.

Y bolviendo à Don Quixote de la Mancha digo, que despues de avèr salido de la venta, determinò de vèr primero las riberas del Rio Ebro, y todos aquellos contornos antes de entràr en la ciudad de Zaragoza, pues le dava tiempo para todo, el mucho que faltàva desde allí à las Justas. Con esta intencion siguiò su camino, por el qual anduvo dos dias sin acontecèrle cosa digna de ponèrse en escritura; hasta que al tercero, al subir de una loma oyò un gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuzes. Al principio pensò, que algun tercio de soldados pasàva por aquella parte, y por vèrlos picò à Rozinante, y subìo la loma arriba, y quando estuvo en la cumbre, viò al pie della, à su parecer, mas de dozientos hombres armados

màdos de diferentes fuertes de armas, como si dixèssimos, lançonos, ballestas, partefanas, alabardas, y picas, y algunos arcabùzes, y muchas rodèlas. Baxò el recuesto, y acercòse al esquadron, tanto que distintamènte viò las vanderas, juzgò de las colores, y notò las empreffas que en ellas traian, especialmènte una que en un estandarte ò giron de raso blanco venìa, en el qual estàva pintado muy al vivo un asno, como un pequeño sardesco, la cabeça levantàda, la boca abièrta, y la lengua de fuera en acto, y postura, como si estuvièra rebuznàndo; y al rededòr del estàvan escritos de letras grandes estos dos versos.

*No rebuznàron en balde
El uno, y el otro Alcalde.*

Por esta insignia facò Don Quixote, que aquella gente devìa de sèr del pueblo del rebuzno, y assi se lo dixo à Sancho, declaràndole lo que en el estandarte venìa escrito. Dixole tambien, que el que les avìa dado noticia de aquel caso, se avìa erràdo en dezir, que dos Regidores avian sido los que rebuznàron, porque segun los versos del estandarte no avian sido sino Alcaldes. A lo que respondiò Sancho Pança: Señor en effo no ày que reparar, que bien puede sèr que los Regidores, que entonces rebuznàron, vinièssen con el tiempo à sèr Alcaldes de su pueblo, y assi se pueden llamar con entrambos titulos; quanto mas que no haze al caso à la verdàd de la història sèr los rebuznadores Alcaldes, ò Regidores, como ellos una por una ayan rebuznàdo; porque tan à pique està de rebuznar un Alcalde como

mo un Regidor. Finalmente conocieron, y supieron, como el pueblo corrido salia à pelear con otro que le corrìa mas de lo justo, y de lo que se devìa à la buena vezindad. Fuèsse llegando à ellos Don Quixote no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fuè amigo de hallarse en semejantes Jornadas. Los del esquadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote alçando la visera, con gentil brio y continente llegò hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del exercito por verle, admirados con la admiracion acostumbada en que caian todos aquellos que la vez primera le miravan. Don Quixote que los viò tan atentos à mirarle, sin que ninguno le hablasse, ni le preguntasse nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el sùyo, alçò la voz y dixo.

Buenos Señores, quan encarecidamente puedo, os suplico, que no interrumpays un razonamiento, que quiero hazeros, hasta que veays que os disgusta, y enfada; que si esto sucede, con la mas minima señal que me hagays, pondré un fello en mi boca, y echaré una mordaza à mi lengua. Todos le dixeron, que dixesse lo que quisièsse, que de buena gana le escucharian. Don Quixote con esta licencia profiguiò, diziendo.

Yo, Señores mios, soy Cavallero andante, cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer à los necesitados de favor, y acudir à los menesterosos. Dias hà que hè sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve à tomar las armas à cada passo para vengaros de vuestros enemigos; y aviendo discurrido una y muchas ve-



zes en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del Duelo que estays engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar à un pueblo entero, sino es retándole de traydor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traçion por que le reta. Exemplo desto tenemos en Don Diego Ordóñez de Lara que retò à todo el pueblo Zamorano, porque ignorava, que solo Vellido Dolfos avia cometido la traçion de matar à su Rey; y assi retò à todos, y à todos tocava la vengança, y la respuesta: Aunque bien es verdàd que el Señor Don Diego anduvo algo demasiado, y aun passò muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para que retar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estavan por nacer, ni à las otras menudencias, que allí se declàran: Pero vaya, pues quando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija. Siendo, pues, esto assi, que uno solo no puede afrentar à Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo entero; queda en limpio, que no ay para que salir à la vengança del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque bueno sería, que se matassen à cada passo los del pueblo de la Reloxa con quien se lo llama: Ni los Cazoleros, verengeros, Vallenatos, Xaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ay en boca de los muchachos, y de gente de poco mas à menos; bueno sería por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriessen, y vengassen, y anduviessen de continuo hechas las espadas facabuches à qualquier pendencia por pequeña que fuèsse. No, no, ni Dios lo permita, ó quièra. Los Varones prudentes, las Republicas

cas



cas bien concertadas por quatro cosas han de tomar las armas, y desenvaynar las espadas, y poner à riesgo sus personas, vidas, y haciendas. La primera, por defendèr la fè Catolica. La segunda por defendèr su vida, que es de Ley natural, y divina. La tercera en defensa de su Honra, de su familia, y hacienda. La quarta en servicio de su Rey en la guerra justa: Y si le quisièremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales se pueden agregar algunas otras, que sèan justas, y razonables, y que obliguen à tomar las armas: Pero tomarlas por niñerías, y por cosas, que antes son de risa, y passatiempo, que de afrenta; parece, que quien las toma, carece de todo razonable discurso. Quanto mas, que el tomar vengança injusta (que justa no puede avèr alguna que lo sèa) và derechamente contra la Santa Ley que profesamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen: mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es, fino para aquellos, que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espiritu; porque Jesu Christo, Dios, y hombre verdadero, que nunca mintiò, ni pudo, ni puede mentir, siendo Legislador nuestro, dixo: *Que su Yugo era suave, y su Carga liviana*: Y assi no nos avia de mandar cosa que fuesse imposible el cumplirla. Assi que, mis Señores, vuestras mercedes estàn obligados por Leyes divinas, y humanas à foflegarse.

EL diablo me lleve, dixo à esta Sazon Sancho entre si, si este mi amo no es tologo, y fino lo es, que lo parece,

L 1 2

como



como un huèvo à otro. Tomò un poco de aliento Don Quixote, y vièndo que toda via le prestàvan silencio, quiso passàr adelante en su platica, como passàra, fino se pufièra en medio la agudèza de Sancho, el qual vièndo que fu amo se detenìa, tomò la mano por el, dizièndo: Mi Señor Don Quixote de la Mancha (que un tiempo se llamò el Cavallèro de la triste figura, y aora se llama el Cavallèro de los Leones) es un hidalgo muy atentado, que sabe Latin, y Romance como un Bachiller, y en todo quanto trata, y aconseja, procede como muy buen soldado, y tiene todas las Leyes, y ordenanças de lo que llaman *El Duèlo*, en la uña; y assi no ay mas que hazèr fino dexàrse llevàr por lo que el dixère, y sobre mi si lo erràren: Quanto mas, que ello se està dicho, que es needad corrèrse por solo oyr un rebuzno, que yo me acuèrdo, quando muchacho, que rebuznava cada, y quando que se me antojàva, sin que nadie me fuèsse à la mano; y con tanta gracia, y propiedad, que en rebuznàndo yo, rebuznàvan todos los asnos del pueblo, y no por effo dexàva de ser hijo de mis padres, que eran honradissimos; y aunque por esta habilidad era invidiàdo de mas de quatro de los estiràdos de mi pueblo, no se me dava dos ardites. Y porque se vea que digo verdad, espèren, y escùchen, que esta ciencia es como la del nadàr, que una vez aprendida, nunca se olvida: Y luego puesta la mano en las narizes, començò à rebuznàr tan reziàmènte, que todos los cercanos valles retumbàron. Pero uno de los que estàvan junto à el, creyèndo que hazìa burla dellos, alçò un varapàlo, que en la mano tenìa, y diòle tal golpe con èl, que sin ser poderòso à otra cosa,



Jno. Vanderbank inv: et Delin:

Vol. 3. p. 260.

Ger. Vanderghucht Sculp.

38

PART II - HISTORY OF THE COUNTRY

The first part of the history of the country is the history of the people who lived in the country before the arrival of the Saxons. The Saxons came to the country in the 5th century and they were the first to settle in the country. They were a brave and hardy people and they were the first to build a strong and powerful kingdom in the country. The Saxons were the first to introduce the Christian religion into the country and they were the first to build churches and monasteries in the country. The Saxons were the first to introduce the feudal system into the country and they were the first to build a strong and powerful kingdom in the country.



The second part of the history of the country is the history of the Saxons. The Saxons were a brave and hardy people and they were the first to settle in the country. They were the first to introduce the Christian religion into the country and they were the first to build churches and monasteries in the country. The Saxons were the first to introduce the feudal system into the country and they were the first to build a strong and powerful kingdom in the country.

The third part of the history of the country is the history of the Danes. The Danes came to the country in the 8th century and they were the first to settle in the country. They were a brave and hardy people and they were the first to build a strong and powerful kingdom in the country. The Danes were the first to introduce the Christian religion into the country and they were the first to build churches and monasteries in the country.

The fourth part of the history of the country is the history of the Normans. The Normans came to the country in the 10th century and they were the first to settle in the country. They were a brave and hardy people and they were the first to build a strong and powerful kingdom in the country. The Normans were the first to introduce the Christian religion into the country and they were the first to build churches and monasteries in the country.

The fifth part of the history of the country is the history of the English. The English came to the country in the 12th century and they were the first to settle in the country. They were a brave and hardy people and they were the first to build a strong and powerful kingdom in the country. The English were the first to introduce the Christian religion into the country and they were the first to build churches and monasteries in the country.



cosa, diò con Sancho Pança en el suèlo. Don Quixote, que viò tan mal paràdo à Sancho, arremetiò al que le avia dado, con la lança sobre mano, pero fuèron tantos los que se pusièron en medio, que no fuè possibile vengàrle; antes vièndo que llovìa sobre el un nublado de piedras, y que le amenazàvan mil encaràdas ballestas, y no menos cantidad de arcabùzes, bolviò las riendas à Rozinante, y à todo lo que su galope pùdo se saliò de entre ellos, encomendàndose de todo coraçon à Dios, que de aquel peligro le libràsse, temièndo à cada passo, no le entràsse alguna bala por las espaldas, y le salièsse al pecho; y à cada punto recogia el aliènto, por vèr si le faltàva: Pero los del esquadron se contentàron con vèrle huÿr, sin tiràrle. A Sancho le pusièron sobre su jumènto, apenas buelto en sí, y le dexàron ir tras su amo, no porque el tuvièsse sentido para regirle, pero el Ruzio siguiò las huellas de Rozinante, sin el qual no se hallàva un punto. Alongado, pues, Don Quixote buen trecho, bolviò la cabeça, y viò que Sancho venìa, y atendiòle, vièndo que ninguno le seguìa. Los del esquadron se estuvièron allí hasta la noche, y por no avèr salido à la batalla sus contrarios, se bolvièron à su pueblo regozijados, y alegres; y si ellos supièran la costumbre antigua de los griegos, levantàran en aquel lugar, y sitio un Trofeo.

C A P I -



CAPITULO XXVIII.

*De cosas que dize Benengeli, que las sabrà quien le leyere,
si las lee con atencion.*

QUANDO el valiente huye, la supercheria està descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdàd se verificò en Don Quixote, el qual, dando lugar à la furia del pueblo, y à las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa; y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexava, se apartò tanto quanto le pareció, que bastava para estàr seguro. Seguíale Sancho atravesado en su Jumento, como queda referido. Llegò en fin, yà buelto en su acuerdo, y al llegar, se dexò caer del Ruzio à los pies de Rozinante, todo ansioso, todo molido, y todo apaleado. Apeòse Don Quixote para catarle las heridas, pero como le hallasse sano de los pies à la cabeça, con assaz cólera le dixo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho; y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la foga en casa del ahorcado? A musica de rebuznos, que contrapunto se avia de llevar fino de varapalos? Y dad gracias à Dios, Sancho, que ya que os fantiguaron con un palo, no os hizieron el *per signum crucis* con un alfange. No estòy para responder, respondiò Sancho, porque me parece, que hablo por las espaldas. Subamos, y apartemonos de aqui, que yo pondrè silencio en mis rebuznos, pero no en dexar de dezir, que los Cavalleros andantes huyen, y dexan à sus buenos escuderos molidos como alheña, ó como cibera, en
podèr

poder de fus enemigos. No hùye el que se retira, respondiò Don Quixote, porque has de sabèr, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen à la buena fortuna, que à su animo. Y assi yo confièssò, que me hè retiràdo, pero no huýdo; y en esto hè imitàdo à muchos valientes, que se han guardàdo para tiempos mejores; y desto estàn las històrias llenas, las quales, por no ferte à ti de provècho, ni à mi de gusto, no te las refièro aora.

EN esto yà estàva à Cavallo Sancho, ayudàdo de Don Quixote, el qual assimismo subiò en Rozinante, y poco à poco se fuèron à emboscàr en una Alamèda, que hasta un quarto de legua de alli se parecia: de quàndo, en quàndo dava Sancho unos ayes profundissimos, y unos gemidos doloròsos. Y preguntàndole Don Quixote la causà de tan amàrgo sentimiènto, respondiò, que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolìa de manera, que le facàva de sentido. La causà desse Dolor deve de ser fin duda, dixo Don Quixote, que como era el Palo con que te dièron largo, y tendido, te cogiò todas las espaldas, donde entran todas effas partes, que te duelen, y si mas te cogièra, mas te dolièra. Por Dios, dixo Sancho, que vueffà mercèd me hà facàdo de una gran duda, y que me la hà declaràdo por lindos terminos. Cuerpo de mi, tan encubièrta estàva la causa de mi dolor, que ha sido menestèr dezirme, que me duele todo aquello que alcançò el palo? Si me dolièran los tovillos, aun pudièra sèr que se anduvièra adivinàndo el porque me dolian? Pero dolèrme lo que me molièron, no es mucho adivinàr. A la fè, Señor nuestro amo, el mal age-
no

no de pelo cuelga, y cada dia vòy descubrièndo tierra de lo poco que puedo esperar de la compa \tilde{n} ia, que con vue \tilde{s} ta mercèd tengo; porque si esta vez me hà dexàdo apaleàr, otra y otras ciento bolverèmos à los manteamièntos de mar-
ras, y à otras muchacherias, que si aora me han salido à las espaldas, despues me saldràn à los ojos. Harto mejor haria yo (fino que soy un bàrbaro, y no harè nada que bueno sea en toda mi vida) harto mejor haria yo (buelvo à dezir) en bolverme à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, y susten-
tàrlos, y criarlos con lo que Dios fuère servido de darme, y no andarme tras vue \tilde{s} ta mercèd por caminos fin camino, y por sendas, y carrèras, que no las tienen, bebiendo mal, y comiendo peor. Pues tomàdme el dormir: contàd, herma-
no escudèro, siete pies de tierra, y si quisièredes mas, to-
màd otros tantos, que en vuestra mano està escudillàr, y tendèos à todo vuestro buen talante (que quemàdo vea yo, y hecho polvos al primero que diò puntada en la andante Cavalleria, ò alomenos al primero que quiso fer escudèro de tales tontos, como devièron fer todos los Cavallèros andantes passados:) De los presentes no digo nada, que por fer vue \tilde{s} ta mercèd uno dellos, les tengo respeto, y porque sè, que sabe vue \tilde{s} ta mercèd un punto mas que el diablo en quanto habla, y en quanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dixo Don Quixote; que aora que vays hablàndo, fin que nadie os vaya à la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo? Hablàd, hijo mio, todo aquello que os vinière al pensamiènto, y à la boca, que à truco de que à vos no os duela nada, tendrè yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinèncias; y si
tanto

tanto deffèays el bolvèros à vuestra casa con vuestra muger y hijos, no permita Dios, que yo os lo impida. Dineros tenèys mios, mirad quanto hà que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podèys, y devèys ganàr cada mes, y pagàos de vuestra mano. Quando yo servia, respondiò Sancho, à Tomè Carrasco, el Padre del Bachiller Sanfon Carrasco, que vueffà mercèd bien conoce, dos ducados ganava cada mes, amen de la comida. Con vueffà mercèd no sè lo que puedo ganàr, puesto que sè, que tiene mas trabajo el escudèro del Cavallèro andante, que el que sirve à un labradòr; que en resolucion los que servimos à labradòres, por mucho que trabajèmos de dia (por mal que fuceda) à la noche cenamos olla, y dormimos en cama, en la qual no hè dormido despues que hà que sirvo à vueffà mercèd, fino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tève con la espùma que saquè de las ollas de Camacho, y lo que comì, y bebì, y dormì en casa de Basilio. Todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al Cielo abièrto, fugeto, à lo que dizen, inclemèncias del Cielo, sustentàndome con rajas de queso, y mendrùgos de pan, y bebièndo aguas, yà de arroyos, yà de fuentes de las que encontràmos por estos andurriales donde andàmos. Confieffo, dixo Don Quixote, que todo lo que dizes, Sancho, es verdàd: Quanto te pareçe que os devo dàr mas de lo que os dava Tomè Carrasco? A mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas que vueffà mercèd añadièffe cada mes, me tendria por bien pagado: Esto es quanto al salario de mi trabajo, pero en quanto à satisfazèrme à la palabra, y promeffa, que

T o m. III.

M m

vueffà



vueſſa mercèd me tiene hecha de darme el govierño de una Infula, ſerìa juſto, que ſe me añadièſſe otros ſèys reales, que por todos ſerian treynta. Eſtà muy bien, replicò Don Quixote, y conforme al ſalario, que vos os avèys ſeñalado, veynte y cinco dias hà que ſalimos de nueſtro pueblo: Contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os devo, y pagaos, como os tengo dicho, de vueſtra mano. O cuerpo de mi, dixo Sancho, que và vueſſa mercèd muy errado en eſta cuenta! porque en lo de la promeſſa de la Infula ſe hà de contar desde el dia que vueſſa mercèd me la prometìò haſta la preſente hora en que eſtamos. Pues que tanto hà, Sancho, que os la prometì, dixo Don Quixote? Si yo mal no me acuèrdo, reſpondiò Sancho, deve de avèr mas de veynte años, tres dias mas, a menos. Diòſe Don Quixote una gran palmada en la frente, y començò à rèyr muy de gana, y dixo: Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el diſcurſo de nueſtras ſalidas, fino dos meſes apenas, y dizes, Sancho, que hà veynte años que te prometì la Infula? Aora digo, que quières que ſe conſuma en tu ſalario el dinero que tienes mio; y ſi eſto es aſſi, y tu guſtas dello, desde aqui te lo doy, y buen provècho te haga, que à truèco de vèrme ſin tan mal eſcudèro, holgarème de quedarme pobre, y ſin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanças eſcuderiles de la andante Cavallerìa: Donde has viſto tu, ó lèydo, que ningun eſcudèro de Cavallero andante ſe aya pueſto con ſu Señor en quanto mas tan, mas tanto me avèys de dar cada mes porque os ſirva? Entrate, entrate, malandrìn, follon, y veſtiglo (que todo lo pareces) entrate, digo, por el

el *Mare magnum* de sus històrias, y si hallàres, que algun escudèro aya dicho, ni pensàdo lo que aquí has dicho, quièro que me le claves en la frente, y por añadidùra me hagas quatro mamonas selladas en mi rostro. Buelve las riendas, ó el cabèstro al Ruzio, y buèlvete à tu casa, por que un solo passo desde aquí no has de pasàr mas adelante conmigo. O pan mal conocido! O promèssas mal colocadas! O hombre que tiene mas de bestia, que de persona! Aora quando yo pensàva ponèrte en estàdo, y tal, que à pesàr de tu muger, te llamàran Señoria, te despides? Aora te vas? quando yo venìa con intencion firme, y valedèra de hazèrte Señor de la mejor Infula del mundo? En fin, como tu has dicho otras vezes, *no es la Miel*, &c. Afno eres, y afno has de sèr, y en afno has de paràr, quando se te acabe el curso de la vida; que para mi tengo, que antes llegarà ella à su ultimo termino, que tu càygas, y dèes en la cuenta de que eres bestia. Miràva Sancho à Don Quixote de hito en hito en tanto que los tales vitupèrios le dezìa; y compungióse de manera, que le vinièron las lagrimas à los ojos; y con voz dolorida, y enferma le dixo: Señor mio, yo confieffo, que para sèr del todo afno, no me falta mas de la cola: Si vueffà mercèd quiere ponèrmela, yo la darè por bien puesta, y le servirè como Jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vueffà mercèd me perdone, y se duela de mi mocedad, y advièrta, que sè poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad, que de malicia: Mas, *quien yerra, y se enmiènda, à Dios se encomiènda*. Maravillàrame yo, Sancho, fino mezclàras algun refrancico en tu coloquio. Aora

M m 2

bien,



bien, yo te perdono, con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures enfanchar el corazón, y te alientes, y animes à esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió, que si haría, aunque fuese fuerças de flaqueza. Con esto se metieron en la Alameda, y Don Quixote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya (que estos tales arboles, y otros sus semejantes, siempre tienen pies, y no manos.) Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo esto diéron los ojos al sueño; y al salir del Alva siguiéron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

C A P I T U L O XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

POR sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote, y Sancho al Rio Ebro, y el verle fue de gran gusto à Don Quixote, porque contempló, y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista, renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fue, y vino en lo que avia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le avia dicho, que parte de aquellas cosas eran verdad,

dàd, y parte mentira ; El se atenia mas à las verdaderas, que à las mentirosas, bien al revès de Sancho, que todas las tenia por la mesma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreciò à la vista un pequeño barco sin remos, ni otras Jarcias algunas, que estava atado en la orilla à un tronco de un arbol, que en la ribera estava. Mirò Don Quixote à todas partes, y no viò persona alguna ; y luego sin mas ni mas se apeò de Rozinante, y mandò à Sancho, que lo mesmo hizièsse del Ruzio, y que à entrambas bestias las atàsse muy bien juntas al tronco de un alamo, ó sauce, que allí estava. Preguntòle Sancho la causa de aquel subito apeamiento, y de aquel ligamiento ? Respondiò Don Quixote : Has de saber, Sancho, que este barco que aqui està, derechamente, y sin podèr sèr otra cosa en contrario, me està llamando, y combidando à que entre en èl, y vàya en èl à dár socorro à algun Cavallero, ó à otra necesitada, y principal persona, que deve de estàr puesta en alguna grande cuyta, porque este es estilo de los libros de las historias cavallerescas, y de los encantadores, que en ellas se entremeten y platican, quando algun Cavallero està puesto en algun trabajo, que no puede sèr librado del, fino por la mano de otro Cavallero : Y puesto que estèn distantes el uno del otro dos, ó tres mil leguas, y aun mas, ó le arrebatàn en una nube, ó le deparàn un barco donde entre, y en menos de un abrir, y cerrar de ojos, le llevan ó por los ayres, ó por la mar, donde quièren, y adonde es menester su ayuda. Assi que, Sancho, este barco està puesto aqui para el mesmo efecto ; y esto es tan verdad, como es aora de dia, y antes que este se passè, àta juntos al Ruzio,



zio, y à Rozinante, y à la mano de Dios que nos guie, que no dexarè de embarcarme, si me lo pidièssen Frayles descalços. Pues assi es, respondiò Sancho, y vueſſa mercèd quière dar à cada paſſo en eſtos, que no sè ſi los llame diſparates, no ay fino obedecèr, y baxàr la cabeça, atendièndo al Refran: *Haz lo que tu amo te manda, y ſientate con el à la meſa.* Pero con todo eſto, por lo que toca al deſcàrگو de mi conciencia, quièro advertir à vueſſa mercèd, que à mi me parece, que eſte tal barco no es de los encantados, fino de algunos peſcadòres deſte Rio, porque en èl ſe peſcan las mejores ſabògas del mundo.

ESTO dezìa mientras atàva las beſtias Sancho, dexàndolas à la protecion, y ampàro de los encantadòres con harto dolor de ſu anima. Don Quixote le dixo, que no tuvièſſe pena del deſampàro de aquellos animales, que el que los llevarìa à ellos por tan longinquos caminos, y regiones, tendrìa cuenta de ſuſtentàrlos. No entièndo eſto de Logicuos, dixo Sancho, ni he oydo tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, respondiò Don Quixote, quière dezir, apartados; y no es maravilla, que no lo entièdas, que no eſtàs tu obligado à ſabèr Latin, como algunos que preſumen, que lo ſaben, y lo ignòran. Ya eſtàn atados, replicò Sancho: Que hèmòs de hazèr aora? Que? respondiò Don Quixote, ſantiguàrnos, y levàr ferro, quièro dezir, embarcàrnos, y cortàr la amarra con que eſte barco eſtà atado; y dando un Salto en èl, ſiguièndole Sancho, cortò el cordel, y el barco ſe fuè apartàndo poco à poco de la ribèra, y quando Sancho ſe viò obra de dos varas dentro del Rio, començò à temblàr, temièndo ſu per-

perdicion; pero ninguna cosa le diò mas pena, que el oyr roznàr al Rùzio, y el vèr que Rozinante pugnàva por defatàrse: Y dixole à su Señor: El Ruzio rebùzna condolido de nuestra ausencia, y Rozinante procura ponèrse en libertad, para arrojàrse tras nosotros. O carísimos amigos! quedàos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en defengaño, nos vuelva à vuestra presencia; y en esto començò à lloràr tan amargamènte, que Don Quixote mohino, y colèrico, le dixo: De que temes, covarde criatura? De que lloras, coraçon de mantequillas? Quièn te persigue, ó quièn te acòsa, animo de raton casèro? O que te falta, menesteròso, en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha vas caminando à pie, y descalço por las montañas Rifeas? fino sentàdo en una tabla como un Archiduque por el sesgo curso deste agradable Rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya avèmos de avèr salido, y caminando por lo menos setecientas, ó ochocientas leguas; y si yo tuvièra aquí un Astrolabio con que tomàr la altura del polo, yo te dixèra las que hèmos caminado; aunque, ó yo sè poco, ó yà hèmos pasàdo, ó pasaremos presto por la Linea Equinocial, que divide, y corta los dos contrapuestos Polos en igual distancia. Y quando lleguèmos à essa Leña, que vueffa mercèd dize, preguntò Sancho, quanto avrèmos caminado? Mucho, respondiò Don Quixote, porque de trecentos, y sesenta grados, que contiene el Globo del agua, y de la tierra, segun el còmputo de Ptolomeo, que fuè el mayor Cosmògrafo que se sabe, la mitad avrèmos caminado, llegando à la Linea, que hè dicho. Por Dios, dixo Sancho,

Sancho, que vueſſa mercèd me tràe por teſtigo de lo que dize à una gentil perſona, Pùto, y Gafo, con la añadidura de Meon, ô Meo, ô no ſè como. Riòſe Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado al nombre, y al còmputo, y cuenta del Coſmògrafo Ptolomeo, y dixole: Sabràs, Sancho, que los Eſpañoles, y los que ſe embarcan en Cadiz para ir à las Indias Orientales, una de las ſeñales que tienen para entendèr, que hân paſàdo la Linea Equinocial, que te hè dicho, es, que à todos los que van en el Navio ſe les mueren los piojos, ſin que les quede ninguno, ni en todo el Vaxel le hallaràn, ſi le peſan à oro; y aſſi puedes, Sancho paſſear una mano por un muſlo, y ſi toparès coſa viva, faldrèmos deſta duda, y fino, paſàdo avèmos. Yo no creò nada deſſo, reſpondiò Sancho, pero con todo harè lo que vueſſa mercèd me manda, aunque no ſè, para que ày neceſſidad de hazèr eſſas experiencias, pues yo veo con mis miſmos ojos, que no nos avèmos apartàdo de la ribera cinco varas, ni hèmos decantàdo de donde eſtàn las alemañas dos varas; porque allì eſtàn Rozinante, y el Ruzio en el propio lugar, que los dexàmos; y tomàda la mira, como yo la tomo aora, voto à tal, que no nos movèmos, ni andàmos al paſſo de una Hormiga. Haz, Sancho la averiguación que te hè dicho, y no te cures de otra; que tu no ſabes, que coſa ſeàn Coluros, Lineas, Paralelos, Zodiacos, Cliticas, Polos, Solſticios, Equinocios, Planetas, Signos, Puntos, Medidas, de que ſe compone la Eſfera Celeſte, y Terreſtre; que ſi todas eſtas coſas ſupieras, ô parte dellas, vièras claramènte, que de Paralelos hèmos cortado? Que de Signos viſto? Y que de imàgenes hèmos dexado

do

do atrás, y vamos dexando aora. Y tornote a dezir, que te tienes, y pesques, que yo para mi tengo, que estas mas limpio que un pliego de papel liso, y blanco. Tentose Sancho, y llegando con la mano bonitamente, y con tiento hacia la corba izquierda, alçò la cabeza, y mirò a su amo, y dixo: O la experiencia es falsa, o no hemos llegado a donde vuestra merced dize ni con muchas leguas. Pues que, preguntò Don Quixote, has topado algo? Y aun algo respondiò Sancho, y sacudiendose los dedos, se lavò toda la mano en el Rio, por el qual fofegadamente se deslizava el barco por mitad de la corriente, fin que le moviesse alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces, y suave.

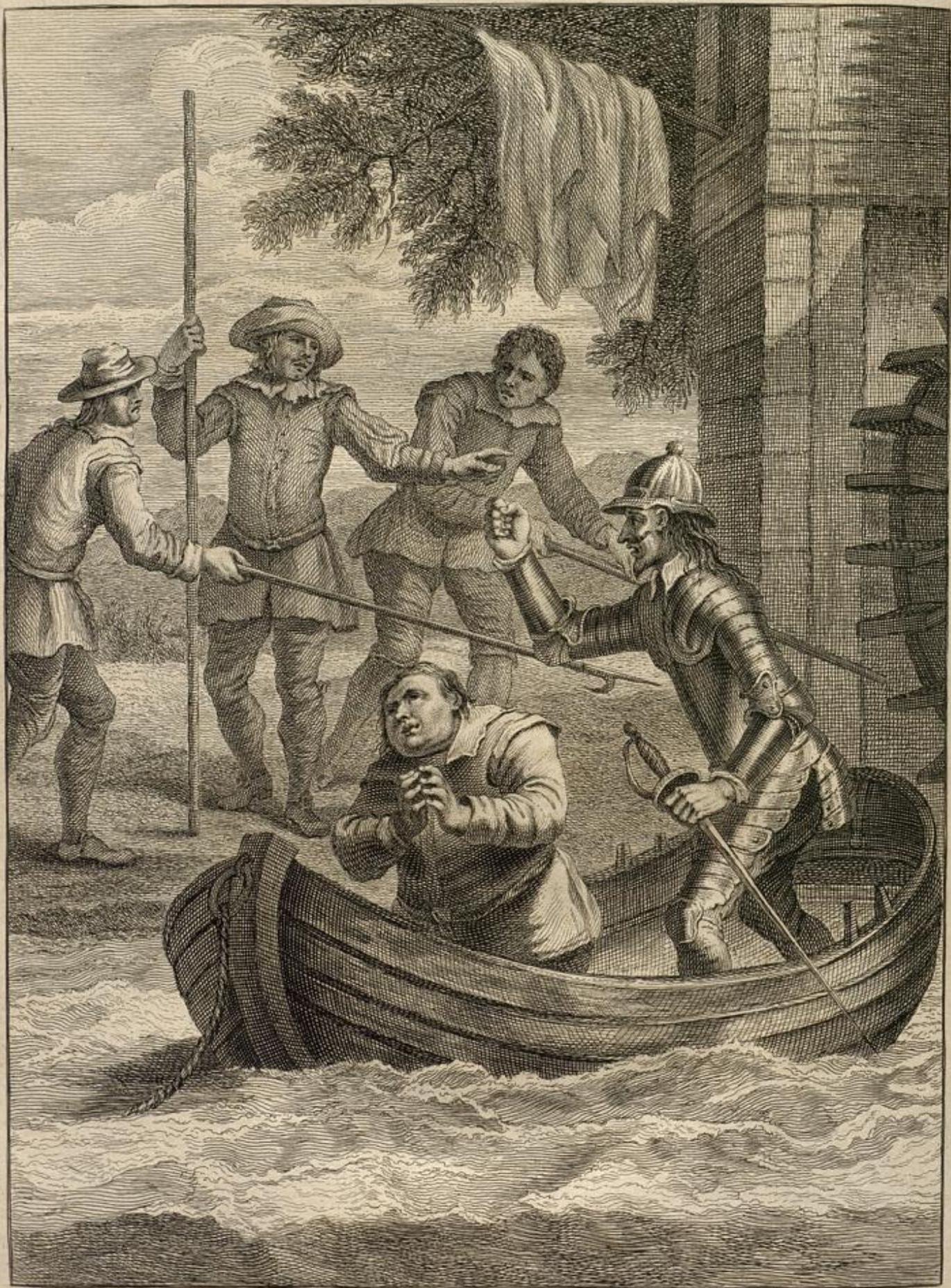
EN esto descubrièron unas grandes hazeñas, que en la mitad del Rio estavan, y apenas las huvò visto Don Quixote, quando con voz alta dixo a Sancho: Veès, allí, o amigo, se descubre la ciudad, castillo, o fortaleza, donde deve de estar algun Cavallero oprimido, o alguna Reyna, Infanta, o Princesa mal parada, para cuyo socorro soy aqui traydo. Que diablos de ciudad, fortaleza, o castillo, dize vuestra merced, Señor? dixo Sancho. No echa de ver, que aquellas son hazeñas, que estan en el Rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen hazeñas, no lo son; y ya te he dicho, que todas las cosas trastruècan, y mudan de su ser natural los encantos: No quiero dezir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostrò la experiencia en la



transformacion de Dulcinèa, unico refugio de mis esperanças.

EN esto el barco entrado en la mitad de la Corriente del Rio, començò à caminar no tan lentamente como hasta allì. Los Molineros de las hazeñas, que vièron venir aquel barco por el Rio, y que se iba à embocar por el raudal de las ruedas, salièron con presteza muchos dellos con varas largas à detenerle, y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos del polvo de la harina, representavan una mala vista, y davan voces grandes, diziendo: Demonios de Hombres donde vays? Venys desesperados, que querèys ahogáros, y hazèros pedaços en estas ruedas? No te dixe yo, Sancho, dixo à esta fazon Don Quixote, que aviamos llegado donde hède mostràr, à dò llega el valor de mi brazo? Mira que de malandrines, y follones me salen al encuentro? Mira quantos Vestiglos se me opònen? Mira quantas feas cataduras nos hazen Cocos? Pues aora lo verèys, vellacos; y puesto en pie en el barco, con grandes voces començò à amenaçar à los molineros, diziendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad, y libre alvedrio à la persona que en essa vuestra fortaleza, ò prision tenèys oprimida, alta, ò baxa de qualquiera fuerte ò calidad que seà; que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el Cavallero de los Leones por otro nombre, à quièn està reservado por orden de los altos Cielos el dàr fin felice à esta aventura: Y diziendo esto, echò mano à su espada, y començò à esgrimirla en el ayre contra los molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas sandèzes, se pufieron con sus varas à detener el barco, que
yà





In.º Vanderbank invenit.
Vol. 3. p. 275.

Claude du Bosc Fecit



yà iva entràndo en el raudàl, y canal de las ruèdas. Pù-
 sose Sancho de rodillas, pidièndo devotamènte al Cielo, le
 libràsse de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la in-
 dustria, y presteza de los molinèros, que oponièndose con
 sus palos al barco, le detuvièron, pero no de manera, que
 dexàssen de trastornàr el barco, y dàr con Don Quixote, y
 con Sancho al travès en el agua; pero vinole bien à Don
 Quixote, que sabìa nadàr como un ganso, aunque el peso
 de las armas le llevò al fondo dos vezes, y fino fuèra por
 los molinèros, que se arrojàron al agua, y los sacàron co-
 mo en peso à entrambos, allì avia sido Troya para los dos.

PUESTOS, pues, en tierra mas mojados, que muertos
 de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas, y los
 ojos clavados en el Cielo, pidió à Dios con una larga, y
 devota plegària le libràsse de allì adelante de los atrevidos
 deseos, y acometimiètos de su señoer. Llegaron en esto
 los pescadores dueños del barco, à quièn avian hecho pe-
 daços las ruèdas de las hazeñas, y vièndole roto, acome-
 tièron à desnudar à Sancho, y à pedir à Don Quixote se lo
 pagàsse, el qual con gran sosiego (como si no huviera
 pasàdo nada por el) dixo à los molinèros, y pescadores,
 que el pagaria el barco de bonissima gana con condicion,
 que le dièssen libre, y sin cautela à la persona, ó perso-
 nas, que en aquel su castillo estavan oprimidas. Que per-
 sonas, ó que Castillo dizes, respondiò uno de los molinè-
 ros, hombre sin Juyzio? Quièreste llevar por ventura las
 que viènen à moler trigo à estas hazeñas? Basta, dixo en-
 tre si Don Quixote: Aquí ferà predicàr en desierto querèr
 reduzir à esta canalla à que por ruegos haga virtud algu-



na: Y en esta aventura se deven de aver encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta; el uno me deparò el barco, y el otro diò conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es màquinas, y traças contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz, profiguiò, diziendo, y mirando à las hazeñas: Amigos qualesquiera que seays, que en esta prision quedays encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra yo no os puedo facer de vuestra cuyta: Para otro Cavallero deve de estar guardada, y reservada esta aventura. En diziendo esto, se concertò con los pescadores, y pagò por el barco cinquenta reales, que los diò Sancho de muy mala gana, diziendo: A dos barcadas como esta daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores, y molineros estavan admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acabavan de entender, à dò se encaminavan las razones, y preguntas que Don Quixote les dezia, y hazia; y teniendolos por locos, les dexaron, y se recogieron à sus hazeñas, y los pescadores à sus ranchos. Bolvièron à sus bestias, y à ser bestias Don Quixote, y Sancho: Y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPITULO XXX.

De lo que le avino à Don Quixote con una bella caçadora.

ASSAZ melancòlicos, y de mal talante llegaron à sus animales Cavallero, y escudero; especialmente Sancho, à quièn llegava al alma llegàr al caudal del dinero, parecièndole, que todo lo que del se quitava, era quitàrse-lo à el de las niñas de sus ojos. Finalmènte fin hablàrse palabra, se pufieron à cavallo, y se apartaron del famoso Rio, Don Quixote sepultado en los pensamiètos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamièto, que por entonces le parecia, que estava bien lexos de tenèrle; porque, maguer era tonto, bien se le alcançava, que las acciones de su amo, todas, ô las mas eran disparates; y buscava ocasion de que fin entràr en cuentas, ni en despedimiètos con su Señor, un dia se desgarrasse, y se fuèsse à su casa: Pero la fortuna ordenò las cosas muy al revès de lo que èl temia.

SUCEDIÒ, pues, que otro dia al ponèr del Sol, y al salir de una selva, tendiò Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo ultimo del viò gente, y llegandose cerca, conociò que eran caçadores de altanerìa. Llegose mas, y entre ellos viò una gallarda Señora sobre un palafren, ô hacanea blanquissima, adornada de guarniciones verdes, y con un fillon de plata. Venia la señora assimismo vestida de verde, tan bizarra, y ricamènte, que la misma bizarria venia transformada en ella. En la mano izquierda traia un

Azòr:



Azòr: Señal que diò à entendre à Don Quixote, sèr aquella alguna gran señora, que devìa ferlo de todos aquellos caçadores, como era la verdàd; y assi dixo à Sancho: Corre, hijo Sancho, y di à aquella señora del palafren, y del Azòr, que yo el Cavallèro de los Leones beso las manos à su gran fermosura, y que si su grandeza me dà licencia, se las irè à besàr, y à servirla en quanto mis fuerças pudièren, y su alteza me mandàre: Y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encaxàr algun Refràn de los tuyos en tu embaxada. Hallàdo òs le avèys el encaxadòr, respondiò Sancho: A mi con esso; Si, que no es esta la vez primera, que he llevàdo embaxàdas à altas, y crecidas señoras en esta vida. Si no fuè la que llevàste à la señora Dulcinèa, replicò Don Quixote, yo no sè, que ayas llevàdo otra, alomènos de mi parte. Assi es verdàd, respondiò Sancho; pero *al buen pagador, no le duelen prendas; y en casa llena presto se guisa la cena* (quiero dezir) que à mi no ay que dezirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcança un poco. Yo lo creò, Sancho, dixo Don Quixote, vè en buena hora, y Dios te guie.

PARTIÒ Sancho de carrera, facàndo de su passò al Ruzio, y llegò donde la bella caçadora estàva, y apeàndose, puesto ante ella de hinojos, le dixo: Hermosa Señora, aquel Cavallèro que allì se parece, llamàdo *el Cavallero de los Leones*, es mi amo, y yo foy un escudèro fuyo, à quien llaman en su casa Sancho Pança: Este tal Cavallèro de los Leones, que no hà mucho, que se llamàva, *el de la triste figura*, embia por mi à dezir à vuestra grandèza, sea ser-

fervida de dárle licencia, para que con su propósito, y beneplacito, y consentimiento el venga à poner en obra su deseo, que no es otro, segun el dize, y yo pienso, que de servir à vuestra encumbrada altanería, y fermosura; que en darfela vuestra señoría, hará cosa que redunde en su pro, y el recibirá señaladissima merced, y contento.

POR cierto, buen escudero, respondió la Señora, vos avèys dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias, que las tales embaxadas piden. Levantàos del fuelo; que escudero de tan gran Cavallero, como es *el de la triste Figura* (de quien ya tenèmos acá mucha noticia) no es justo que estè de hinojos. Levantàos, amigo, y dezid à vuestro Señor, que venga mucho en hora buena à servirse de mi, y del Duque mi marido en una casa de plazer que aquí tenèmos. Levantòse Sancho, admirado assi de la hermosura de la buena señora, como de su mucha criança y cortesia, y mas de lo que le avía dicho, que tenía noticia de su Señor *el Cavallero de la triste Figura*; y que si no le avía llamado *el de los Leones*, devía de sèr por avèrsele puesto tan nuevamente. Preguntòle la duquesa (cuyo Titulo aun no se sabe:) Dezidme hermano escudero, Este vuestro Señor no es uno de quien anda impresa una història, que se llama *Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, que tiene por Señora de su alma à una tal Dulcinèa del Toboso? El mismo es, Señora, respondió Sancho, y aquel escudero fuyo, que anda, ó deve de andàr en la tal història, à quien llaman Sancho Pança, foy yo, fino es que me trocàron en la cuna (quière dezir) que me trocàron en la estampa. De todo effo me
huèlgo



huèlgo yo mucho, dixo la Duqueffa. Id, hermano Pança, y dezid à vuestro Señor, que el sèa el bien llegado, y el bien venido à mis estàdos, y que ninguna cosa me pudièra venir, que mas contento me dièra. Sancho con esta tan agradàble respuesta, con grandissimo gufio bolviò à fu amo, à quièn contò todo lo que la gran Señora le avìa dicho, levantàdo con fus rusticos terminos à los Cielos fu mucha fermosura, fu gran donayre, y cortesia. Don Quixote se gallardèò en la filla, pùfose bien en los estrivos, acomodòse la visèra, arremetiò à Rozinante, y con gentil denuèdo fuè à besàr las manos à la Duqueffa, la qual ha-zièdo llamàr al Duque fu Marido, le contò, en tanto que Don Quixote llegava, toda la embaxada fuya; y los dos por avèr leydo la primera parte desta història, y avèr entendido por ella el disparatàdo humor de Don Quixote, con grandissimo gufio, y con desèo de conocèrle le atendian, con presupuèsto de seguirle el humor, y concedèr con el en quanto les dixèffe, tratàndole como à Cavallèro andante los dias que con ellos se detuvièffe, con todas las ceremonias acostumbràdas en los libros de Cavallerias, que ellos avian leydo, y aun les eran muy aficionàdos.

EN esto llegò Don Quixote, alçada la visèra, y dando muestras de apeàrse, acudiò Sancho à tenèrle el estrivo; pero fuè tan desgraciàdo, que al apeàrse del Ruzio, se le affiò un pie en una foga del albarda, de tal modo, que no fuè possible desenredàrle, antes quedò colgado dèl con la boca, y los pechos en el fuelo. Don Quixote, que no tenia en costumbre apeàrse sin que le tuvièssen el estrivo, pensàdo que yà Sancho avìa llegado à tenèrsele, descargò
de

de golpe el cuerpo, y llevòse tras si la filla de Rozinante (que devìa de està mal cinchado) y la filla, y el vinièron al suelo, no sin verguença fuya, y de muchas maldiciones, que entre dientes echò al desdichado de Sancho, que aun todavìa tenìa el pie en la corma. El Duque mandò à sus caçadores, que acudièssen al Cavallero, y al escudero, los quales levantaron à Don Quixote mal trecho de la cayda; y renqueando, y como pudo, fuè à hincàr las rodillas ante los dos Señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeandose de su Cavallo, fuè à abraçar à Don Quixote, diziéndole: A mi me pesa, Señor Cavallero de la triste Figura, que la primera que vuestra merced hà hecho en mi tierra, aya sido tan mala como se hà visto; pero descuydos de escuderos suelen sèr causa de otros peores sucesos. El que yo hè tenido en veros, valeroso Principe, respondiò Don Quixote, es imposible sèr malo, aunque mi cayda no paràra hasta el profundo de los Abysmos, pues de allí me levantàra, y me facàra la gloria de avèros visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desàta la lengua para dezir malicias, que ata, y cincha una filla para que estè firme; pero como quiera que yo me halle, caydo, ó levantado, à pie, ó à cavallo, siempre estarè al servicio vuestro, y al de mi Señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna Señora de la hermosura, y universal Princesa de la cortesia. Pasito, mi Señor Don Quixote de la Mancha, dixo el Duque, que adonde està mi Señora Doña Dulcinèa del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras.



YA estava à esta fazon libre Sancho Pança del laço, y hallàndose allì cerca, antes que fu amo respondièssè, dixo: No se puede negàr, fino afirmàr, que es muy hermòsa mi Señora Dulcinèa del Tobòso; pero donde menos se piensa, se levanta la liebre; que yo hè oydo dezir, que esto que llaman naturaleza es como un Alcallèr, que haze vasos de barro, y el que haze un vaso hermòso, tambien puede hazèr dos, y tres, y ciento. Dìgolo, porque mi Señora la Duqueffa, à fè, que no vâ en çaga à mi ama la Señora Dulcinèa del Tobòso. Bolviòse Don Quixote à la Duqueffa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tûvo Cavallèro andante en el mundo escudèro mas habladòr, ni mas graciòso del que yo tengo; y el me facarà verdadèro, si algunos dias quisière vuestra gran celsitud servirse de mi. A lo que respondiò la Duqueffa: De que Sancho el bueno sea graciòso, lo estimo yo en mucho; porque es Señal que es discrèto; que las gracias, y los donayres, Señor Don Quixòte, como vueffa mercèd bien sabe, no assièntan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es graciòso, y donayròso, desde aquí le confirmo por discrèto. Y habladòr, añadiò Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias no se pueden dezir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallèro de la triste Figura. De los Leones, hà de dezir vuestra Alteza, dixo Sancho, que ya no ay triste Figura. El segùro sèa, el de los Leones, profiguiò el Duque: Digo que venga el Cavallero de los Leones à un Castillo mio, que està aquí cerca, donde se le harà el acogimièto, que à tan alta persona se deve justamente,

mènte, y el que yo, y la Duquesa solèmos hazèr à todos los Cavallèros andantes, que à èl llegan. Ya en esto Sancho avia adereçado, y cinchado bien la filla à Rozinante, y subièdo en el Don Quixote, y el Duque en un hermòfo Cavallo, pusièron à la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandò la Duquesa à Sancho, que fuèsse junto à ella, porque gustava infinito de oyr sus discreciònes. No se hizo de rogàr Sancho, y entretexiòse entre los tres, y hizo quarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa, y del Duque, que tuvièron à gran ventùra acoger en su castillo tal Cavallèro andante, y tal escudèro andado.

C A P I T U L O XXXI.

Que trata de muchas, y grandes cosas.

SUMA era la alegria que llevava consigo Sancho, vièndose à su parecèr en privança con la Duquesa; porque se le figurava, que avia de hallàr en su castillo lo que en la casa de Don Diego, y en la de Basilio, siempre aficionado à la buena vida; y assi tomava la ocasion por la melena en esto del regalàrse cada, y quando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la història, que antes que à la plaça de plazèr, ó castillo llegassen, se adelantò el Duque, y diò orden à todos sus criados del modo que avian de tratàr à Don Quixote, el qual como llegò con la Duquesa, à las puertas del castillo, al instante falièron del dos lacayos, ó Palafreneros, vestidos hasta en pies de unas ropas, que llaman de levantàr, de finissimo raso carmesì, y cogièdo



à Don Quixote en braços, fin sèr oydo, ni visto, le dixerón: Vaya la vuestra Grandeza à apeàr à mi Señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y hùvo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto veniò la porfia de la Duquesa, y no quiso descendèr, ò baxàr del palafren fino en los braços del Duque, diziendo, que no se hallàva digna de dàr à tan gran cavallèro tan inutil carga. En fin saliò el Duque à apeàrla, y al entràr en un gran patio, llegàron dos hermosas donzellas, y echàron sobre los ombros à Don Quixote un gran manton de finissima escarlata, y en un instante se coronàron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos Señores, diziendo à grandes voces: Bien sea venido la flor, y la nata de los Cavallèros andantes; y todos, ò los mas derramàvan pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote, y sobre los Duques, de todo lo qual se admiràva Don Quixote; y aquel fuè el primer dia, que de todo en todo conociò, y creyò sèr Cavallèro andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratàr del mesmo modo, que el avia leydo, se tratàvan los tales Cavallèros, en los pasados Siglos.

SANCHO, desamparàndo al Ruzio, se cociò con la Duquesa, y se entrò en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dexàva al Jumento solo, se llegò à una reverenda dueña, que con otras à recibìr à la Duquesa avia salido, y con voz baxa le dixo: Señora Gonzalez, ò como es su gracia de vuestra merced. Doña Rodriguez de Grijalva me llamo, respondiò la dueña: Que es lo que mandays, hermano? A lo que respondiò Sancho: Querria
que

LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG





J. Vanderbank inv.
Vol. 3. p. 205.

Ger. Vander Gucht Sculp

que vueſſa mercèd me la hizièſſe de ſalir à la puerta del caſtillo, donde hallarà un aſno Ruzio mio, y vueſſa mercèd ſèa ſervida de mandàrle ponèr, ò ponèrle en la cava-lleriza, porque el pobrezito es un poco medroſo, y no ſe hallarà à eſtår ſolo en ninguna de las manèras. Si tan diſcreto es el amo como el moço, reſpondiò la dueña, me- dràdas eſtamos. Andad, hermano, mucho de en hora mala para vos, y para quien acà os truxo, y tenèd cuenta con vueſtro Jumènto, que las dueñas deſta caſa, no eſtamos acostumbràdas à ſemejantes haziendas. Pues en ver- dād, reſpondiò Sancho, que he oydo yo dezir à mi Señor, que es Zahori de las hiſtòrias, contàndo aquella de Lanza-rote, quando de Bretaña vino, que *Damas curàvan del, y dueñas del ſu Rozino*; y que en el particular de mi aſno, no le trocàra yo con el Rozin del Señor Lanzarote. Her- mano, ſi ſoys Juglar, replicò la dueña, guardad vueſtras gracias para donde lo parezcan, y ſe os paguen, que de mi no podrèys llevàr fino una higa. Aun bien, reſpon- diò Sancho, que ſerà bien madura, pues no perderà vueſſa mercèd la Quinola de ſus años por punto menos. Hijo de Puta, dixo la dueña, toda yà encendida en còlera; ſi ſoy vieja, ò no, à Dios darè la cuenta, que no à vos, vellaco, harto de ajos: Y eſto dixo en voz tan alta, que lo oyò la Duqueſſa; y bolviendo, y viendo à la dueña tan alborotàda, y tan encarnizàdos los ojos, le preguntò, con quien las avia? Aquì las hè, reſpondiò la dueña, con eſte buen hombre, que me ha pedido encarecidamènte, que vāya à ponèr en la Cavalleriza à un aſno ſuyo, que eſtā à la puerta del caſtillo, trayèndome por exemplo, que aſſi
lo

lo hizieron, no sè donde, que unas damas curaron à un tal Lanzarote, y unas dueñas à fu Rozino; y sobre todo por buen termino me ha llamado vieja. Eſto tuvièra yo por afrenta, respondiò la Duquesſa, mas que quantas pudièran dezirme; y hablando con Sancho, le dixo: advertid, Sancho amigo, que doña Rodriguez es muy moça, y que aquellas tocas mas las trae por autoridàd, y por la usança, que por los años. Malos sèan los que me quedan por vivir, respondiò Sancho, si lo dixè por tanto: Solo lo dixè, porque es tan grande el cariño que tengo à mi Jumento, que me pareciò, que no podìa encomendarle à persona mas caritativa, que à la Señora Doña Rodriguez. Don Quixote, que todo lo oyò, le dixo: Platicas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondiò Sancho, cada uno hà de hablar de fu menester donde quièra que estuvière. Aquì se me acordò del Ruzio, y aquì hablè del, y si en la cavalleriza se me acordara, allí hablara. A lo que dixo el Duque: Sancho està muy en lo cierto, y no ay que culpàrle en nada. Al Ruzio se le darà recado à pedir de boca, y descuyde Sancho, que se le tratarà como à fu mesma persona.

CON estos razonamientos gustòsos à todos, fino à Don Quixote, llegaron à lo alto, y entraron à Don Quixote en una sala adornada de telas riquissimas de oro, y de brocado. Seys donzellas le defarmaron, y firvièron de pages, todas industriadas, y advertidas del Duque, y de la Duquesſa de lo que avian de hazèr, y de como avian de tratar à Don Quixote, para que imaginàsse, y vièsse, que le tratavan comò à Cavallero andante. Quedò Don Quixote,

te, despues de desfarmado, en sus estrechos greguèscos, y en su Jubon de camùza, seco, alto, tendido, con las quixadas, que por de dentro se besava la una con la otra: Figura, que à no tenèr cuenta las donzellas que le servian con disimulàr la rifa (que fuè una de las precisas ordenes, que sus Señores les avian dado) rebentàran riendo. Pidièronle, que se dexàsse desnudàr para una camisa; pero el nunca lo consintió, diziendo, que la honestidàd parecia tan bien en los Cavallèros andantes, como la valentia. Con todo dixo, que dièssen la camisa à Sancho, y encerràndose con el en una quadra, donde estàva un rico lecho, se desnudò, y vistiò la camisa; y vièndose solo con Sancho, le dixo: Dime, Truhàn moderno, y majadèro antiguo, parècete bien deshonràr, y afrentàr à una dueña tan venerànda, y tan digna de respeto, como aquella? Tiempos eran aquellos para acordàrte del Ruzio? O, Señores son estos para dexàr mal pasàr à las bestias, tratàndo tan elegantemènte à sus dueños? Por quièn Dios es, Sancho, que te repòrtes, y que no descùbras la hilaza de manera, que càygan en la cuenta de que eres de villana, y grosèra tela texido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el Señor, quanto tiene mas honràdos, y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores, que llevan los principes à los demas hombres es, que se firven de criados tan buenos como ellos. No advièrtes, angustiado de ti, y mal aventuràdo de mi, que si ven que tu eres un grosèro villano, ò un mentecato graciòso, pensaràn que yo soy algun echa-cuervos, ò algun Cavallèro de mohatra. No, no, Sancho amigo, hùye, hùye destos inconvenientes;

venièntes; que quièn tropieça en hablador, y en graciòso, al primer puntapie càe, y dà en Truhàn desgraciado. Enfrena la lengua; confidèra, y rumia las palabras antes que te falgan de la boca, y advièrte, que hèmòs llegado à parte donde con el favor de Dios, y el valor de mi braço hèmòs de falir mejorados en tercio y quinto en fama, y en haziènda. Sancho le prometio con muchas veras de cosèrse la boca, ò mordèrse la lengua antes de hablàr palabra que no fuèsse muy à proposito, y bien considerada, como el se lo mandava, y que descuydàsse à cerca de lo tal, que nunca por el se descubriria quièn ellos eran.

VISTIÒSE Don Quixote; pùsose su Tahall con su espada; echòse el manton de escarlata à cuestras; pùsose una montera de raso verde, que las donzellas le dièron; y con este adorno saliò à la gran sala, adonde hallò à las donzellas puestas en ala, tantas à una parte como à otra, y todas con aderèço de dàrle agua-manos, la qual le dièron con muchas reverencias, y ceremònias. Luego llegaron doze pages con el maestresala para llevàrle à comèr, que ya los Señores le aguardavan. Cogièronle en medio, y lleno de pompa y magestàd le llevàron à otra sala, donde estava puesta una rica mesa con solos quatro servicios. La Duquesa y el Duque salièron à la puerta de la sala à recibirle, y con ellos un grave Eclesiastico destos que gobièrnan las casas de los Principes; destos que como no nàcen Principes, no acièrtan à enseñàr como lo han de fer los que lo son; destos que quièren, que la grandeza de los grandes se mida con la estrechèza de sus animos; destos que querièndo mostràr à los que ellos gobièrnan

nan



nan à sèr limitados, les hazen sèr miserables : Destos tales, digo, que devìa de sèr el grave Religioso, que con los Duques faliò à recibìr à Don Quixote. Hizièronse mil cortesès comedimientos, y finalmente cogièndo à Don Quixote en medio, se fuèron à sentar à la mesa. Combidò el Duque à Don Quixote con la cabecera de la mesa, y aunque el la rehusò, las importunaciones del Duque fuèron tantas, que la hùvo de tomàr. El eclesiastico se sentò frontero, y el Duque, y la Duquesa à los dos lados. A todo estàva presente Sancho, embobado, y atònito de ver la honra que à su Señor aquellos Principes le hazian; y vièndo las muchas ceremonias, y ruègos que pasàron entre el Duque, y Don Quixote para hazerle sentar à la cabecera de la mesa, dixo : Si fus mercedes me dan licencia les contarè un cuento que pasò en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hùvo dicho esto Sancho, quando Don Quixote temblò, creyendo sin duda alguna, que avìa de dezìr alguna necesidad. Miròle Sancho, y entendiòle, y dixo : No tema vuestra merced, Señor mio, que yo me desmànde, ni que diga cosa que no venga muy à pelo ; que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuestra merced me diò sobre el hablar mucho, ó poco, bien, ó mal. Yo no me acuèrdo de nada, Sancho, respondiò Don Quixote : Dì lo que quisières, como lo digas presto. Pues lo que quiero dezìr, dixo Sancho, es tan verdad, que mi Señor Don Quixote, que està presente, no me dexarà mentìr. Por mi, replicò Don Quixote, miente tu, Sancho, quanto quisières, que yo no te irè à la mano : Pero mira lo que vas à dezìr. Tan mirado, y remi-



rado lo tengo, que à buen salvo està el que repica, como se verà por la obra. Bien ferà, dixo Don Quixote, que vuestras Grandezas manden echàr de aquí à este tonto, que dirà mil patochàdas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no se hà de apartàr de mi Sancho un punto: Quièrole yo mucho, porque sè que es muy discreto. Discretos dias, dixo Sancho, viva vuestra fantidàd por el buen credito que de mi tiene, aunque en mi no lo aya: Y el cuento que quiero dezir es este.

COMBIDÒ un hidalgo de mi pueblo, muy rico, y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casò con Doña Mencia de Quiñones, que fuè hija de Don Alonso de Marañon, Cavallero del Habito de Santiago, que se ahogò en la Herradura, por quien huvò aquella pendencia años hà en nuestro lugar, que à lo que entièndo, mi Señor Don Quixote se hallò en ella, de donde saliò herido Tomafillo el Trabieso, el hijo de Balvastro el herrero. No es verdàd todo esto? Señor nuestro Amo. Dígalo por su vida, porque estos Señores no me tengan por algun hablador mentiròso.

HASTA aora, dixo el Eclesiastico, mas os tengo por hablador, que por mentiròso; pero de aquí adelante no sè por lo que os tendrè. Tu das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puèdo dexàr de dezir, dixo Don Quixote, que debes de dezir verdàd. Passa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabàr en dos dias. No ha de acortàr tal, dixo la Duquesa, por hazèrme à mi plazer; antes le hà de contàr de la manera que le sabe, aunque no le acàbe en seys dias; que si tantos fuèssen,
ferian.

ferian para mi los mejores que huvièsse llevàdo en mi vida.

· D I G O, pues, Señores mios, profiguiò Sancho, que este tal hidalgo, que yo conòzco como à mis manos (porque no ày de mi casa à la fuya un tiro de ballesta) combidò à un labradòr pobre pero honràdo. Adelante, hermano, dixo à esta fazon el Religioso, que camìno llevàys de no paràr con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararè, si Dios fuere servido, respondiò Sancho; y assi digo, que llegàndo el tal labradòr à casa del dicho hidalgo combidadòr (que buen poso àya su anima) que yà es muerto, y por mas señas dizen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallè presente, que avia ido por aquel tiempo à segàr à Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que bolvàys presto de Tembleque, dixo el Religioso, y que fin enterràr al hidalgo (sino querèys hazèr mas exequias) acabèys vuestro cuento. Es, pues, el caso, replicò Sancho, que estàndo los dos para sentàrse à la mesa, que parece que aora los veo mas que nunca. Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostrava tomàr el buen Religioso de la dilacion, y pausas con que Sancho contava su cuento, y Don Quixote se estava consumièndo en còlera, y en ràbia. Digo assi, dixo Sancho, que estàndo, como hè dicho, los dos para sentàrse à la mesa, el labradòr porfiava con el hidalgo, que tomàsse la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiava tambien que el labradòr la tomàsse, porque en su casa se avia de hazèr lo que el mandàsse; pero el labradòr, que presumia de cortes, y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo



mohino, poniéndole ambas manos sobre los ombros, le hizo sentar por fuerza, diziéndole: Sentaos, maja-granças, que adonde quiera que yo me sienta, será vuestra cabecera: Y este es el cuento, y en verdad, que creo, que no ha sido aquí traydo fuera de proposito.

PÙS O S E Don Quixote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeavan, y se le parecian. Los Duques disimularon la risa porque Don Quixote no acabasse de correrse, aviendo entendido la malicia de Sancho, y por mudar de platica, y hazer que Sancho no profiguiesse con otros disparates, preguntò la Duquesa à Don Quixote, que que nuevas tenia de la Señora Dulcinèa, y que si le avia embiado aquellos dias algunos presentes de Gigantes, ò Malandrines, pues no podia dexar de aver vencido muchos? A lo que Don Quixote respondiò: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvièron principio, nunca tendran fin. Gigantes he vencido, y follones, y malandrines le he embiado, pero adonde la avian de hallar, si està encantada, y buelta en la mas fea labradora, que imaginarse puede? No sè, dixo Sancho Pança; à mi me parece la mas hermosa criatura del mundo; alomènos en la ligerèza, ò en el brincàr, bien sè yo, que no darà ella la ventaja à un bolteador. A buena fè, Señora Duquesa, assi salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuerà un gato. Avèysla visto vos encantada, Sancho? preguntò el Duque. Y como si la he visto, respondiò Sancho; pues quien Diablos fino yo fuè el primero, que cayò en el achaque del encantorio? tan encantada està como mi padre.

E L



EL Eclesiastico, que oyò dezir de Gigantes, de follo-
nes, y de encantos, cayò en la cuenta, de que aquel de-
vìa de fer Don Quixote de la Mancha, cuya història leyà
el Duque de ordinario; y el se lo avìa reprehendido mu-
chas vezes, dizièndole, que era disparate leèr tales dispa-
rates; y enteràndose fer verdàd lo que sospechàva, con
mucha còlera, hablando con el Duque, le dixo: vuestra
Excelencia, Señor mio, tiene que dar cuenta à nuestro Se-
ñor de lo que haze este buen hombre. Este Don Quixote,
ò Don tonto, ò como se llama, imagino yo, que no deve
de fer tan mentecato, como vuestra excelencia quiere que
sea, dándole ocasiões à la mano para que lleve adelante
sus fandezes, y vaziedades. Y bolviendo la platica à Don
Quixote, le dixo: Y à vos, alma de cantaro, quien os
ha encaxado en el cerebro, que soys Cavallero andante, y
que vencèys Gigantes, y prendèys malandrines? Andad en
hora buena, y en tal se os diga: bolvèos à vuestra casa, y
criad vuestros hijos, si los tenèys, y curad de vuestra ha-
zienda, y dexad de andàr vagando por el mundo, papando
viento, y dando que reyr à quantos os conocen, y no co-
nocen. En donde nora tal, avèys vos hallado, que hù-
vo, ni ày aora Cavalleros andantes? Donde ày Gigantes en
España, O malandrines en la Mancha, ni Dulcinèas encan-
tadas, ni toda la caterva de las simplicidades, que de vos
se cuentan? Atento estuvo Don Quixote à las razones de
aquel venerable varon, y viendo que yà callava, sin guar-
dar respeto à los Duques, con semblante ayrado, y alboro-
tado rostro, se puso en pie, y dixo: Pero esta respuesta ca-
pitulo por si merece.

C A P I-



CAPITULO XXXII.

*De la respuesta que diò Don Quixote à su reprehensor,
con otros graves, y graciosos sucessos.*

LEVANTÀDO, pues, en pie Don Quixote, temblando de los pies à la cabeça como azogàdo, con prefuròsa, y turbàda lengua dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tève, y tengo al estàdo que vueffa mercèd professa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo; y assi por lo que hè dicho, como por saber, que saben todos, que las armas de los togàdos son las mismas que las de la muger, que son la lengua; entrarè con la mia en igual batalla con vueffa mercèd, de quien se devìa esperàr antes buenos consejos, que infames vituperios. Las reprehensiones santas, y bien intencionàdas otras circunstancias requièren, y otros puntos piden: alomènos el avèrme reprehendido en publico, y tan asperamènte hà passado todos los límites de la buena reprehension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura, que sobre la asperèza; y no es bien, sin tener conocimièto del pecado que se reprehende, llamàr al pecador sin mas ni mas mentecàto y tonto. Sino, dígame vueffa mercèd, por qual de las mentecaterias, que en mi ha visto, me condèna, y vitupèra, y me manda que me vaya à mi casa à tener cuenta en el gobierno della, y de mi muger, y de mis hijos, sin saber si la tengo, ó los tengo? No ay mas sino à troche moche entràrse por las casas ajenas à governàr sus dueños; avièndose criàdo algunos
en

en la estrechez de algun pupilage, sin avèr visto mas mundo, que el que puede contenèrse en veynte, ô treynta leguas de distrito, metèrse de rondon à dar leyes à la cavalleria, y à juzgàr de los Cavallèros andantes? Por ventùra es affunto vano, ô es tiempo mal gastado el que se gasta en vagàr por el mundo, no buscàndo los regalos dèl, sino las asperèzas por donde los buenos suben al affièto de la inmortalidàd? Si me tuvièran por tonto los cavallèros, los magnificos, los generòsos, los altamènte nacidos, tuvièralo por afrenta irreparàble; pero de que me tengan por fandio los estudiàntes, que nunca entràron, ni pisàron las sendas de la cavalleria, no se me dà un ardite. Cavallèro foy, y Cavallèro he de morir, si plaze al Altissimo. Unos van por el ancho campo de la ambicion sobèrvia, Otros por el de la adulacion servil, y baxa, otros por el de la hipocresia engañosa, y algunos por el de la verdadera Religion: Pero yo, inclinàdo de mi estrella, vòy por la angosta senda de la Cavalleria andante, por cuyo exercicio desprècio la haziènda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, endereçàdo tuertos, castigàdo insolencias, vencido Gigantes, y atropellàdo Vestiglos: Yo foy enamorado, no mas de porque es forçoso, que los Cavallèros andantes lo sèan; y fièndolo, no foy de los enamorados viciòsos, sino de los platonicos continèntes. Mis intenciones siempre las enderèço à buenos fines, que son de hazèr bien à todos, y mal à ninguno. Si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merèce sèr llamàdo bobo; diganlo vuestras Grandezas, Duque y Duquesa Exce-lentes.

BIEN



BIEN por Dios, dixo Sancho; no diga mas vueſſa merced, Señor y amo mio, en ſu abono, porque no ày mas que dezir, ni mas que pensàr, ni mas que perfeveràr en el mundo; y mas, que negàndo eſte Señor, como hà negàdo, que no hà avido en el mundo, ni los ày Cavallèros andantes, que mucho que no ſepa ninguna de las coſas que hà dicho? Por ventura, dixo el Ecleſiaſtico, foys vos, hermano, aquel Sancho Pança, que dizen, à quien vueſtro amo tiene prometida una Inſula? Si ſoy, respondiò Sancho, y ſoy quien la merece tan bien como otro qualquiera: Soy quien, *jùntate à los buenos, y ſeràs uno dellos*; y ſoy yo de aquellos de, *no con quien naces ſino con quien paces*, y de los, *quien à buen Arbol ſe arrima, buena ſombra le cobija*: Yo me he arrimado à buen Señor, y hà muchos meſes que ando en ſu compañía, y hè de ſer otro como el, Dios querièndo; y viva el, y viva yo, que ni à el le faltarán imperios que mandàr, ni à mi inſulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dixo à eſta fazon el Duque, que yo en nombre del Señor Don Quixote os mando el gobièrno de una que tengo de *nonas* de no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y beſa los pies à ſu Excelencia, por la merced que te hà hecho. Hizolo aſſi Sancho, lo qual viſto por el Ecleſiaſtico, ſe levantò de la meſa, mohino ademas, dizièndo: Por el habito que tengo, que eſtòy por dezir, que eſtan ſandio vueſtra Excelencia, como eſtos pecadores: Mirad ſino han de ſer ellos locos, pues los cuerdos canonizan ſus locuras? Quèdeſe vueſtra Excelencia con ellos, que en tanto que eſtuviaèren en caſa, me eſtarè yo en la
mia,



J. Vanderbank inv.
Vol. 3. p. 296.

Ger. Jander Gucht Sculp

41



LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG



mia, y me escufarè de reprehendèr lo que no puèdo remediàr. Y fin dezir mas, ni comèr mas, se fuè, fin que fuèfen parte à detenèrle los ruegos de los Duques; aunque el Duque no le dixo mucho, impedido de la risa, que fu impertinente còlera le avia causado. Acabò de reyr, y dixo à Don Quixote: Vuestra mercèd, Señor Cavallero de los Leones, hà respondido por si tan altamente, que no le queda cosa por satisfazer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque assi como no agravian las mugeres, no agravian los Eclesiasticos, como vuestra mercèd mejor sabe. Assi es, respondiò Don Quixote, y la causa es, que el que no puede sèr agraviado, no puede agraviar à nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiasticos, como no pueden defendèrse aunque sèan ofendidos, no pueden sèr afrentados; porque entre el agravio, y la afrenta ày esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe: La afrenta viene de parte de quien la puede hazer, y la haze, y la sustenta: El agravio puede venir de qualquiera parte sin que afrente. Sea exemplo: Està uno en la calle descuydado; llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano à la espada, y haze su dever; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le dexa salir con su intencion, que es de vengarse: Este tal queda agraviado, pero no afrentado. Y lo mismo confirmará otro exemplo: Està uno buelto de espaldas; llega otro, y dàle de palos, y en dandoselos, huye, y no espèra, y el otro le sigue, y no le alcanza: Este que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le diò los palos,

T O M. III.

Q q

aun-



aunque se los diò à hurta-cordel, pusièra mano à su espada, y se estuvièra quedo, haziendo rostro à su enemigo, quedàra el apaleado agraviado, y afrentado juntamente; agraviado, porque le dièron à traycion; afrentado, porque el que le diò, sustentò lo que avia hecho sin bolver las espaldas, y à pie quedo: Y assi segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estàr agraviado, mas no afrentado. Porque los niños no sienten, ni las mugeres, ni pueden huyr, ni tienen para que esperar, y lo mismo los constituydos en la sacra Religion (porque estos tres generos de gente carecen de armas ofensivas, y defensivas) assi aunque naturalmente estèn obligados à defendèrse, no lo estàn para ofendèr à nadie. Y aunque poco hà dixe, que yo podia estàr agraviado, aora digo, que no en ninguna manera, porque quièn no puede recibir afrenta, menos la puede dàr: Por las quales razones yo no devo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: Solo quisièra que esperara un poco mas, para darle à entendèr el error en que està, en pensàr, y dezir, que no hà avido, ni los ày Cavalleros andantes en el mundo; que si lo tal oyera amadis, ò uno de los infinitos de su linage, yo sè que no le fuèra bien à su mercèd. Eppo juro yo bien, dixo Sancho: Cuchillada le huvièran dado, que le abrièran de arriba à baxo como à una granada, ò como à un melon muy maduro. Bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas: Para mi fantiguada, que tengo por cierto, que si Reynaldos de Montalvan huvièra oydo estas razones al hambrecito, tapaboca le huvièra dado, que no hablàra mas en tres años: No fino tomàrase con ellos, y vièra como





*J. Vanderbank inv.
Vol. 3. p. 299.*

Ger. Vander Gucht Sculp

mo escapàva de sus manos. Perecìa de rifa la Duqueffa en oyèndo hablàr à Sancho, y en su opinion le tenìa por mas graciòso, y por mas loco que à su amo; y muchos hùvo en aquel tiempo que fuèron deste mismo parecer.

FINALMENTE Don Quixote se fofegò, y la comida se acabò, y en levantàndo los manteles, llegàron quatro donzellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil assi mismo de plata, y la otra con dos blanquissimas y riquissimas tohallas al ombro, y la quarta descubièrtos los braços hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de xabon Napolitàno. Llegò la de la fuente, y con gentil donayre, y desemboltùra encaxò la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual sin hablàr palabra, admiràdo de semejante ceremonia, creyèndo que devìa de fer usança de aquella tierra, en lugar de las manos, lavàr las barbas; tendiò la fuya todo quanto pudo, y al mismo punto començò à llover el aguamanil, y la donzella del xabon le manosèò las barbas con mucha prièssa, levantàndo copos de nieve (que no eran menos blancas las xabonaduras) no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Cavallèro, tanto que se los hizieron cerràr por fuerça. El Duque y la Duqueffa, que de nada desto eran sabidòres, estàvan esperàndo, en que avìa de paràr tan extraordinario lavatòrio. La donzella barbèra, quando le tùvo con un palmo de xabonadura, fingiò que se le avìa acabàdo el agua, y mandò à la del aguamanil fuèsse por ella, que el Señor Don Quixote esperaria. Hi-



zolo assi, y quedò Don Quixote con la mas esotraña figura, y mas para hazer reyr que se pudièra imaginàr. Miràvanle todos los que presentes estàvan, que eran muchos, y como le vèyan con media vara de cuello, mas que medianamènte morèno, los ojos cerràdos, y las barbas llenas de xabon, fuè grande maravilla, y mucha discrecion poder difimulàr la rifa: Las donzellas de la burla tenian los ojos baxos fin osàr miràr à fus Señores. A ellos les retòzava la còlera, y la rifa en el cuerpo, y no sabian à que acudir, ò à castigàr el atrevimiènto de las muchachas, ò à darles premio por el gusto que recibian de vèr à Don Quixote de aquella fuerte. Finalmènte la donzella del aguamanil vino, y acabàron de lavàr à Don Quixote, y luego la que traia las tohallas, le limpiò, y le enxugò muy reposadamènte; y hazièndole todas quatro à la par una grande, y profunda inclinacion, y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quixote no cayèsse en la burla, llamò à la donzella de la fuente, dizièndole: Venid y lavàdme à mi, y miràd, que no se os acabe el agua. La muchacha, agùda, y diligènte, llegò, y pùso la fuente al Duque como à Don Quixote, y dàndose prièssa, le lavàron, y xabonàron muy bien; y dexàndole enxùto, y limpio, hazièndo reverèncias, se fuèron. Despues se supò, que avia juràdo el Duque, que si à el no le lavàran como à Don Quixote, avia de castigàr su desemboltùra, lo qual avian enmendàdo discretamènte con avèrle à el xabonàdo. Estàva atento Sancho à las ceremònias de aquel lavatòrio, y dixo entre si: Vålame Dios! si fuera tambien usança en esta tierra lavàr las barbas à los escudèros como à los Cavallèros?

vallèros? Porque en Dios y en mi anima, que lo hè bien meneftèr; y aun fi me las rapàssen à navaja, lo tendria à mas beneficio. Que dezis entre vos, Sancho? preguntò la Duqueffa. Digo, Señora, respondiò el, que en las cortes de los otros Principes, fièmpre he oydo dezir, que en levantàndo los manteles, dan agua à las manos, pero no lexia à las barbas, y que por effo es bueno vivir mucho, por vèr mucho; aunque tambien dizen, que el que larga vida vive, mucho mal hà de pafsàr, puefto que el pafsàr por un lavatòrio deftos, antes es gufto, que trabajo. No tengàys pena, amigo Sancho, dixo la Duqueffa, que yo harè que mis donzellas os laven, y aun os metan en colada, fi fuère meneftèr. Con las barbas me contento, respondiò Sancho, por aora alomènos, que andando el tiempo, Dios dixo lo que ferà. Miràd maestrefala, dixo la Duqueffa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle fu voluntad al pic de la letra. El maestrefala respondiò, que en todo feria servido el Señor Sancho; y con efto se fuè à comèr, y llevò consigo à Sancho, quedàndose à la mesa los Duques, y Don Quixote, hablando en muchas, y diversas cosas, pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la andante Cavalleria.

LA Duqueffa rogò à Don Quixote, que le delineàsse, y descrivièsse (pues parecia tenèr felice memoria) la hermosura, y facciones de la Señora Dulcinèa del Tobòso, que segun lo que la fama pregonàva de fu belleza, tenia por entendido, que devia de sèr la mas bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Suspirò Don Quixote, oyèndo lo que la Duqueffa le mandàva, y dixo: Si yo pudièra facàr

càr mi coraçon, y ponèrle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa, y en un plato, quitàra el trabajo à mi lengua de dezir lo que apenas se puede pensàr, porque vuestra Excelencia la vièra en èl toda retratàda. Pero para que es ponèrme yo aora à delinèar, y descrivir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinèa, sièndo carga digna de otros ombros mas que de los mios: Empresa en quien se devian ocupàr los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo para pintàrta, y gravàrta en tablas, en marmoles, y en bronzes; y la Retorica Ciceroniana, y Demostina para alabàrta. Que quiere dezir Demostina, Señor Don Quixote, preguntò la Duquesa, que es vocablo que no le he oydo en todos los dias de mi vida? Retorica Demostina, respondiò Don Quixote, es lo mismo que dezir, Retorica de Demostenes, como Ciceroniana de Ciceron, que fuèron los dos mayores retoricos del mundo. Assi es, dixo el Duque, y avèys andado deslumbràda en la tal pregunta; pero con todo esto nos darìa gran gusto el Señor Don Quixote, si nos la pintàsse, que à buen segùro, que aunque sea en rasguño, y bosquejo, Ella salga tal, que la tengan envidia las mas hermosas. Si hizièra por cierto, respondiò Don Quixote, sino me la huvièra borràdo de la idea la desgracia que poco hà le sucediò; que es tal, que mas estòy para lloràrta, que para descrivirta. Porque avrán de saber vuestras grandezas, que yèndo los dias passàdos à besàrle las manos; y à recibìr su bendicion, beneplacito, y licencia para esta tercera salida, hallè otra de la que buscàva: Hallèla encantàda, y convertida de Princesa en labradora,

bradòra, de hermòsa en fea, de Angel en diablo, de oloròsa en pestifera, de bien-hablada en ruffica, de reposàda en brincadòra, de luz en tinièblas, y finalmente de Dulcinèa del Tobòso en una villana de fayàgo. Vålame Dios! dando una gran voz, dixo à este instante el Duque: Quièn hà sido el que tanto mal hà hecho al mundo? Quièn ha quitàdo dèl la belleza que le alegràva, el donayre que le entretenìa, y la honestidàd que le acreditàva? Quien? respondiò Don Quixote, quièn puede sèr fino algun maligno encantadòr de los muchos invisibles que me perfiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para esfeurecèr, y aniquilàr las hazañas de los buenos, y para dar luz, y levantàr los fechos de los malos. Perseguido me han encantadòres, encantadòres me perfiguen, y encantadòres me perseguiràn hasta dar conmigo, y con mis altas Cavallerias en el profundo abismo del olvido; y en aquella Parte me dañan, y hièren, donde veen, que mas lo siento; porque quitàrle à un Cavallero andante su dama, es quitàrle los ojos con que mira, y el Sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas vezes lo hè dicho, y aora lo vuelvo à dezir, que el Cavallero andante sin dama, es como el arbol sin ojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quièn se causa. No ay mas que dezir, dixo la Duquesa; pero si con todo esso hemos de dar credito à la història, que del Señor Don Quixote de pocos dias à esta parte ha salido à la luz del mundo con general aplauso de las gentes; della se colige, si mal no me acuèrdo, que nunca vuestra mercèd ha visto à la Señora Dulcinèa, y que esta tal Señora no es en el mundo,

mundo, fino que es dama fantástica, que vueſſa mercèd la engendrò, y pariò en ſu entendimièto, y la pintò con todas aquellas gracias, y perfeçiones que quiſo. En eſſo ày mucho que dezir, reſpondiò Don Quixote: Dios ſabe ſi ày Dulcinèa, ò no, en el mundo, ò ſi es fantástica, ò no es fantástica, y eſtas no ſon de las coſas, cuya averiguacion ſe hà de llevar hafta el cabo. Ni yo engendrè, ni parè à mi Señora; pueſto que la contemplo como conviene que ſea una dama, que tenga en ſi las partes, que puedan hazerla famòſa en todas las del mundo, como ſon: hermoſa ſin tacha, grave ſin ſobervia, amoròſa con honeſtidad, agraciada por cortes, cortes por bien-criada, y finalmente alta por Linage, à cauſa que ſobre la buena ſangre reſplandece, y campea la hermosura con mas grados de perfeçion, que en las hermoſas humildemente nacidas. Aſſi es, dixo el Duque; pero hame de dar licencia el Señor Don Quixote para que diga lo que me fuerça à dezir la hiſtòria que de ſus hazañas hè leydo, de donde ſe infiere, que pueſto que ſe concèda, que ày Dulcinèa en el Tobòſo, ò fuera del, y que ſea hermoſa en el ſumo grado que vueſſa mercèd nos la pinta; en lo de la alteza del linage no corre parejas con las Orianas, con las alaſtrajareas, con las Madafimas, ni con otras deſte Jacz, de quièn eſtàn llenas las hiſtòrias, que vueſſa mercèd bien ſabe. A eſſo puedo dezir, reſpondiò Don Quixote, que Dulcinèa es hija de ſus obras, y que las virtudes adoban la ſangre, y que en mas ſe hà de eſtimàr, y tenèr un humilde virtuòſo, que un viciòſo levantado: Quanto mas que Dulcinèa tiene un giron, que la puede llevar à sèr Reyna de corona, y
ceptro;

ceptro ; que el merecimiento de una muger hermòsa, y virtuòsa à hazer mayores milàgros se estiende ; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en si encerradas mayores ventùras. Digo, Señor Don Quixote, dixo la Duquesa, que en todo quanto vueſſa merced dize, và con pie de plomo, y como fuele dezirse, con la fonda en la mano ; y que yo desde aqui adelante creerè, y harè creer à todos los de mi casa, y aun al Duque mi Señor, si fuere menester, que ày Dulcinèa en el Tobòso, y que vive oy dia, y es hermòsa, y principalmente nacida, y merecedora, que un tal Cavallero, como es el Señor Don Quixote, la sirva, que es lo mas que puedo, ni sè encarecer. Pero no puèdo dexar de formar un escrùpulo, y tener algun no sè que de ojeriza contra Sancho Pança : El escrùpulo es, que dize la història referida, que el tal Sancho Pança hallò à la tal Señora Dulcinèa, quando de parte de vueſſa merced le llevò una epistola, ahechando un costal de trigo, y por mas Señas dize, que era rubiòn : Cosa que me haze dudàr en la altèza de su linage. A lo que respondiò Don Quixote : Señora mia, fabrà la vuestra grandèza, que todas, ò las mas cosas, que à mi me fucèden, van fuera de los terminos ordinarios de las que à los otros Cavalleros andantes acontecen, ò ya sèan encaminadas por el querer inescrutàble de los hados, ò ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador envidiòso ; y como es cosa ya averiguada, que todos, ò los mas Cavalleros andantes, y famosos, uno tenga gracia de no podèr sèr encantado ; otro de sèr de tan impenetràbles carnes, que no pueda sèr herido, como lo fuè el famoso Roldan, uno de los doze pares de Francia, de quien se

T O M. III.

R 1

cuènta,



cuènta, que no podia sèr ferido fino por la planta del pie izquierdo, y que esto avia de sèr con la punta de un alfiler gordo, y no con otra fuerte de arma alguna; y assi quando Bernardo del Carpio le matò en Roncesvalles, vièndo que no le podia herir con fierro, le levantò del suèlo entre los braços, y le ahogò, acordàndose entonces de la muerte que diò Hercules à Anteon, aquel feroz Gigante, que dezian, ser hijo de la tierra. Quièro inferir de lo dicho, que podria sèr que yo tuvièsse alguna gracia destas; no del no podèr sèr ferido, porque muchas vezes la experiencia me hà mostràdo, que sòy de carnes blandas, y no nada impenetràbles; ni la de no podèr sèr encantàdo; que yà me he visto metido en una xaula, donde todo el mundo no fuera poderoso à encerràrme, fino fuera à fuerças de encantamièntos: Pero pues de aquel me librè, quièro creèr, que no hà de avèr otro alguno, que me empèzca; y assi vièndo estos circuntadòres, que con mi persona no pueden ùsar de sus malas mañas, vènganse en las cosas que mas quièro; y quièren quitàrme la vida, maltratàndo la de Dulcinèa, por quien yo vivo: Y assi creò, que quando mi escudèro le llevò mi embaxada, se la convirtièron en villana, y ocupàda en tan baxo exercicio, como es el de ahechàr trigo: Pero yà tengo yo dicho, que aquel trigo, ni era rubiòn, ni trigo, fino granos de perlas orientales. Y para pruèva desta verdàd quièro dezir à vuestras magnitudes, como vinièndo poco hà por el Tobòso, jamas pude hallàr los palacios de Dulcinèa; y que otro dia avièndola visto Sancho mi escudèro en su mesma figura (que es la mas bella del orbe) à mi me pareciò una labradora tosca, y fea,

fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: Y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, la mudada, trocada, y trastrocada, y en ella se han vengado de mi mis enemigos, y por ella vivire yo en perpetuas lagrimas hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahecho de Dulcinèa; que pues à mi me la mudaron, no es maravilla que à el se la cambiassen. Dulcinèa es principal, y bien-nacida; y de los hidalgos linages que ay en el Toboso, que son muchos, antiguos, y muy buenos; y à buen seguro, que no le cabe poca parte à la fin par Dulcinèa, por quien su lugar fera famoso, y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Caba, aunque con mejor titulo, y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorias, que Sancho Pança es uno de los mas graciosos Escuderos, que jamas sirvió à cavallero andante: Tiene à vezes unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple, ó agudo causa no pequeño contento: Tiene malicias que le condenan por vellaco, y Descuydos que le confirman por bobo: Duda de todo, y creelo todo: Quando pienso, que se va à despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al Cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro Escudero aunque me diessen de añadidura una ciudad; y assi estoy en duda, si fera bien embiarle al gobierno, de que vuestra grandeza le ha hecho merced; aunque veo en el una cierta aptitud, para esto de governar, que atusándole tantico el entendimiento, se saldria con qualquiera gobierno, como el



Rey con sus alcabâlas; y mas que yà por muchas experiencias sabèmos, que no es menestèr ni mucha habilidad, ni muchas letras por ser uno governador, pues ày por ày ciento, que apenas saben leèr, y gobièrnan como unos girifaltes: El toque està en que tengan buena intencion, y desèen acertàr en todo, que nunca les faltará quien les aconseje, y encamine en lo que han de hazèr, como los gobernadores cavallèros, y no letrados, que sentencian con afesfor. Aconsejariale yo, que ni tome cohecho, ni pièrda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estòmago, que saldràn à su tiempo para utilidad de Sancho, y provecho de la infula que governàre.

A este punto llegàvan en su coloquio el Duque, la Duquesa, y Don Quixote, quando oyèron muchas voces, y gran rumor de gente en el palacio, y à deshora entrò Sancho en la sala todo assustàdo con un cernadèro por babbador, y tras el muchos moços, ó (por mejor dezir) picaros de cozina, y otra gente menùda; y uno venia con un artefancillo de agua, que en la color, y poca limpieza, mostrava sèr de fregar: Seguiàle, y perseguiàle el de la artefa, y procuràva con toda sollicitud ponèrsela, y encaxàrsela debaxo de las barbas, y otro picaro mostrava querèrselas lavàr. Que es esto, hermanos? preguntò la Duquesa. Que es esto? Que querèys à esse buen hombre? Como, y no consideràys, que està electo governador? A lo que respondió el picaro Barbèro: No quiere este Señor dexàrse lavàr, como es ufança, y como se la lavò el Duque mi Señor, y el Señor su amo. Si quiero, replicò Sancho con mucha còlera; pero querria que fuèsse con tohallas mas limpias, con
lexia



*In.º Vanderbank invenit.
Vol. 3. p. 308.*

Aude du Bosc fecit.

LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG



lexia mas clara, y con manos no tan sùzias; que no ay tanta diferencia de mi amo à mi; que à el, le laven con agua de Angeles, y à mi con lexia de diablos. Las ufanças de las tierras, y de los palacios de los Principes tanto son buenas, quanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatòrio, que aquí se ùsa, peor es que de diciplnantes. Yo estòy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y al que se llegare à lavarme, ni à tocarme un pelo de la cabeça (digo de mi barba, hablando con el devido acatamiènto) le darè tal puñada, que le dexe el puño engastado en los cascòs; que estas tales ceremonias, y xabonaduras, mas parecen burlas, que agafajos de huèspedes. Percida de risa estàva la Duquesa, vièndo la còlera, y oyèndo las razones de Sancho; pero no diò mucho gusto à Don Quixote verle tan mal adeliñado con la jaspeada Tohalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cozina: Y assi haziendo una profunda reverencia à los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo à la canalla: Ola, Señores Cavalleros, vueffas merçedes dexen al mancebo, y buèlvanse por donde vinièron, ò por otra parte, si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y estas artefillas son para el estrechos, y penantes búcaros: Tomen mi consejo, y dèxenle, porque ni el, ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogiòle la razon de la boca Sancho, y profiguiò diziendo: No fino llèguense à hazer burla del mostrenco, que assi lo sufrirè como aora es de noche. Tràyan aquí un peyne, ò lo que quisièren, y almoàzenme estas barbas, y si facàren dellas cosa que ofenda à la limpieza, que me trasquilen à cruces.



cruzes. A esta fazon, fin dexar la rifa, dixo la Duquesa: Sancho Pança tiene razon en todo quanto hà dicho, y la tendrà en todo quanto dixere: El es limpio, y como el dize, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usança no le contenta, su alma en su palma: Quanto mas, que vosotros ministros de la limpieza, avèys andado demasiadamente de remisos, y descuydados, y no se si diga, atrevidos, en tratar à tal personage, y à tales barbas, en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de alemanas Tohallas, con artesillas, y dornajos de palo, y rodillas de aparadores: Pero en fin soys malos, y mal nacidos, y no podèys dexar, como malandrines que soys, de mostrar la ojeriza que tenèys con los escuderos de los andantes Cavalleros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestrefala que venia con ellos, que la Duquesa hablava de veras; y assi quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron: El qual viendo se fuera de aquel, à su parecer, fumo peligro, se fue à hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: De grandes Señoras grandes mercedes se esperan: Esta que la vuestra merced oy me hà fecho, no puede pagarse con menos, fino es con desear verme armado Cavallero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir tan alta Señora. Labrador soy, Sancho Pança me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: Si con alguna destas cosas puedo servir à vuestra grandeza, menos tardare yo en obedecer, que vuestra señoria en mandar. Bien parece, Sancho, respondiò la Duquesa, que avèys aprehendido à ser cortès en la escuela de la misma cortesia: Bien parece
(quiere

(quièro dezir) que os avèys criado à los pechos del Señor Don Quixote, que deve de sèr la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ô cirimonias, como vos dezis. Bien aya tal Señor, y tal criado, el uno por norte de la andante Cavalleria, y el otro por estrellà de la escuderil fidelidad. Levantàos, Sancho amigo, que yo satisfarè vuestras cortesias con hazèr, que el Duque mi Señor, lo mas presto que pudière, os cumpla la mercèd prometida del gobièrno. Con esto cesò la platica, y Don Quixote se fuè à reposàr la fiesta, y la Duquesa pidiò à Sancho, que fino tenia mucha gana de dormir, vinièsse à pasàr la tarde con ella, y con sus donzellas en una muy fresca sala. Sancho respondiò, que aunque era verdàd, que tenia por costumbre dormir quatro, ô cinco horas las fiestas del veràno; que por servir à su bondad el procuraria con todas sus fuerças no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediènte à su mandado; y fueffe. El Duque diò nuevas Ordenes como se tratàsse à Don Quixote como à Cavallero andante sin salir un punto del estilo, como cuentan, que se tratàvan los antiguos Cavalleros.

F I N del Tomo Tercero.

